



Biografía

"... El dinero de Itaipú, si se roba, se roba para el pueblo".

Arístides Da Rosa, diputado colorado.

(Diario La Nación, 18 de enero de 2006)"

Voces del Olimpo II - Página 32.

HELIO VERA : Escritor, periodista, paraguayólogo, abogado, profesor universitario, amante del bolero y de la buena mesa, nació en Villarrica el 5 de junio de 1946 y falleció en Asunción el 25 de marzo de 2008 a los 61 años de edad.

Como periodista, comenzó en condición de reportero en los primeros años de ABC Color, allá por 1967. Trabajó también en tal oficio otros medios, como los diarios LA TRIBUNA, HOY y NOTICIAS. En sus últimos años de vida se reincorporó como columnista y editorialista al diario ABC Color.

A la par del periodismo, llevó la carrera de Derecho y en 1975 se graduó como abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Asunción.

Aunque la abogacía no era el centro de su vida, realizó cursos de pos grado en Derecho Penal. En el 2008 presentó su tesis doctoral titulada "Tutela Penal de honor contra lesiones cometidas a través de los Medios de Comunicación", publicada luego de su muerte. Por lo tanto, es doctor póstumo en Derecho. Pero en vida fue doctor en tantas cosas porque su afán fue siempre saber, y en ese afán tuvo un rigor no común en los nativos de esta patria paraguaya. Llegó a saber más cosas y con más profundidad que un montón de doctores juntos.

Según lo expresa el prologuista de su Tesis, el Dr. Wolfgang Schöne, autor del Anteproyecto de la Reforma del Código Penal –trabajo que contó con la colaboración de Helio Vera– tal Tesis "es la contribución más personal y seguramente más duradera de Helio Vera al proceso reformador del país. La presente obra es el fruto de una exhaustiva investigación y demuestra que era mucho más que un abogado: era un jurista con ambiciones científicas que viene a ser un verdadero "homo doctos", más allá del mundo del Derecho".

Sabía tanto que llegó a catedrático en cursos de grado y pos grado de la Universidad Nacional de Asunción. También impartió la cátedra de Derecho Procesal Penal, Parte Práctica, en el sexto Curso de la carrera de Derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Católica de Villarrica. En la misma facultad tuvo a su cargo la enseñanza de la materia Técnica de la Argumentación Oral, desde el primer año. Además, se desempeñó como profesor del Colegio de Policía y del Instituto de Altos Estudios Estratégicos (ex Colegio Nacional de Guerra).

Se lanzó al mundo literario en la década de 1980 con ensayos y cuentos que demostraban su afilado conocimiento de la idiosincrasia de nuestro pueblo. Como escritor y periodista se ganó un merecido prestigio gracias a su talento y a su estilo distintivo. Empleó en sus obras un lenguaje directo con una carga justa de ironía. Su talento le llevó a ganar varios premios literarios.

Fue un Maestro de las Letras. Cultivó la literatura con una calidad notable. Sus ensayos son verdaderas obras de arte. Desarrolló un finísimo sentido del humor fruto de su enorme estatura intelectual. Jamás transigió con la vulgaridad. No fue un humorista. Fue un escritor con humor. El humor de Helio era punzante pero no agresivo. Sabía cuál era la frontera exacta entre la gracia y la mordacidad hiriente y ordinaria.

Fue creador de su propio estilo con sabiduría literaria, consecuencia de su lectura copiosa. Como Borges, pudo decir que estaba orgulloso de lo que escribió, pero más orgulloso estaba de lo que leyó.

Contribuyó con su aporte al desarrollo de una especie de sociología paraguaya, la "paraguayología". Es ya un referente ineludible en ese sentido. Nadie puede hablar del "paraguayo" sin tener como fuente a Helio Vera. Se dedicó con ansiosa intensidad al estudio de la cultura popular paraguaya. Pero no fue un simple observador de gabinete. Le encantaba viajar por el "Paraguay profundo" y mezclarse con la gente común para absorber la sabiduría simple pero intensa de esos paraguayos recónditos que escuchaban al tiempo: los ára andu, los arandu.

Muchos de sus textos jurídicos y obras literarias son ya hoy parte del currículum de estudios obligados en la enseñanza secundaria y universitaria. Hugo Rodríguez Alcalá afirmaba, por ejemplo, que "LA CONSIGNA" era un cuento digno del mejor Borges. Quienes lo conocieron realmente, saben cuánto amaba Helio a Borges. Casi tanto como a Guy de

Maupassant, su gran maestro literario.

Su excepcional "EN BUSCA DEL HUESO PERDIDO" –tal vez el libro más reeditado en el país, con trece ediciones– es un compendio de tremendo rigor investigativo, de estudio profundo de nuestra historia en todos los órdenes. Además está escrito con un estilo diáfano que atrapa al lector desde la primera hasta la última página. Es que Helio manejaba el idioma con destreza admirable.

"ANGOLA Y OTROS CUENTOS", su primer y consagratorio libro de ficción, revela su talento excepcional para los relatos breves, su observación certera, su depurada técnica.

El crítico literario español Vicente Peiró afirma que "Helio Vera fue la mejor pluma paraguaya de estas últimas dos décadas, tanto en el ámbito literario como en el periodístico. Helio era deslumbrante no por pedante, sino porque nos hacía comprensible el pensamiento intelectual gracias a su humor y a su capacidad para la sorpresa".

Helio Vera es ya un grande de las letras paraguayas de todos los tiempos. Está en el Olimpo de los elegidos, aunque su muerte prematura malogró una obra que quizá estaba por dar aún los frutos más excelsos de un talento difícil de igualar.

Fuente: www.heliovera.com (Espacio verificado y ON LINE a Abril 2013)

"DISCUSIÓN: Manera más rápida y simple de evitar que se haga la luz sobre un problema"

(Diccionario del paraguayo estreñado)

HELIO VERA. (Villarrica, 1946). Entre los nacidos al mediar el siglo XX, Helio Vera es quien reúne cualidades notables que como escritor, hacen de él un refinado artista, un sutil ironista, un lúcido intérprete de la idiosincrasia de su país. Helio Vera profesa ser ante todo un cuentista. Y, en efecto, el autor de Angola y otros cuentos (1984) se revela maestro del relato breve. "La consigna", cuento inserto en este libro, exhibe esta maestría en su más cabal expresión. Angola y otros cuentos ha tenido dos ediciones; pero no constituye lo más conocido y admirado de este ironista. Su estudio de lo que él llama paraguayología ha alcanzado ocho ediciones, cinco su Diccionario contrera. Aunque muy amenas y penetrantes sus obras de observador irónico de la realidad nacional, es de lamentar que Helio Vera no haya cultivado más asiduamente la ficción breve, género en que descuella el artista literario con tanto brillo.

La nombradía nacional de Helio Vera se debe en gran medida a su columna dominical en el diario Noticias titulada "Bolsa de gatos" en que el escritor, desde hace muchos años, hace semanal alarde de su regocijado humorismo. Afirma él que sucumbe a menudo a la tentación de incursionar en el más serio de los géneros: el humor. Su último libro hasta la fecha Antiplomo- es, como su título lo anuncia, una obra humorística. Helio Vera escribe con respecto a este libro: "En el prólogo de su Crepúsculo de los ídolos (1888) Federico Nietzsche explicaba que su obra era una declaración de guerra civil", una obra que empleaba el intelecto en vez de las armas. El Antiplomo tiene un carácter parecido. Más que un discurso acerca de la pesadez, es una declaración de guerra contra ella, en el sentido más nietszhiano de la expresión. Una guerra civil sin cuartel y sin piedad. No hay otro medio de sacarse de encima esta pesadilla".

Anuncia Helio Vera una obra de ficción sobre el pasado reciente de su país, esto es, una novela histórica. Para tal obra el autor está muy bien documentado merced a una labor de varios años acerca de ese pasado que se propone novelar. H.R.A.

Fuente: [HISTORIA DE LA LITERATURA PARAGUAYA](#). Por HUGO RODRÍGUEZ – ALCALÁ. Universidad de California, RIVERSIDE - Colección Studium-63 - México 1970 © HUGO RODRÍGUEZ – ALCALÁ / DIRMA PARDO CARUGATTI. Editorial El Lector, Diseño de tapa: Ca'avo-Goiriz. Asunción – Paraguay. 1999 (434 páginas)

VERA, HELIO : Cuentista y periodista. Abogado de profesión, ejerce el periodismo desde 1967. Comenzó a publicar cuentos en suplementos literarios de la prensa local. Varios de sus relatos han sido incluidos también en antologías literarias, suplementos culturales y colecciones de cuentos locales y extranjeros.-

Su producción literaria incluye, hasta la fecha, "Angola y otros cuentos" (1984; Premio El Lector) y "En busca del hueso perdido. Tratado de paraguayología" (1990), especie de ensayo novelístico y obra galardonada en 1988 con el «Premio V Centenario» de la Embajada de España y del Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI). Ganador del Premio (en el Concurso Cuento) 1992 del diario Hoy por su cuento "Destinadas", Helio Vera es además coautor (con Julio César Frutos) de "Pacto político" (1993) y autor de un libro de humor, "Diccionario Contrera", publicado en 1994. En 1994 salió

también la segunda edición de “Angola y otros cuentos” con el agregado de “Destinadas”, cuento premiado en 1992.-

(De "BREVE DICCIONARIO DE LA LITERATURA PARAGUAYA" / 2da. Edición – Autora: TERESA MENDEZ-FAITH , Editorial EL LECTOR - Asunción - Paraguay 1998).

HELIO VERA (VILLARRICA, 1945 - ASUNCIÓN, 2008)

(3-I-1993 - ABC)

“ESTAMOS EN UN MOMENTO CRUCIAL”

Entrevista por VICTORIO SUÁREZ

([GENERACIÓN DEL 60 - LITERATURA PARAGUAYA](#))

Para ir teniendo ideas más específicas acerca de nuestra realidad, esta vez conversamos con el escritor Helio Vera, excelente narrador y ganador del último concurso de cuentos “Premio Néstor Romero Valdovinos”. Cabe consignar que el entrevistado es abogado y periodista de profesión. En 1984 la colección Ara Verá presentó su obra:

“En busca del hueso perdido. Tratado de paraguayología”. Los cuentos de Helio Vera fueron incluidos en numerosas antologías nacionales y extranjeras.

—¿Cómo ves el momento actual? ¿Hacia dónde transitamos realmente en este tiempo de intensidad política? ¿Qué lugar ocupa o debería ocupar la literatura?

—Lo histórico y lo político gravitan siempre sobre la labor de un escritor, incluso a pesar suyo. Pero su prioridad es una creación estéticamente válida y no el panfleto político. Ahora bien, creo que estamos actualmente en un momento crucial en el proceso de transición. Como todo proyecto que se hizo a medias, nos encontramos hoy ante la posibilidad concreta del retorno de un modelo autoritario; atenuado, tal vez, pero autoritario en cuanto a sus valores fundamentales. Qué actitud debe tomar un creador, dependerá de su sensibilidad; es algo que sólo podrá ser evaluado con el tiempo, pero me interesa más la conducta que asumirá como ciudadano.

—¿Qué nos falta para que nuestra literatura grave internacionalmente?

—Creo que ahora hay por lo menos media docena de escritores “nuevos”—y digo nuevos para diferenciarlos de los monstruos sagrados— que pueden ser fácilmente presentables afuera. Falta una mayor vinculación con el mundo editorial internacional. Pero la promoción cultural lleva tiempo y recursos. Y en esta labor el Estado debe cumplir un papel fundamental. Se tendrá que entender que un escritor es parte de la imagen externa de una nación, tan importante como un tenista de raza o un sereno mediocampista. No pidamos ese sacrificio a los escritores, porque el escritor paraguayo cree que promocionar al colega es un pecado mortal que sólo se purga con un milenio en el infierno.

—Varias opiniones vertidas, no todas, manifiestan pesimismo acerca de nuestra literatura. Se da a entender que el escritor paraguayo no se ha innovado, que se dejó estar. ¿Qué podrías decir respecto a eso?

—No creo en esas suposiciones. Aquí hay para todos los gustos, como en los supermercados. En cuanto a lo de “innovación”, si la entendemos como una frecuentación constante de nuevas técnicas, entendiendo que no estamos en un momento muy brillante. De todos modos, no creo que eso sea lo fundamental.

—Se habla del protagonismo en la transición, ¿cuál es el papel del escritor en ese sentido?

—Los escritores son actores muy importantes en este proceso. Y no sólo desde el punto de vista de una labor cultural consubstanciada con los valores humanos fundamentales, sino incluso desde el plano de la pura lucha política y social. Son muy pocos los que han permanecido encerrados en sus torres de cristal. En ese sentido, casi todos han compartido el protagonismo de los demás actores sociales, con una consecuencia que me parece ejemplar.

—¿Qué podrías señalar sobre la literatura bilingüe? ¿Y el *jopara*? ¿Qué tipo de lenguaje se debería utilizar para facilitar la

tarea comunicativa que exige la literatura?

—Para mi gusto, preferiría que se escriba en castellano o en guaraní. En realidad, lo que importa es que se escriba bien. Pero también hace falta una crítica seria y responsable. De todos modos, no hay que inquietarse. A la larga siempre prevalecerá lo que es bueno. Y lo que es malo, aunque sea presentado con el prólogo más laudatorio, será condenado por el olvido eterno.

—Es llamativo que ningún partido político tenga ideas claras acerca de nuestra problemática cultural. En ese sentido, ¿cuál sería la fórmula para salir del agobio y la falta de planificación?

—En general, en todos mis cuentos, trato de expresar el universo cultural paraguayo. Me preocupa menos la experimentación que la validez del contenido. En cuanto al cuento premiado, es un ejemplo de esta línea de trabajo, aunque tal vez no satisfaga las expectativas del chauvinismo local.

—No voy a citar nombres, pero algunos críticos me dijeron: “Si Helio tomara en serio y con mayor dedicación la producción literaria puede llegar a ser el mejor narrador paraguayo”. ¿Es cierto que tu labor literaria es sólo ocasional?

—En Paraguay, los escritores, salvo Roa, quizá escribamos para nuestra propia satisfacción. No somos escritores profesionales en el sentido sociológico de la palabra. De ahí que dedicarme completamente a la literatura lleva a suponer que debo convertirme en un ermitaño. Pero eso es muy difícil.

—Una lección de paraguayología. ¿Es “kaigue” el escritor paraguayo, se abandona realmente a la “modorriente siesta paraguaya” en vez de producir?

—La gloria no justifica el sacrificio de la siesta, ni tampoco el lento ritual de una cerveza helada en un crepúsculo incendiado por el verano.

—¿Los escritores que influyeron en tu formación? ¿Cuáles son tus planes?

—Es un difícil rastreado, sobre todo para alguien como yo que sobrelleva una lectura tan vasta y desordenada. Cervantes, desde luego. Pero también Quevedo, Chesterton, Flaubert, Wilde, Dostoievsky, Malraux, Borges, qué sé yo. Ahora, en cuanto a planes, cuento con la posibilidad de escribir una novela, centrada en un burdel mítico desde el cual se ve pasar el tiempo, los últimos cuarenta años de la vida paraguaya.

—La séptima edición de “En busca del hueso perdido”, ¿es un récord en Paraguay?

—Si bien no es mi primer libro, creo que sí fue el más aceptado por la gente. No entiendo muy bien el motivo. La gente debiera haberlo rechazado, porque allí hay cosas que seguramente nadie quiere escuchar.

—¿Podrías ejemplificar algunas de esas cosas?

—Nuestro temor a la cultura nos lleva a un igualitarismo cuyo trasero es la profunda mediocridad general. Y también el cepillismo, la simulación, la idolatría del poder, la jerarquización de la lealtad grupal por sobre el conocimiento, el *requecho*.

—Sin embargo, muchos maestros lograron sobresalir con gran solidez intelectual: Eligio Ayala, Eusebio Ayala, Manuel Gondra, Natalicio González...

—Brillantes excepciones. Pero sumergidos en un aluvión de palurdos. No te olvides que a Gondra lo echaron dos veces. A Eligio lo soportaron poco tiempo, y luego de una guerra civil. A Eusebio y a Natalicio los despidieron a patadas. Malos ejemplos.

—“En busca del hueso perdido” habla del “*mbatara*”. ¿Era una crítica al entonces candidato a la presidencia de la República, Juan Carlos Wasmosy?

—Para nada. *Mbatara* es una alegoría que no tiene nada que ver con nadie en especial. Además, yo escribí el libro en 1987, en plena época del “noble jefe”. Con ese libro, gané el concurso ICI/Embajada de España, 1988. La primera edición apareció en 1990.

—Un capítulo de tu libro se consagra al estudio del “requecho”. Allí se mencionan los tres famosos gestos de José Gill,

que al parecer son más elocuentes que el mejor discurso de Demóstenes. ¿Creés que esos rasgos siguen vigentes? ¿El fenómeno de la corrupción tiene relación con el requecho?

—Creo que sí. El paraguayo todavía tiene el instinto del cazador-recolector del neolítico que acecha el paso de un carpincho, de un venado. Ahora ocurre lo mismo, la diferencia está en que en vez de dispararle el flechazo a un chancho montés, lo hace con una empresa pública, un ministerio o un banco. El Estado es simplemente el coto de caza. Hay un internarse en él y afinar la puntería. Eso es todo.

—Hablemos de la literatura en general. ¿Cómo estás viendo la escritura en Paraguay? ¿Se puede mencionar por lo menos cinco libros de calidad competitiva?

—Se está escribiendo mucho. Para que haya calidad, primero debe haber cantidad. Dentro de todo eso, creo que hay más de cinco libros citables.

—¿No será, como dice Augusto Roa Bastos, que en el Paraguay no hay literatura sino sólo artes plásticas?

—Con las artes plásticas ocurre lo mismo. Hay tres exposiciones por día. Pero de todo ese montón, no estoy muy seguro de que haya muchos artistas que la historia del arte se empeñará a preservar de la quema.

—¿Cuál es la renguera de la literatura paraguaya? ¿Qué nos hace falta?

—Hace unas cuantas noches tuvimos una reunión con un escritor argentino muy conocido: Mempo Giardinelli. Nos dijo lo que ya sabíamos, pero parece que necesitábamos escucharlo de alguien con más autoridad. Hay que escribir novelas. Ese es el desafío. De todos modos, en los diez últimos años se escribieron más novelas que en todo el siglo anterior. Creo que vamos por buen camino.

—La literatura paraguaya no llega al mercado internacional. ¿Será por el pozo cultural que menciona el escritor Carlos Villagra Marsal?

—Hay un poco de eso. Por ejemplo, me dicen que la revista literaria más importante de los Estados Unidos editó números especiales para casi todos los países latinoamericanos. Salvo dos: Paraguay y Panamá. Además, me cuentan que el Gobierno español, a través de uno de sus organismos, ayudó a la edición de unos quinientos títulos de autores latinoamericanos. De Paraguay hubo sólo tres: Augusto Roa Bastos, Azara y Barrett. Los dos últimos, obviamente, no son paraguayos. Si la información es real, nos ayuda a entender dónde estamos.

—¿Acaso no tenemos buenos productos para “vender”?

—Falta la conexión con el sistema editorial europeo y norteamericano. Esto debería ser parte de la política cultural del Gobierno. Hay que promover los productos culturales paraguayos y crear los contactos, menos imaginería jesuítica del siglo XVIII y más productores contemporáneos: poetas, novelistas, músicos, cuentistas, compositores, grabadores, escultores, pintores. Una muestra selectiva, pero variada. Todavía nos falta un buen “marketing cultural”.

—¿Cómo ves el puente entre Paraguay y España?

—Con España se produce algo curioso. Debería ser el puente natural del Paraguay. Pero los caminos para llegar al mismo son como los de Dios: misteriosos e inescrutables. Sólo pocos elegidos pueden transitar por los senderos. Los que consiguieron abrir las puertas esconden cuidadosamente las llaves de acceso. Es un secreto celosamente guardado.

Fuente: [PROCESO DE LA LITERATURA PARAGUAYA - PERFIL HISTÓRICO, BIBLIOGRAFÍA Y ENTREVISTAS A LOS MÁS DESTACADOS ESCRITORES PARAGUAYOS](#). Por VICTORIO V. SUÁREZ. Edición corregida y aumentada. Asunción, Paraguay. 2011 (654 páginas)

Su vida, premios y obras

Helio Rudyard Vera Viveros, Helio Vera, nació el 5 de junio de 1946 en Villarrica del Espíritu Santo, una ciudad "sin espíritus ni santos", como él mismo la describe en una tarjeta postal.

Marciano Alejandrino Vera Alderete, abogado, descendiente de los Vera y Aragón, antigua familia de "la ciudad andariega y romántica", fue su padre. Lika Viveros Miloslavich, docente con ancestros croatas, su madre. El niño recibió el nombre de Helio por el Dios Sol, como una premonición paterna del destino que le aguardaba a su hijo, quien sería una luz muy potente en la literatura paraguaya. El segundo nombre, Rudyard, es por el escritor inglés Kipling, uno de los favoritos de su padre.

En marzo de 1947 se produjo la rebelión de Concepción, que se expandió a todo el país. Comenzó la cruenta guerra civil. El general Higinio Morínigo ejercía el Poder Ejecutivo y gobernaba con el Partido Colorado. Los militantes de otros partidos eran reprimidos, apresados o muertos. Marciano y Lika vivieron, entonces, situaciones dolorosas. En 1948 Marciano marchó exiliado a Buenos Aires. Se unió del éxodo de dirigentes opositores, que dejó profundas huellas en la vida social y cultural de la nación.

Helio permaneció en Villarrica con su madre. Aprendió a esperar y ejerció la paciencia. Aguardaba inquieto noticias las esporádicas noticias que llegaban de su padre. Esta experiencia a edad temprana lo marcó de manera indeleble. Su novela póstuma, La casa blanca, se basa parcialmente en los dramáticos hechos de la Revolución del 47 que fueron investigados por Helio. En ella describe la realidad histórica con conmovedora belleza estilística y profundidad inteligente. Relata hechos y circunstancias verídicas, desarrolla interpretaciones psicológicas, políticas y culturales, que constituyen un extraordinario instrumento que permite acceder al Paraguay misterioso y desconocido.

Marciano regresó del exilio. Con la familia reunida se instaló nuevamente en Villarrica, ciudad de sus ancestros, donde retomó su trabajo profesional. La familia sobrevivía dificultosamente debido a las circunstancias generadas por el exilio. La vida no era fácil para nadie, menos para un abogado del interior. Los clientes del doctor Marciano eran en su mayoría campesinos insolventes. Buscaban una mítica justicia en medio de su pobreza. Marciano los atendía como si hubieran sido espléndidos pagadores. Muchas veces cobraba sus honorarios en especie. Pavos, gallinas, cerdos, quesos, huevos.

Lika, enseñaba en el Colegio Nacional de Villarrica. Pertenecía a la pléyade de maestros formados por Ramón Indalecio Cardozo, cultor de las técnicas pedagógicas más avanzadas de la época. Abría la mente de sus alumnos a nuevos conocimientos, estimulaba la imaginación y profundizaba la naturaleza de la formación docente.

Los padres trabajaban y Helio vivía una niñez de juegos y diversiones pueblerinas, aventuras traviesas y vivencias que alimentaban su imaginación. Imitaba actitudes y sonidos de los animales e imaginaba historias fantásticas en el amplio patio de la casa. Garabateaba dibujos y escribía breves relatos. Aprendió a leer y leía cualquier libro que caía en sus manos. Su curiosidad y su anhelo por aprender eran infinitos, por eso se sumergía en la lectura más variada.

La familia aumentaba. Nació Castalia María Luisa, a quien Helio apodó Maluli. Luego, Jazmín del Carmen.

Para conocer las claves de la formación de Helio y la naturaleza profunda de su literatura basta recordar la dedicatoria en el Diccionario del Paraguay Estreñido: "A la memoria de mi madre, quien me enseñó a pensar, y de mi padre quien me enseñó a reír".

Marciano tenía un humor sarcástico e irónico. Reía de todo, definía a los conocidos con pinceladas certeras. Sus ocurrencias, sus comentarios sobre personajes y hechos que daban sabor a la vida lineal de Villarrica, se recuerdan hasta hoy. Helio heredó el humor, condición extraordinaria que le permitió penetrar en la naturaleza profunda de sus compatriotas. Sonreía con humor suave, delicado, implacablemente inteligente que no todos entendían. Los amigos de su misma condición intelectual se tornaban cómplices y festejaban con él su permanente juego dialéctico y retórico.

Su madre, Lika lo envolvió con ternura y le transmitió el método y la urgente necesidad de pensar. Era una mujer exquisita y culta. También le enseñó reglas de urbanidad. Lika y Marciano componían una pareja que se complementó de manera estupenda en el plano intelectual. Ella era una lectora infatigable; él, un parnasiano que recitaba en las sobremesas poemas de Leopoldo Lugones y de Rubén Darío. Los hijos del matrimonio alimentaban materia y espíritu, con improvisadas sesiones culturales gastronómicas. Almuerzos de arte y cultura, en los que Helio, Maluli y Jazmín descubrían poesía, historia y geografía. La madre enseñaba historia, castellano y geografía en el Colegio Nacional de Villarrica.

Helio comenzó la escuela primaria en el colegio Salesiano de Villarrica, hasta donde caminaba cada mañana. Un día, durante el trayecto le mordió un perro. Sus padres lo trasladaron a la Escuela Normal.

La infancia y adolescencia en la calma ciudad transitaban con placidez. La actividad más deliciosa para el joven Helio era la lectura en la casa de sus padres y en la de sus abuelos paternos, donde se mantenían completas y variadas colecciones. Allí era feliz, surcando mares remotos con Emilio Salgari y viviendo aventuras fantásticas con Julio Verne.

Ya en su juventud leyó a Nietzsche y otros filósofos clásicos. Imaginamos que parte de su cáustica ironía surgió como

consecuencia de los genes de su padre con un variado y rico sentido del humor y de las lecturas de los críticos de la condición humana.

Pasó al Colegio Nacional de Villarrica. Como muchos artistas e intelectuales geniales no fue un alumno brillante. No quemaba sus pestañas estudiando. Tampoco demostró una particular dedicación a la convencional rutina de la escuela. La lectura, la sagacidad y capacidad de razonamiento, le permitieron pasar sin contratiempo los exámenes hasta recibirse de bachiller. En clase se distraía. Retrataba a profesores y compañeros a quienes definía con motes y certeros marcantes. Su facilidad para el dibujo hizo pensar a sus padres que Helio podía ser un buen arquitecto. Lo enviaron a Río de Janeiro para estudiar Arquitectura. Helio regresó al año, y contra las expectativas afirmó que su vocación era el Derecho.

Se propuso ser abogado e ingresó sin dificultades a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Al mismo tiempo se incorporó como periodista al diario La Tribuna. Compartió noches de bohemia con sus amigos, se hizo socio del Club del Bolero, se enamoró y participó activamente en la vida de Asunción. Era joven, potente y genial. Vivía intensamente la aventura cotidiana. La carrera de abogado le ofrecía variadas y ricas alternativas. Su cultura enciclopédica y su curiosidad lo inclinaban a interesarse en todos los aspectos de la vida. Desde los más intrascendentes hasta los misteriosos.

Los compañeros de entonces recuerdan su facilidad para descubrir y entender la clave profunda de los temas que afrontaba. En una oportunidad, dos de sus condiscípulos se prepararon durante tres meses para rendir una asignatura muy importante. Helio debió integrar el grupo de estudio. La primera noche dijo: "Hasta luego... aháta aju... No volvió hasta la noche antes del examen. Entró silbando y preguntó a los agotados compañeros nutridos de la información necesaria: "¿De qué trata esta asignatura?". Le pusieron al tanto. Al día siguiente, ante la mesa examinadora, Helio obtuvo la nota más alta. Poder de convencimiento, dotes de oratoria, dicción fluida ¿Qué pudo ser?

En 1967 se preparaba la salida de un nuevo diario. Helio se inscribió para practicar en el cuerpo de periodistas. Se trataba de ABC Color. Humberto Pérez Cáceres formó un staff de periodistas. No sólo debían saber escribir, tener cultura general y estar bien informados, sino que tenían que abandonar antiguos hábitos de la prensa. Entre los aspirantes a redactores, a prueba durante el año anterior a la aparición del matutino, Helio sorprendió por su capacidad y su velocidad para redactar. Por su poder de síntesis, vuelo intelectual y cultura. Pérez Cáceres vaticinó que sería uno de los más brillantes periodistas del Paraguay. No se equivocó.

Varios medios paraguayos lo tuvieron en su equipo. La consagración periodística de Helio llegó cuando asumió su condición de columnista. Desarrolló una forma peculiar de enfocar los temas a los cuales les quitaba el dramatismo solemne al que son generalmente adeptos los "analistas serios". Descubrió que se podía hurgar en los tópicos más trascendentes con una pizca de humor que hiciera que el lector se prendiera al texto y entendiera mediante imágenes certeras y con sabor cotidiano, las complejidades más truculentas de los asuntos analizados.

La anquilosada argelería nacional no le comprendió de buenas a primeras y pretendió instalar la idea de que Helio disfrazaba con sátira una supuesta falta de profundidad en sus análisis. Nada más lejos de la verdad. Esa misma argelería nacional se tuvo que rendir luego ante la evidencia de que la gente comenzó a interpretar mejor la realidad de nuestro país gracias al estilo ingenioso de Helio que a la ampulosa retórica de los adustos próceres de la verdad que escribían siempre enojados.

Cuando se recibió de abogado, Helio abrió un estudio con un colega. Pasaba por allí de vez en cuando. El periodismo lo absorbía. Otro amor, la literatura, irrumpió con fuerza y dejó en segundo plano la intención original de entregarse totalmente a la abogacía. Quería ser un abogado responsable y serio pero lo atrapaban el periodismo y la literatura. En ese clima de dudas sobre su futuro profesional, en 1974 Helio se casó con María Elvira Careaga Vázquez. Del matrimonio nacieron tres hijos: Rodrigo, Fernando y María de los Ángeles.

Helio se prodigó y navegó en tres o cuatro aguas: el matrimonio, el periodismo, el derecho y la literatura. No abandonó ninguno de esos amores. Les fue fiel a todos pero decidió que su preferida sería siempre la literatura.

Encontró tiempo para escribir ficción en cualquier lugar. En la Redacción de los diarios, en medio del pandemonio de la hora de cierre; en el estudio jurídico aprovechando las horas sin clientes. Se sentía un amante furtivo que tiene más placer al encontrarse con su amada en medio de mil presiones. Así terminó de escribir su primer libro de cuentos, Angala, obra que revolucionó el ambiente literario por su ritmo y su prosa parca en adjetivos, límpida, neta, certera.

Con la familia agrandada, Helio buscó más trabajos fuera del periodismo. Su pluma era muy apreciada. Utilizaba su capacidad y su talento para hacer lo que se le pedía, sin dejar la lectura ni la escritura. Decía un familiar: "Helio, no hace nada, sólo lee y escribe".

Su reino era el de la palabra escrita. No sólo la literatura ocupaba sus afanes. Criticaba la situación política en su columna semanal, con sabia agudeza. No era fácil contestarle.

Se trasladaba de un lado a otro, siempre apurado, pronto para partir aunque acabara de llegar. Lanzaba una frase ocurrente, observaba y dimensionaba la concurrencia, hacía una radiografía del momento y del lugar y corría otra vez,

como huyendo siempre de algo, del tiempo que le caía encima oprimiéndolo, sofocándolo.

Su siguiente obra, el excepcional tratado *En busca del hueso perdido* –tal vez el libro más reeditado en el país, con trece ediciones– es un compendio de gran rigor investigativo, de estudio profundo de nuestra historia en todos los órdenes. El libro lleva la impronta de Helio: ingenio y picardía, aspectos acompañados de un estilo diáfano que atrapa al lector desde la primera hasta la última página. Su destreza en el manejo del idioma hace el resto.

Se sumaron otros títulos a su corpus literario. Uno de ellos, *La Paciencia de Celestino Leiva* (un libro al que él le tenía especial aprecio), uno de los más logrados volúmenes de cuentos de nuestra literatura, fue merecedor del Premio Municipal de Literatura 2006.

Posteriormente decidió trabajar en Derecho e ingresó a la función pública como asesor en la Fiscalía General del Estado. Allí ejerció sus vastos conocimientos de estrategias jurídicas, políticas y periodísticas.

En 1996 falleció su esposa Elvira. Helio quedó viudo con tres hijos a su cargo. Afrontó las responsabilidades domésticas, la crianza, envolviendo todo en un ámbito hogareño donde siguió produciendo intelectualmente.

Doce años después de la muerte de Elvira, falleció Rodrigo, el primogénito. Helio dijo entonces: “Tal vez aprenderé a dormir de noche. Nunca lo pude hacer desde que Rodrigo enfermó. Amanezco sentado, mirando el reloj, pensando en los peligros que lo acechan. Mi hijo Rodrigo es tan inconsciente de todo y tan indefenso”.

Antes expresó, en una confesión muy rara, a una de sus hermanas: “Ojala yo no muera antes que Rodrigo. De otra forma, quién se encargará de él. Qué hará en la vida, a la que no tiene acceso un joven que padece una enfermedad crónica”. Después de la muerte de su hijo, afirmó: “Estoy convencido de que viviré poco, si llego a tres años más, será una hazaña”.

A los 40 días de la muerte de su hijo, murió Helio Vera. El informe médico explicaba que el fallecimiento se debió a un accidente cardiovascular. Quienes lo conocían y sabían de su inmensa tristeza, tenían la certeza de que lo llevó el dolor. Su corazón desbordado de amor no soportó más tanta ausencia.

Desde el 25 de marzo del 2008 la literatura paraguaya lleva luto por la pérdida de este gran creador. El periodismo también lo añora. Fue uno de los mejores. En la literatura y en el periodismo. Sus escritos son imperecederos.

Los músicos le llevaron una serenata ante su ataúd. Le rindieron un homenaje póstumo al amigo bohemio y generoso que cantaba y ejecutaba con maestría la armónica. Según recuerdan sus amigos, en sus cumpleaños decía que si alguien venía para hablar, tenía que traer un bozal. Quería la atención plena a la música, al bolero, una de sus grandes pasiones.

Helio Vera era introvertido, reservado, de pocas pero certeras palabras. Pocos lo vieron emocionarse. Las cosas le dolían pero no exteriorizaba su sentimiento. Se negaba a hacerlo. Huía del momento con una humorada. Hablaba poco de sí mismo, tenía un trato sencillo, afable y era querido por todos.

Le atraían la política y la historia. Analizaba y desentrañaba los intereses y las mentiras ocultas con la precisión de un cirujano. Las de hoy y las de ayer. Fue leal al partido de su juventud, al que estuvo afiliado desde los dieciocho años, el PARTIDO REVOLUCIONARIO FEBRERISTA, lo que no le impidió ser buen amigo de colorados y liberales. A los 19 años fue enviado por el partido a Costa Rica, y colaboró con el semanario *El Pueblo*, órgano del febrerismo. Fue febrerista hasta el final. Nunca dejó de pagar una cuota. “Está al día”, dijo en su sepelio el viejo cobrador del partido.

En un momento de graves circunstancias políticas y sociales, el Derecho volvió a interesarle. Leyó y estudió hasta especializarse en Derecho Penal. Estudió e investigó esa disciplina y se constituye en unos de sus referentes. Escribió su tesis y la presentó en la UNA. Se traspapeló. Sorprendente accidente que lo decidió a presentarla en Pilar. Pocos días antes de que fuera a defenderla, falleció. No alcanzó a obtener en vida su título de doctor. Sus amigos y colegas opinan que no lo necesitaba. Lo era naturalmente..

La tesis, publicada como libro con el título *TUTELA PENAL DE HONOR CONTRA LESIONES COMETIDAS A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN*, se presentó en la fecha de su cumpleaños número 62. En la ocasión, el Dr. Luis Escobar Faella dijo: “Esta tesis no vale por una, equivale a 15 tesis. Felicitaciones, Dr. Helio Vera, usted ha salvado su tesis doctoral con Summa cum laude”.

Por su parte, el prologuista del libro de tesis, Dr. Wolfgang Schöne, autor del Anteproyecto de Reforma del Código Penal, escribió que Helio se había ofrecido voluntariamente a ayudarlo en la redacción del citado Código. Sostenía que “Helio Vera, semana tras semana, día tras día, trabajó desde las 10 hasta las 12, sin faltar una sola vez y con una puntualidad contraria a su autoconfesada alma de bohemio... Sin hablar alemán, pero con gran sensibilidad para la estructura de la comunicación de y en cualquier idioma, desempeñó el papel de un traductor de ideas”.

Helio Vera fue escritor prodigioso, periodista, abogado para quien lo de “doctor” no fue un marcante sino un título preciso; estudioso de todo lo que significara vida; pensador profundo, desmitificador certero de vicios nacionales, enamorado de las manifestaciones ancestrales del espíritu de esta tierra, admirador de la cultura popular, contertulio de fantasmas y póras que habitan en nuestras noches insondables; organillero, bolero, cantor desafinado.

Fue eso y mucho más. Pero tuvo, entre tantos, un oficio que amó entrañablemente y al que honró con su talento inconmensurable; al que se entregó con una pasión generosa, con una paciencia de orfebre y al que dedicó su letra inmortal: el oficio de ser paraguayo.

Helio Vera partió el 25 de marzo del 2008. Tenía 61 años de edad y muchas cosas por hacer. Su muerte es un hecho de relativa trascendencia. Él todavía está aquí. Y se va a quedar para siempre. Por suerte.

PREMIOS Y DISTINCIONES

Segundo Premio en el Concurso Internacional de Cuentos del diario "Mayoría" de Buenos Aires, año 1975, por el cuento Regino.

Premio "El Lector" a la mejor obra literaria de 1984, por “Angola y otros Cuentos”

Primer premio en el Concurso de Ensayos V Centenario, de 1988, organizado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Embajada de España en Asunción, por el Ensayo “ En busca del Hueso Perdido-(Tratado de Paraguayología)

Los “12 del Año”, edición 1990, distinción otorgada anualmente por Radio Primero de Marzo.

En 1991 fue miembro del jurado de los premios internacionales de periodismo Rey de España

Primer premio en el Concurso de Cuentos «Néstor Romero Valdovinos» del diario Hoy, de 1992, por el cuento “Destinadas”.

Segundo Premio en el Concurso Internacional de Cuentos organizado por la Caja de Pensiones de Salamanca, en 1995, España, por el cuento “La Paciencia de Celestino Leiva”

Mención especial del Premio Nacional de Literatura del Paraguay, 1999, por “Antiplomo. Manual de Lucha contra los Pesados”

Mención especial del Premio Nacional de Literatura del Paraguay, 2006, por “La Paciencia de Celestino Leiva”

Premio Municipal de Literatura, por el libro “La Paciencia de Celestino Leiva”, 2007.

En su homenaje una Biblioteca de la ciudad de Encarnación lleva el nombre: “Helio Vera”, el genio del “País de Jauja”.

La promoción 2008 de graduados de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la U.C.A de Villarrica llevó su nombre.

El Ministerio de Educación y Cultura, decretó que todas las promociones de graduados del año 2008, llevaran el nombre de “Helio Vera”

OBRAS PUBLICADAS

1984 - Angola y otros cuentos. Editorial Aravera

1990 - En busca del Hueso perdido. (Tratado de paraguayología). RP ediciones.

1994 - Diccionario Contrera. Colihue-Mimbipa.

- 1997 - Antiplomo. Manual de lucha contra los pesados. Edición del autor
- 2002 - Carta Política de la República del Paraguay, de Lomborio I, el Breve. Edición del autor
- 2004 - La Paciencia de Celestino Leiva. Editorial Servilibro. (Fue el primer libro virtual paraguayo llevado a la red en 2001, a través de Yagua.com).
- 2005 - Trofeos de la guerra y otros cuentos picarescos. Editorial Servilibro.
- 2006 - Plagueos, ensayos y otros divagues. Editorial Servilibro.
- 2006 - Diccionario del paraguayo estreñado. Editorial Servilibro.
- 2007 - La hondita impaciente. Editorial Servilibro
- 2007 - El Cangrejo Inmortal. Editorial Servilibro.
- 2008 - Diccionario del paraguayo estreñado, versión corregida y aumentada. Editorial Servilibro.
- 2008 - Tutela Penal de honor contra lesiones cometidas a través de los Medios de Comunicación, en 2008, publicación póstuma. Editorial Intercontinental.

OBRAS EN COAUTORÍA

- 1987 - Álbum del club Centenario, en coautoría con Numa Alcides Mallorquín, por orden del club Centenario.
- 1996 - Pactos políticos en coautoría con Julio Cesar Frutos. Editorial Medusa.
- 1998 - Elecciones 1998. Tradición y modernidad en coautoría con Julio Cesar Frutos. Editorial Medusa.
- 1999 - Democracia y transición en coautoría con Julio Cesar Franco
- 2000 - Lecciones preliminares de Derecho Penal en coautoría con Jose Casañas Levi y Gustavo Gorostiaga
- 2006 - Voces del Olimpo I , compilación, en coautoría con Ricardo Ramirez. Editorial Ayelen.
- 2007 - Voces del Olimpo II, compilación, en coautoría con Ricardo Ramirez

TEXTOS EN ANTOLOGÍAS Y OTRAS PUBLICACIONES

- Capítulo en Crónicas Secretas (Con otros autores). Imprenta Cromos, Asunción, 1980.
- Cuento Angola, en: Panorama del Cuento Paraguayo, antología de varios autores, compilada por Sergio Rodríguez Barilari, ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986.
- Capítulo en: Ventana desde el Interior, una Visión Interdisciplinaria, compendio de trabajos presentados durante el «Encuentro en el Guairá» del 8 de agosto de 1987, con otros autores. Compilación de Mara Vaccheta, 1988.
- Capítulo con selección de artículos en: Humor después del Golpe (con otros varios autores). Editorial RP Ediciones, Asunción, 1990.
- Capítulo con selección de artículos en: Reír y llorar. Humor a fines del gobierno de Wasmosy. Con varios autores. RP

Ediciones y Expolibro. Asunción, 1997.

- Cuento Angola. En: Narrativa paraguaya (1980-1990). Antología del cuento paraguayo contemporáneo, compilación de Guido Rodríguez Alcalá y María Elena Villagra. Editorial Don Bosco y PEN Club del Paraguay.

- Artículo para: Encuentro de dos Mundos. Análisis de 500 Años. Selección de artículos de varios autores. Edición especial del diario Excelsior de Ciudad de México, 23 de junio de 1992.

- Cuento La Máquina del señor Herbert. En: Colección Cuentos de Autores de la Región Guaraní: Argentina, Brasil, Paraguay. Edición castellano-portuguesa, del diario El Territorio, de Posadas, Misiones, Argentina, 1992.

- Selección de voces del Diccionario Contrera. En: número especial sobre Paraguay publicada por la revista Exégesis, de Puerto Rico, en 1996.

- Cuento Kamba Raánga. En: 32 Narradores del Sur. Con 32 cuentistas. Editorial don Bosco, Asunción, 1997.

- Cultura tradicional. En: Enciclopedia del Paraguay. Editorial Océano, t. II, Barcelona, sin fecha de edición.

- Cuento La justicia de Elena. En: revista Exégesis Revista del Colegio Universitario de Humacao, Universidad de Puerto Rico, Año 132, N° 34, 1999.

- Cultura e integración. En: Bases para la agencia internacional del Paraguay. Centro Paraguayo de Estudios Internacionales (CEPEI), Asunción, 2001.

-Primeras letras. En: Cuentos del MERCOSUR, Gobierno de Chile y Ril Editores, Santiago, 2002.

- Angola, en: El Cuento Hispanoamericano Actual, Antología. Selección de Reni Marchevska, Sofía, Bulgaria, 2002.

- Las amenazas contra la libertad de expresión en el Paraguay. En: Boletín del Ministerio Público, Año 2, Número 7, marzo a octubre de 1992, Asunción.

- Integración cultural. En: Montiel, Edgar y Bosio, Beatriz Pensar la Mundialización desde el Sur. Anales del IV Encuentro del Corredor de las Ideas. UNESCO – MERCOSUR – Universidad Católica – CIDSEP – Konrad Adenauer, Asunción, 2002.

Miranda Catore. La ira, cuento en Los siete pecados capitales, Editorial El Lector, Asunción, 2006.

El ensayo, “En busca del hueso perdido”(Manual de Paraguayología) y la obra “Angola y otros cuentos”, figuran en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes Saavedra.

Su biografía se puede encontrar también en WIKIPEDIA, enciclopedia libre en la red.

TRADUCCIONES A OTROS IDIOMAS

- Inglés: «La consigna», para The faber book of contemporary latin american short stories, (antología de cuentos latinoamericanos) realizada por Nick Caistor, Faber and Faber, Londres-Boston, 1989.

- Coreano: En busca del hueso perdido, por una editorial universitaria coreana.

- Portugués. Un Paraguay de Puro Petáculo. (Capítulo de En busca del Hueso Perdido), en Encontro das Aguas, con otros autores. Travessa dos Editores, Curitiba, Brasil, 1995.

- Portugués: cuento La máquina del señor Herbert. En la colección Cuentos de autores de la región guaraní: Argentina, Brasil, Paraguay. Edición castellano-portuguesa, del diario El Territorio, de Posadas, Misiones, Argentina, 1992.

- Francés: Libro Angola y otros cuentos, en trabajo de tesis para el Departamento de Literatura Latinoamericana de la Universidad de Toulouse, bajo la dirección del profesor Jean Andreu. Toulouse, 1998.

- Francés. Cuento Angola. En Bolivariennes. Voix de femmes. Éter femne en Amérique du Sud. Traducción del español

de Philippe Dessommes Floréz.

- Francés. Cuento Primeras letras. Publicado en la revista Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brasilien. N° 70, junio 1998, editado por el Institut Pluridisciplinaire por les Etudes Sur L'Amérique Latine a Toulouse, Francia. Toulouse, 2000.

- Italiano. Cuento La Consigna. Publicado en Paraguay, La storia, el territorio, la gente. Antología di racconti. Introduzione, selezione e realizzazione a cura di María Gabriella Dionisi. Roma, 2001.

ACTIVIDAD DOCENTE

- Encargado de la cátedra de Historia del Paraguay, en el Curso Probatorio de la Universidad Católica, año lectivo de 1978.

- Encargado de la cátedra de Técnica y Estética de la Radio, en el departamento de Medios Modernos de Comunicación de la UC, año lectivo de 1979.

- Encargado de la cátedra de Teoría y Práctica del Periodismo, primer curso del Instituto de Periodismo de la Universidad Nacional de Asunción, años 1989 y 1990.

- Profesor invitado de Cultura Paraguaya en los cursos anuales de 1993 al 1998 del Colegio Nacional de Guerra.

- Profesor de Historia del Paraguay en el curso probatorio de la Facultad de Derecho de la UNA, años 1995-96.

- Profesor de Historia de la Cultura Paraguaya en la Academia Diplomática, curso lectivo de 1997. Cursos de postgrado en Derecho Penal: En Corrientes (Universidad del Nordeste) y en Asunción (Centro de Ciencias Penales y Política Criminal). Participó de otros cursos de Derecho Constitucional y de Derecho Penal en Asunción y en el extranjero.

- Profesor de Historia de las ideas en América Latina, e Historia de las ideas del Paraguay, curso de Postgrado en Ciencias Políticas de la UNA.

- Profesor de Técnica Jurídica, en la Universidad Católica de Villarrica.

- Profesor de Derecho Penal, Parte General, en el curso de Posgrado en Derecho Penal organizado por el Rectorado de la Universidad Nacional de Asunción.

HELIO VERA PE GUARÁ

Mba'eiko pe'a che irû

reju rejapuraite

magmávape ore mondyipe

ha tuichaite ore rasê

Oparupirei, reikovépa oñeporandu

ha puho'e ohecháma katu

ha ta'anga mbyryry avei

omombe'u mbykymimi

ndosóiha nde rekove sâ.

Magmáva rovy'a joa

reikovemi gueteriha

ha che katu ha'e voi

anichéne ñande reja

ko che tayhupára yma,

vokoike roî jeyne

oñotîre vy'a râ.

Upégui che angirû

ndachevéi voi apyta

ha'ente ku rohechátava

terere rupa reipota

ja ñe'e jey hagua

ne rembiapota aja.

Nandepochyimi voi

niko, mba'evére.

ha tuicháicha repuka

roikaa ypyrô guarêicha

pe amo mombyry

ne retâ'i mime, Guairá.

Ndaipóri nembyasy'yva

oihaicha tekove

kuñakaraimimi guive,

pohâ ro'ysâ gueruha.

Yvypòra oiháicha

vokoike osapukáipa

animora'e ore reja

roipokuaa'y mboyve

ne pore'y paharâ.

Ro mbokele'e ava ñe'eme

nde che irû ymaite guive,

aikuaagui rehayhuha

ñande ypykue guarâ ñe'e,

mombry rehoite mboyve.

Hi'ante va'erâ ku chéve

re jeyvy sapy'ami

ha ynambuñu oikoháicha

re veve mbykymi

ha nde irû kuéra taneroguaiî

ñe'e yvoty guaraníme,

nemomaiteî mbykymi.

ANÉDOTAS QUE DESCRIBEN ASPECTOS DE LA PINTORESCA PERSONALIDAD DEL IRREPETIBLE AMIGO HELIO

Por NÉSTOR INSAURRALDE

RIÑERO:

Allá por julio del 2006 “le mandamos de cobertura” para el diario Crónica a una riña de gallos clandestina en San Lorenzo (bah, en realidad, le invitamos porque sabíamos de su afición) . Helio se divirtió como loco e incluso llegó a apostar un 10 mil'i que le ofreció uno de los riñeros que de repente le identificó en la multitud. Antes ya había rechazado la caña blanca, el vino y la cerveza, de modo que no le quedó mas remedio que agarrar el 10 mil'i, contó la periodista Fátima Rodríguez, la encargada del reportaje. Después del famoso “yo a vos te conozco de algún lado... ¿Vos sos Helio Vera?” y al recibir la confirmación, el hombre celebró: ¡Estamos frente al mayor escritor vivo del Paraguay!”. Helio y la colega ganaron la apuesta, devolvieron la plata y se dividieron la ganancia.

MACHISTA:

Los periodistas se habían aficionado a llamar a Helio cuando surgían controversias sexistas para armar polémica. Creo que fue en relación al uso de la @ para escribir a niñ@s (niños/as) que le consultamos y él declaró que con esas iniciativas las feministas eran “unas talibanas con pollera”. Después que empezaron las declaraciones en su contra, Helio simplemente me dijo por teléfono: “¿Pero paraquéiko lo que publicaron eso?”. Y, claro, a continuación se mataba de risa.

LOS SINDICALISTAS

Cada vez que se escuchaban insistentes pedidos de reivindicaciones salariales de los periodistas, Helio solo largaba su famosa reflexión: “Pero maraiko la pejerure la aumento de sueldo; pemo santovai reingo la patronpe. Ha’ekuerango ipochy rei. Ndenteko rejapovaera la nde sueldorâ”.

EDITORIAL PARA MAÑANA

Cuentan que estaba reunido con algunos colegas que chusmeaban con él en su oficina del diario Noticias. En eso viene Cristian Torres, jefe de redacción, y al pasar frente a la puerta le da -tipo telegrama- para su trabajo del día: “Editorial sobre IPS para mañana”. A falta de mayor precisión, él interroga con la mayor naturalidad: “¿En contra o a favor?”... (Es que en aquellos días, el capo del IPS era hermano de Torres)

HELIO CANTOR

Cada tarde, al término de su jornada laboral, mientras que la treintena de redactores en línea tableteaban sus crónicas en la redacción del Diario Noticias, Helio bajaba de las escaleras, se colocaba al lado del entonces secretario de redacción, Mario García Siani, y juntos entonaban a viva voz una guaranía que dejaba sin poder concentrarse a propios y de seguro que estupefacto a más de un extraño que casualmente se encontraba en la sala de redacción.

TRES TOMOS DE KANT

Un día, un periodista del diario HOY había publicado que se murió un prójimo que en realidad no murió. El hombre fue llegando a la redacción muy molesto a aclarar su condición de viviente. El titular entonces fue: “Nos visitó el occiso”. Otro día, el mismo redactor puso “el trivial alemán”. Comentando el estilo farragoso de ese redactor en particular, Helio solía decir: “A la pucha!, después de leer los materiales de (...) el pobre corrector tiene que ir a leer por lo menos tres tomos de Kant para descontaminarse”

¿PORQUE TANTO AVASALLAMIENTO?

Los chicos que se meten a periodismo son bravísimos. Y más el primer año (incluso con posibilidades de empeorar en los siguiente, claro) Helio no era famoso por irse muy a menudo a dar clase (Benito Fleitas le reemplazaba la mayor parte del tiempo). Pero ese día estaba dando clase y saltó un alumno a dar un fuerte discurso patriótico abogando algo así como por la defensa de la soberanía paraguaya y la integridad territorial frente al imperialismo brasileño. “¿Porqué tanto avasallamiento?”, le espetó al profe, a quien evidentemente no le conocía. Helio le miró fijamente al muchacho y le contestó: "Supongo que usted entiende de dimensiones, verdad?"

LA VERDAD DE LA MILANESA

Mi amigo Omar Noguera era relativamente nuevo en Noticias. Estaba en la sección economía y un día le tocó la interesante misión de conducir a un grupo de estudiantes de periodismo que venían a conocer el diario. Como mi amigo es muy formal, muy serio, fue explicando todas las fantásticas cosas que hacían los periodistas, como era el proceso del diario, qué tan importante era el talento reporteril, eré eréa. En eso, llegan a saludarle a Helio, a quien los chicos les pidieron alguna recomendación, algún consejo profesional, a lo que él respondió: “Bueno, les voy a contar la verdad de la milanesa: para empezar, nada de lo que les enseñan en la facultad es cierto. Olvídense del romanticismo. Acá se escribe lo que el patrón quiere. Ustedes tienen que venir a teclear día y noche y todo el resto es bolaterapia”.

OTRAS ANÉCDOTAS

Por BERNARDO NERY FARINA

ROMERO VALDOVINOS AL AMANECER

Pícaro y veloz, Helio tenía una gran habilidad para zafar de los trabajos que podían poner en peligro su rutina. El viejo diario HOY. Humberto Domínguez Dibb, el inefable HDD, le llama una madrugada a Helio y lo convoca para una reunión urgente en La Mezquita, en la avenida Aviadores del Chaco. Las 2 de la mañana. Helio debía cruzar toda la ciudad. “*Vení que tenemos que escribir un editorial*”. Iba a ser un fuerte ataque a las trabas argentinas a la exportación de hortalizas paraguayas. Una de las típicas y trasnochadas ocurrencias de HDD: Entonces, a Helio se le prende la luz: “*algo sé del tema, pero quien más sabe del asunto es Romero Valdovinos; él pues vivió mucho tiempo en la Argentina y conoce al dedillo a los kurepí; además sabe cómo atacarlos donde más les duele*”. “*Tenés razón*”, dijo un convencido HDD, quien ordenó a su chofer ir a buscar a Néstor Romero Valdovinos.

A la mañana, un Romero Valdovinos ojeroso y malhumorado arrastra su humanidad en la redacción: “*Quiero saber quién fue el desgraciado que le dijo a Humberto que me hiciera buscar esta madrugada; estuvimos desde las 3 hasta las 6 hablando de boludeces*”.

SIN LUCES

Helio detestaba a los charlatanes y a los mediocres. En el diario HOY teníamos un compañero que fungía de jefe de Artes y Espectáculos, que era un verdadero espectáculo él mismo por su escasísima capacidad intelectual. En una de esas clásicas rondas de las 5 de la tarde, luego del cierre del primer pliego, cuando la perrada aprovechaba para hablar mal de los ausentes, el tema fue, justamente, ese personaje.

Todos tenían algo jocoso que comentar sobre él. Pero los comentarios se cerraron cuando Helio, al pasar nomás, dejó una sentencia inapelable: “*Ese tiene menos luces que dos luciérnagas dormidas*”.

UN ENCUENTRO CON PLÁCIDO JARA

Por MARIO RUBÉN ALVAREZ

Helio era un enamorado de los compuestos, ese género de la poesía popular heredera de los romances españoles y que se parece al cuento y a la novela porque su esencia es el relato. Comentaba él que *Mateo Gamarrano* había hecho nada extraordinario ni siquiera digno de mención al no inmutarse cuando en el Puerto Guarani "Alto Paraguay", el 12 de octubre de 1931 bailó con “un tal Emilia Ortiz” mientras Delfina Servín —su serviha— le imploraba “Anívéna upéicha reiko”. “No hay caso”, le respondió el que unos minutos después, ya agonizando después de recibir los “cinco tiro seguido”, tendría todavía el descaro de preguntarle a su mujer: “Mba'ére piko Delfina/ rejapo kóicha che rehe”.

Conocedor del paraguay hasta su médula “según revela su ensayo “En busca del hueso perdido””, discípulo aventajado de monseñor Saro Vera, Teodosio González y otros profundos observadores empíricos del teko paraguái, decía que en la “lógica” y en la “ética” de Gamarra, éste no estaba transgrediendo ninguna norma. Por eso —indicaba Helio— él había resuelto: “Si es que ojedisgustárô/ che apointene ichugui”.

Andando detrás de esas expresiones de la cultura oral, cierta vez cayó en mis manos una joya del género: un compuesto dedicado a la huida de Plácido Jara y sus andrajosos compañeros hacia Itanarâ, en el Alto Paraná, luego de ser derrotados por las fuerzas gubernistas en Ka'i Puente en 1923 para poner fin a la guerra civil protagonizada por los “sáko puku” y los “sáko mbyky”, facciones del Partido Liberal.

Recuerdo que nos encontramos en un lanzamiento de libro en “El Lector”. Le conté que obraba en mi poder una pequeña joya que podría ser de su interés. “Mba'éiko, mba'éiko, cantá pues, cantá”, me martilló sobre la marcha como en un juego de truco. “Erúpy, erúpy jahecha” volvió a repiquetearme después de que le contara de qué se trataba.

Los días posteriores me bombardeó con llamadas. Quedamos en encontrarnos en la presentación de otro libro en el Juan de Salazar. Hasta ahora recuerdo el brillo intenso de sus ojos cuando leyó, conmovido, el compuesto de Plácido Jara. El anónimo autor decía que el montonero era un diestro jinete y que “bálagui ipya'eve”.

“Peichaite...peichaiteva'ekue”, fue la conclusión de Helio.

Viéndole dichoso como un niño que acababa de encontrar en el monte un ala de mariposa, esa noche quedó para mí ratificado que la felicidad esta hecha de pequeñas cosas inmensas.

MI AMIGO HELIO

Por JOSÉ MIGUEL A. VERDECCHIA

El inicio de nuestra amistad con Helio se pierde en las brumas del tiempo, allá donde la memoria apenas alcanza a llegar. Lo cierto es que ella nació con la vida y creció y se nutrió del afecto que nos prodigamos durante estos largos años. En algunos momentos muy cercanamente y en otros igual de cerca a pesar de los silencios y las distancias.

Recordar a Helio es ante todo recordarlo por su travieso espíritu trasgresor y por su inagotable creatividad. Siempre disfrutó ante la posibilidad de romper los moldes de lo establecido y para ello no dudaba en dar riendas sueltas a su imaginación. Cómo olvidar nuestras escapadas del aula del Kindergarten antes del horario de salida de clases (a las que muy pronto tuvo que acostumbrarse Chingola Meaurio, nuestra primera maestra) seguidas de las largas pláticas sobre historias fantásticas que tejíamos trepados en los pilares de la verja de la pista de verano del Provenir Guaireño, a cubierto de ojos indiscretos por las ramas de aepú que los circundaban y esperando ver pasar a lo lejos a nuestros compañeros para saber que podíamos volver a nuestras casas sin tener que dar explicaciones incómodas; o el placer que le producía burlar al Sheriff Pio Pio, tira cómica de Billiken de la que éramos adictos, cuando cambiaba el final de sus aventuras dando escape al forajido cuando ya era inminente su caída “en manos de la ley”; o nuestros juegos ambientados en la lejana e ignota picada de Caaguazú, en los que revivíamos historias fantásticas escuchadas de intrépidos obrajeros y temerarios camioneros que osaban hollarla. De hecho, hay un cuento de Helio que transcurre en esa picada y en otros varios la misma es mencionada cuando las circunstancias exigen describir situaciones que denoten temor o extremado coraje.

Pero además de creativo y trasgresor, Helio fue una persona profundamente interesada en conocer a la gente, y por sobre todo a las más estafalarias. Le fascinaba la estupidez humana. Disfrutaba de las explicaciones que inventaba la gente para justificar sus trapisondas. Creo que la intención oculta de su relación con muchos impresentables próceres de la estolidez, no fue otro que el hacerlos partícipes de su secreta competencia para la elección del “Atorrante Mayor”.

Tampoco puedo dejar de recordarle como una persona afectuosa pero tremendamente tímida, al punto que para muchos su aparentemente frialdad o indiferencia le mostraban como a una persona desamorada, siempre distante, cuando que esa imagen no era otra cosa que la expresión de su propia timidez que le llevaba a ocultar sus sentimientos. “Cure’i ne añamemby: mbaepico la rejapomoavaecué”, fue lo que atinó a decirme en nuestra primera conversación luego de haber superado yo un momento muy crítico en mi estado de salud; esta expresión, extraída de lo más recóndito de su baúl de los recuerdos, no era más que una reminiscencia de los viejos afectos añejados por más de medio siglo, desde que durante nuestros primeros pasos por el Colegio Salesiano de Villarrica, al pa’i Bordon se le había ocurrido darme el “marcante” de cure’i por derivación de mi apodo Chacho en chanchito y su versión guaraní, el que muy pronto pasó al olvido para los demás; esta probablemente era, en sus formas, una de las máximas expresiones de afecto que se podía esperar de él.

Que más decir de Helio en esta emocionada recordación? Que siento en el alma su partida y que me enorgullece haberlo tenido como amigo. Helio fue mi amigo, es mi amigo y seguirá siéndolo por siempre.

Chacho

ELIO VERA ES UNA PRESENCIA PERMANENTE

Por VICTORIO V. SUÁREZ

20 de febrero de 2009

Recordar a Helio Vera. Es una iniciativa excelente, pues a nuestro querido H Vera siempre lo tenemos presente. En realidad, lo que hacemos no es recordarlo solamente sino mantenerlo presente en nuestros corazones porque él supo ganar ese espacio como amigo, escritor e intelectual. Nunca olvidaremos su dación de hombre sencillo, afable, tranquilo y solidario. Quienes lo conocimos hemos llorado con sincero dolor su viaje al “Oriente Eterno”, como diría él, utilizando su profundo conocimiento sobre el significado de los símbolos y los territorios del misterio insondable.

Lo conocí en la década del 70, años difíciles de férrea dictadura. Entonces compartíamos largas conversaciones sobre literatura. Yo trabajaba en el Proyecto Marandú de la Universidad Católica y él llegaba a menudo para hablar sobre temas indígenas con el antropólogo Miguel Chase Sardi, con quien mantenía una entrañable amistad. Así como García Márquez se inició en el periodismo a través de magistrales notas para luego pasar a una densa y rica literatura, Helio también experimentó ese proceso con esta diferencia: nunca dejó el periodismo, tampoco la labor creativa.

Cuando trabajábamos en el diario Noticias, nos reuníamos en su oficina de redacción y no tenía ningún problema de escribir un editorial o un comentario intercambiando simultáneamente la conversación sobre cualquier otro tema. Escribía con una facilidad envidiable y abordaba cualquier temática con rapidez inesperada. Así como le gustaba escribir y crear también le encantaba pulsar la guitarra y entonar algunas canciones predilectas, no era un buen cantante pero su esfuerzo justificaba todo. No era fácil compartir con Helio y hasta diría que los amigos se disputaban el privilegio de estar con él. Las invitaciones para cenar, por ejemplo, iban y venían siempre. Ya trabajando él en la Fiscalía teníamos mayor oportunidad de compartir, pues mi lugar de trabajo no quedaba lejos y a menudo nos reuníamos a almorzar en un restaurante cercano al sitio laboral. Allí, a veces, solíamos encontrar a Alcibíades González Delvalle, habitué del lugar. Creo que Helio compartió mucho tiempo (porque el trabajo y la amistad los unía) con Christian Torres, quien lo llamaba “Comandante”. Recuerdo que un día me dijo que se sentía con un molesto

sobrepeso y le sugerí emprender una serie de caminatas, por lo menos tres veces a la semana. Al otro día llevamos el terere y emprendimos el esforzado desafío. Partimos desde su casa y por poco llegamos al Cerro Lambaré, volvimos reventados. Creo que en un mes repetimos tres veces aquella travesía, cuando le invité para la cuarta caminata me dijo con cierta picardía: “Jaguejypamano la jaguejy va´erä, jajehejantemana” (ya bajamos de peso, hasta aquí nomás). Eran momentos de entrañable amistad, Helio escribía mucho, sin desperdiciar el tiempo estaba metido hasta el cuello en la elaboración de su tesis doctoral. Aún así tenía tiempo para compartir un buen terere, sentado y escribiendo siempre ante la atenta mirada de su perra Luna.

Sin lugar a dudas, Helio fue un personaje querido por propios y extraños. Como escritor fue brillante y nos dejó libros más que significativos, especialmente aquella primeriza obra “Angola y otros cuentos” que marca la semblanza más nítida de una cuentística de alto vuelo en nuestra literatura. En sus escritos tenía la misma magia de Giovanni Papini, mezclaba con total lucidez lo intelectual con el lenguaje cotidiano, técnica tan difícil si no se conoce profundamente los alcances del idioma. Más allá de la notable maestría de su estilo literario, Helio rescató parte de nuestra historia. Los personajes que desfilan en sus obras son seres de carne y hueso que configuran retazos de nuestro pasado y retratos certeros de nuestra realidad. Su libro en “Busca del hueso perdido” habla de su observación minuciosa y de su creatividad relampagueante. Hay varios otros libros substanciales para la bibliografía de nuestro país y pudo haber escrito mucho más si no hubiera emprendido la ida sin regreso. A estas alturas, Helio Vera es un clásico de la literatura paraguaya. Inteligente, lúcido, vivaz, poseedor de una ironía que cala hasta los huesos, Helio Vera es más que un recuerdo. Es decir, es una presencia que será perdurable. Y cuanto más pase el tiempo mayor será su valor y dimensión por lo que él significó como amigo y como escritor.

HELIO VERA

Por ALCIBIADES GONZÁLEZ DELVALLE

Me apresuro en decir que estoy contento porque al momento de escribir este artículo el querido Helio se encontraba, aún en su gravedad, con alguna leve mejoría. Hace una semana sufrió, de acuerdo con el parte médico, un accidente vascular encefálico isquémico.

Desde este domingo, y seguramente por varios domingos más, sus lectores nos privaremos de su observación certera de la realidad nacional; de su ironía que hace más comprensible la cotidianeidad política y social que nos agobia. Su empleo del humor está lejos de la frivolidad. Al contrario, detrás de la sonrisa volteriana que salta de su ingenio desbordante se halla el rigor de un pensamiento crítico.

Periodista y escritor de una sólida cultura –también abogado, pero no le viene por ahí su sabiduría– es autor de algunas de las obras esenciales de la literatura nacional. “En busca del hueso perdido”, admirable y vasto estudio de nuestra cultura, revela sus conocimientos, reflexiones, preocupaciones por la índole paraguaya. La desnuda, la pone del derecho y del revés, la secciona, y nos presenta como el espejo inclemente que retrata nuestra alma. De la sonrisa amable nos conduce a la gravedad de la reflexión y de nuevo al descanso placentero de su humor y de su ironía.

Helio Vera ve las cosas del lado que nadie observa. Por eso sus artículos periodísticos iluminan e inquietan. Se puede disentir con ellos, pero nunca dejar de admirar su estilo, su escritura deslumbrante, su dominio de la palabra a la que somete a su entera voluntad. Domina igualmente el guaraní, lo que demuestra que una lengua no entorpece a otra, salvo a los torpes.

Helio se inició en el periodismo profesional en 1967, en este diario, donde le conocí ese mismo año en los trajines de una aventura incierta, como el inicio de toda empresa periodística. El jefe de redacción, Humberto Pérez Cáceres, le tenía una admiración como a ningún otro periodista. Se asombraba –como nos asombrábamos todos– de la facilidad y rapidez con que escribía una información, un comentario, un reportaje, lo que sea. Lo hacía con las piernas cruzadas y silbando briosas polcas o alguna melodía pasada de moda, sin perder la concentración. Por esas cosas de la química, pronto nos hicimos amigos. Le visitaba con frecuencia en su piso de soltero, lleno de libros, en un edificio del barrio San Antonio. Estudiaba derecho y practicaba guitarra. Se acompañaba silbando hasta que alguien le dijo que cantara. Preferí el silbido.

Nos íbamos a almorzar –las veces que podíamos darnos ese raro lujo– en un restaurante de la avenida José Félix Bogado. Nunca supimos si la comida era deliciosa o no por culpa de dos bellas muchachas que nos atendían con exquisita amabilidad. No era para menos. En vez de salario tenían comisión. Al ser conscientes de su belleza levantaban entre nosotros un cerco no tan elevado que nos permitía regresar con la misma esperanza y despedirnos con la misma frustración.

En otros sitios se sumó a los almuerzos un amigo a quien queríamos entrañablemente, Alfredo Seiferheld, también guaireño y con un sentido del humor indescifrable. Nunca sabíamos en qué momento ni por qué reírnos cuando nos contaba algo que suponía gracioso. A Alfredo le pasaba lo mismo con nuestros chistes que le dejaban en silencio. Claro, se ponía a analizar el alcance social, filosófico o histórico.

Participar con Helio en un panel le obliga a uno situarse en segundo plano si no quiere exponerse a un papelón. Con sus conocimientos, su humor, sus filosas reflexiones, enseguida atrapa al auditorio que ya nada quiere saber de nadie

más. Helio puede hablar por todos, porque sabe más que todos.

Sus amigos, sus lectores, sus admiradores, deseamos que salga de este mal momento y vuelva pronto a su tarea cotidiana. Hay una urgencia extrema de que el país se ilumine con la inteligencia de sus mejores hijos. Helio Vera lo es sobradamente.

Felices Pascuas.

Alcibiades González Delvalle

ABC- Domingo 23 de Marzo

MANUAL PARA RECORDAR A HELIO

Por BERNARDO NERI FARINA

Helio envidiaba una sola cosa de Roa Bastos: que éste fuera citado por las modelos como autor literario preferido.

Péa nio la che aipotáva, exclamaba con su risita filosa de pillito inocente. El día que las top models me mencionen como su escritor de cabecera, *ni na maña mo'avéima penderhe*, concluía tajante para luego emprender la huida con sus pasos apurados.

Ko'áva nio la gracia de Dios, proclamaba, con voz medida de profeta sabio, ante el paso de una doncella de buen ver, según su castiza denominación de lo que el vulgo callejero llama linda pendeja.

Hasta en las chanzas, sosteniendo su imbatible tesis de que el cangrejo es inmortal, Helio guarecía la estética del idioma. Estaba en permanente ejercicio mental, en una perenne esgrima dialéctica que obligaba a su eventual contertulio a aguzar el ingenio retórico y a darle a cada la palabra su exacta dimensión conceptual.

Quien sucumbiera a la tentación de hollar los lugares comunes idiomáticos en ese juego de agudezas en que se transformaba toda conversación con él, pasaba a integrar una fauna que Helio –en su admonición implacable– definía como chanterío espantoso.

Se aburría donde primara lo ordinario. Se alejaba virtualmente de cualquier reunión en que la inteligencia fuera escasa, dejando que su mente buscara la frescura de algún oasis lejano. Con su pensamiento podía transportarse e instalarse en cualquier parte.

Era un eterno alumno de la vida. Allí donde pudiera aprehender un conocimiento nuevo, se sentía un niño feliz que esgrimía su inacabable curiosidad como herramienta cabal de aprendizaje.

Sabía aprender porque sabía buscar. Identificaba de lejos a quienes travestían su ignorancia con una monserga. Y escuchaba con devoción a la gente común que le transmitía mansamente la sabiduría silvestre de lo simple.

Se cuidaba de emitir juicios de valor absolutos. Sabía que el mundo por conocer era infinitamente más grande que el mundo conocido y por lo tanto nada era definitivo ni terminante.

Como Roma, abría desde sí los caminos al conocimiento para que pareciera que toda la sapiencia convergía en él. Una noche de los años 80, en casa de un amigo periodista, mantuvo estupefacto a un embajador coreano exponiéndole lo que sabía sobre la milenaria cultura de Corea. El diplomático le escuchaba fascinado porque no conocía algunos detalles de lo que Helio le contaba de su propio país.

Cuando le pregunté “*mba'eicha pio nde reikuapa umía*”, me respondió con un indiferente “y son esas cosas que no sirven para nada pero que da gusto saber”. Saber por el gusto de saber. Ese era un entrañable código helioverístico.

Era incansable trabajando con su intelecto. A su velocidad de rayo para pensar y escribir, refrenaba luego con la reflexión parsimoniosa con que corregía sus escritos. Ahí y entonces confluían en él el observador profundo, el creador inagotable, el esteta tenaz y el autocrítico intransigente. Lo vi corregir su libro impreso Diccionario del paraguayó estreñado, con una minuciosidad digna de una geisha preparando el té.

En persona parecía hosco, áspero, indiferente a todo. Era su apariencia. Dentro le bullía una ternura que él se negaba a

exponer para que nadie confundiera esa condición tan suya con debilidad. Tenía una sensibilidad delicada que solo dejaba sondear a quienes eran sujetos de su afecto. Se conmovía intensamente con aquello que afectara sus sentimientos. Solo que no lo demostraba.

El humor exquisito era una expresión superlativa de su calidad intelectual. Además, era su fortaleza para contrarrestar los embates de las angustias invasoras que insistían en sitiario. No fue un humorista. Fue un hombre con humor.

Varias veces me confesó que le apenaba que sus libros más vendidos fueran aquellos identificados con la sátira, mientras los que él más quería (entre ellos La paciencia de Celestino Leiva) pasaban casi inadvertidos para el público.

Su sarcasmo (más benévolo que malévol), volcado sobre todo en sus columnas periodísticas, operaba como un estilete que burilaba en cada párrafo los códigos del exorcismo con que espantaba a sus demonios.

Crítico en extremo de los políticos que manejan el país, sabía que si entraba en la tolvana de comentaristas que escriben al compás de su particular enojo, sería apenas uno más. La plenitud de su visión y la rigurosidad de sus análisis, le imponían un estilo que primero sedujera al lector.

Al principio no fue comprendido. La argelería, esa condición casi privativa de los paraguayos, hacía que muchos confundieran su humor con frivolidad, con ligereza. Y Helio podía ser cualquier cosa menos frívolo y ligero. Sus artículos eran la exposición gráfica de su espíritu maduramente crítico.

Hoy se habla de su obra, de su trayectoria, de su trascendencia en la literatura paraguaya. Yo preferí hablar del ser humano.

De ese otro Helio que yo conocí.

Se murió Helio Vera. ¡Chanterío espantoso! Solo espero que alguna modelo declare ahora que lo lee, para saberlo tan inmortal como el cangrejo.

Suplemento Cultural ABC Color. Marzo de 2008

SIN TÍTULO

Por EDWIN BRÍTEZ

“Otro ingenuo que trata de resolver los problemas del mundo”, comentó jocosamente Helio Vera cuando Justo Meza, entonces periodista de ABC, le dijo quién era y que estaba practicando para ser periodista. Habrá sido el año 1971, en la mitad de la cuadra de Chile entre General Díaz y Oliva, donde nos encontramos. El venía caminando desde “La Tribuna” y nosotros íbamos desde este diario, camino al local del Congreso. Para mí –novato, apenas practicante ellos eran como veteranos en la profesión, a pesar de su juventud. Dúo perfecto, Helio convertía en chiste todo lo que adivinaba que iba a ocurrir en la sesión de la Cámara de Senadores, y “Puchi” Meza celebraba ruidosamente sus ocurrencias.

Estábamos a solamente cinco cuerdas del Parlamento y Helio hizo en ese trayecto un perfil de más de la mitad de los miembros de la cámara. Sus preferidos, Juan Erre Chávez, Ezequiel González Alsina y todas “las momias” –según él– de la gerontocracia colorada de aquella época, pero algunos opositores tampoco se escapaban de su fino sarcasmo.

Entonces el humor político era permitido solo de manera clandestina, y paradójicamente la calle era el lugar más seguro para hacerlo y disfrutarlo, sin que los pyragüés se percataran de semejante delito de lesa humanidad.

Para mi sorpresa de novato, todo lo que Helio predijo en forma de chiste se cumplió en la sesión de la Cámara de Senadores con rigurosa formalidad. Parecería que él mismo haya preparado el libreto, cumplido estrictamente según su sarcástico relato anticipado.

Desde la forma de sacudir la campanilla de Juan Erre, cinco minutos exactos antes de la hora fijada, la lectura del acta por el secretario en menos de un minuto, tragándose las últimas palabras; el ¡aprobado! antes de que nadie atine a decir nada y la carcajada generalizada por el ¡se levanta la sesión! , dejando a más de un opositor con la mano levantada.

Estos y centenares de detalles más se cumplieron acorde al libreto. Luego, no era necesario preguntar quién era cada senador, después de escuchar el perfil exacto que nos hizo Helio de cada uno de ellos en menos de esas cinco

cuadras.

Con el tiempo, ese talento de expresarse con un estilo sarcástico y refinada sorna, se convirtió en el oficio de su vida. “Tempestad en la Cancillería”, su última opinión en las columnas de este diario, es apenas una imperdible muestra de su sagacidad e ingenio. Queda para los “Anales de un país de maravillas” la temprana partida de un genio artesano de la palabra. No tengo palabras para despedirlo. No tengo título para este comentario. Solo un nudo en la garganta.

Abc Color. 26 de Marzo de 2008

NIÑO, GENIO Y POETA

Por MARÍA LUISA FERREIRA

Helio Vera cabalgaba entre el pragmatismo de ser “periodista”, editorialista, y la de ser narrador, literato. Entre ser abogado, febrerista, y ser maestro, filósofo, profesor universitario, MAESTRO. Y el hilo que podía unir esos mundos disímiles era el humor. El humor le permitía cumplir ese papel de hombre pragmático para volver – frente al papel- a ser lo que auténticamente era: un niño, un genio, un poeta.

En más de una oportunidad, le hice entrevistas para la televisión. Era uno de mis entrevistados favoritos, y siempre daba la sensación de que él iba a correr y se iba a escapar de uno. Algún tic denotaba la impaciencia que le ocasionaban esas representaciones. A veces me preguntaba en qué momento Helio se relajaba totalmente. Sus verdaderos amigos quizás lo sepan.

Lo metí en compromisos engorrosos como ser presentador de mis libros, sabiendo que algunos de esos, sus amigos contemporáneos, podrían hacerle comentarios, movidos por los celos de acapararlo. Porque a los genios se los quiere acaparar, para ver si el talento no es contagioso.

En una oportunidad lo presenté para la televisión: “Helio Vera, periodista, escritor...” “Un momento”, me interrumpió: “Decí no más na “Escritor”; eso de periodista ko es una profesión de menesterosos...” No es que él renegase del periodismo, sino de lo que implicaba ser periodista en nuestro medio. Desde luego, estas verdades él las decía como un chiste que nos hacía reír de buena gana.

Luego Helio empezó a enumerar las razones por las cuales los guaní se ganaron la fama de hacer las cosas al revés. Era desopilante, lo que dijo se repitió luego en muchos reportajes. ¿Citar las fuentes? Eso no se hace en Paraguay.

LUTO

La muerte nos deja perplejos, atónitos, sin palabras, en orsay. Quedamos mirando la nada, con la boca torpe, apesadumbrados. Ni siquiera estamos tristes ni melancólicos; estados del alma en que podemos volar dándonos rienda suelta y cuerda poética... Quedamos apesadumbrados. Una pesadez en el corazón que nos deja en penumbras. Cuando la muerte ocurre así, lo único que podemos es guardar luto. Estar como aves oscuras, tétricas, quietas en un rincón, velando.

La muerte de un ser querido, de un amigo, nos deja así. Tristes en verdad, impotentes, como disgustados con Dios; como niños castigados, sin animarnos a reclamar al Altísimo, pero sí...En el fondo de nuestro corazón, ese late diciendo despacito: “Por qué, por qué...” Estamos ante un misterio. No tenemos respuesta. No funcionan los silogismos, las elucubraciones, los sesudos análisis. Quedamos como esas imágenes en Viernes Santo, cubiertos por una capa lúgubre.

¡Qué tristeza profunda cuando muere un poeta! Cuando muere alguien bueno, lloramos por nosotros que estamos en desventaja. No lloramos por un muerto. Lloramos por nosotros que nos quedamos solos: Despojados de las futuras estrofas; empobrecidos. Lloramos porque en un rincón de papel no estarán los resplandores de una mente; no nos harán más esas cosquillas en el alma que produce el ingenio. Me hubiera gustado que mi futuro poemario – la obra que más espero de mí- Helio lo volviera a prologar, tan generoso. Mi maestro en esa escuela de escritores que solo Dios funda – ya que es Él el único administrador del talento- .Un maestro que adopté de osada y que él aceptó con sus maneras de formal irreverencia y su severa irresponsabilidad, pero con su incuestionable generosidad.

Un genio juguetón e irreverente. Sensible como un niño .¡Qué digo! Helio era un niño ¡Qué malo que los genios tengan que hacer de adultos! Ya iporâitereíma. “Suficiente”, dijo Helio, y Dios le hizo caso. “Vamos”, le dijo. Y el se fue. Y nos quedamos llorando.

SIN POMPAS

Por PEPA KOSTIANOVSKY

Felino Amarilla, que es un poco bestia y se niega a entender las normas de urbanidad, se despachó con una expresión propia de su barbarie y expresó su duelo por la partida de Helio Vera, en una nota fúnebre sincera e informal, en la que deslizó esta frase: “Lamentablemente se fue antes que muchos que son innecesarios en este país”.

No es que no esté de acuerdo. Podríamos llenar esta columna, y es probable que toda la sesión de obituarios de este diario con la lista de los que podríamos prescindir, no solo con mucho menor pena que a Helio Vera, sino incluso con alguna alegría. Pero, tampoco es cosa de andar maldiciendo a granel. Es más, creo que Felino, debería haber hecho una lista selecta de por lo menos doce y citarlos. Si no lo hizo no fue porque le faltaran candidatos, ni anduviera ahorrando en el costo de la publicación, que dicho sea de paso, el buen Helio debe haberle retribuido a este diario más de lo que le cobró en sueldos.

Si Felino me hubiera consultado, hubiera intentado explicarle que tales impresiones no son de buen uso y costumbre, aun sabiendo que el argumento caería en bolsa rota, y luego habría seguramente colaborado, dada la premura que estas situaciones implican, en redactar una lista prioritaria, en la que incluso, para ahorrar espacio, podríamos mencionar grupos familiares, generacionales e incluso gremios. Si están imaginando qué hermanitos encabezarían la lista, acertaron.

En fin, podríamos decir, en defensa de Felino, que no es el primer irreverente que incurre en la desacralización de las esquelas dolientes. Las del diario La Nación de Buenos Aires son muy atildadas, pero cuando las publicaban en Crítica, que era mucho más popular, se podían leer textos tales como : “Renata viuda de Pendorcci , qepd, falleció ayer, a.c.a.s.r., sus restos son velados en Malabia 487, 4º D (dos ambientes y balcón interior. Un chiche)” . O el ya popularmente conocido : “Rolando Schneder, falleció el 12/III, el velatorio se realiza en Warnes 227./ Peugeot 75, joya nunca taxi)”.

Es más, cuando cayó en la Argentina la última ley de alquileres, por los años '70, época en que conseguir vivienda era una odisea, había gente que leía la página de fúnebres y asistía a los velorios por si el pisito quedaba disponible. ¡Cuánta insensibilidad!, dirá usted, pero ya se sabe que la necesidad nos hace herejes.

Además, cualquiera sabe que las damas solitarias que han atravesado la línea de los cuarenta, empezamos la lectura de los diarios por la página de fúnebres, por ver nomás si se inaugura un viudo interesante. Lamentablemente, lo que abundan son las viudas, obviamente las mujeres tenemos más habilidad para enterrar cónyuges, y lo poco que dejamos suele tener mucho y mal uso.

En fin, valga toda esta incursión en tan penoso tema, adhiriendo al criterio de Felino, para despedir al querido Helio, esquivando las pompas y la solemnidad que supieron alimentar su ingenio sabio, su humor certero y su talento mayor.

Abc Color 30 de Marzo de 2008

...Y VIO DIOS QUE TANTO BODRIO NO ERA BUENO

Por LUIS BAREIRO

El primero de la fila infló pecho, se llevó la trompeta a la boca y sopló con fuerza, y otros 999.999 ángeles le hicieron coro. Un ejército de serafines entonó las estrofas de una elegía, mientras un batallón de querubines, alados y regordetes, hacía sonar la lira.

Y San Pedro, que escuchaba aquel estruendo celestial henchido de gloria, buscó con la mirada al depositario de tanta devoción. Le encontró sentado en una nube, con los codos clavados en las rodillas y la barbilla apoyada en los puños.

-¿Qué opinas, Señor? - preguntó exultante.

El anciano, fuente suprema de toda sabiduría, creador del universo, numen de todo ser vivo, levantó la cabeza y sentenció:

-¡Qué partida de plomos, Pedro!

El portero celestial casi se cayó de la nube.

-Pero, Señor, es el coro del reino, creado para declamar eternamente tu absoluta bondad, tu belleza sin par, tu...

-Son unos plomos, Pedro.

-Pero, Señor...

-Pero nada. Ya es mucho soportar un chupacirios, imagínate cargar con millones, densos y emplumados.

-Pero, las sagradas escrituras...

-Debí encargárselas a gente menos solemne.

-Es hora de una revisión, Pedro. Consígueme la mejor pluma para exorcizar tanto bodrio. Y que no sea de Ángel.

Y Pedro recorrió el mundo en busca de algún mortal que pudiera con la titánica tarea de revisar la literatura divina.

Volvió al mes y se entrevistó con el jefe.

-Encontré al candidato ideal, mi señor; pero, tiene algunas exigencias.

-¿Cuáles, Pedro?

-Pide que se reconsideren algunos pecados. Exige eliminar de la lista la gula, la lujuria y la pereza. En contrapartida, pretende incluir como nuevos la prepotencia, la intolerancia y la estupidez. Y para quienes incurran en la comisión de este último, exige total prescindencia de su proverbial indulgencia divina, Señor.

-¿Algo más?

-Sí, solicita que algunos milagros sean de aplicación sencilla y rutinaria, como la multiplicación del pan; “el pan y otros elementos básicos de la canasta”, me aclaró. Ah, y muy especialmente, la conversión del agua en vino.

-Caramba, ¿y vale la pena tanta concesión?

-Es irreverente, sarcástico, incorregible y burlón.

-Entonces, trato hecho.

Y San Pedro bajó a buscar al nuevo corrector del Reino. Dicen que apenas supo cuál sería su tarea, se murió de risa.

Y allá está, sacándole carcajadas a Dios; Helio Vera, el paraguayólogo, el profe, el amigo.

Abc. Color. 30 de Marzo de 2008

¡GRACIAS, MAESTRO!

Por **JOSÉ MARÍA SILVERO**, docente

ANECDOTARIO

La conversación estaba fijada para las cuatro de la tarde; un pequeño fallo mecánico del auto imposibilitó ser puntual. Helio nos esperaba en su biblioteca, rodeado de libros y objetos históricos; caricaturas y reconocimientos adornaban la amplia sala.

El amigo que había acordado la reunión le dice:

-Este es un sanjuanino que tiene algunos escritos sobre sociantropología y está preparando un libro que lo quiere titular Nambréna y le gustaría que mires el libro y -si se puede- prologar.

Helio deja escapar una leve sonrisa y pregunta por un artista de la zona. Luego, con la mirada alzada recorre desde su Villarrica natal hasta los pueblos y ciudades de Caazapá con una precisión como solo podría hacerlo un viejo conocedor de la zona.

Cuando planteo lo del libro se pone serio y empieza a decir:

-Nambréna es un nombre interesante, pero sería bueno buscar algo que llame la atención de los extranjeros; al final ellos también compran y leen los libros. Tiene que ser un título que involucre a la filosofía y a la idea que deseas desarrollar. Algo así como Proto-Filosofía Anti-Ninguneo, por ejemplo.

Luego observó la tapa del libro y me otorgó otra lección a tener en cuenta:

-Cuando se va a publicar un libro son tres las cosas que hay que tener en cuenta. Primero, el título de la obra: debe ser vendible a propios y extraños. Segundo, el diseño: debe ser apetecible como fetiche. Tercero, el nombre del autor: lo ideal es que sea reconocido; en tu caso no hay problema, nadie te conoce, por eso los dos primeros son esenciales.

Después de puntualizar estos detalles, empezó a indagar los temas que abordaría el libro, recalcó la importancia de algunos capítulos, específicamente el de la antropofagia. La antropología le iluminaba los ojos, en pocos minutos llenó el escritorio de libros de Staden, Clastres, Cadogan y otros. Habló más de media hora de antropología cultural y explicó con claridad inaudita la paradoja de vivir en un estado y comportarnos como tribus. Eso lo estoy desarrollando en mi libro El país de la sopa dura, me dijo con agrado y satisfacción.

Al final de una larga conversación, con la humildad de los grandes, sentenció en un guaraní muy agradable:

-Ejapo katu, osêva?erâ katuete.

Hoy queda solamente recordar al maestro y honrar su legado. Helio Vera vive en cada estante y en cada escritorio donde sus innumerables artículos, cuentos, recopilaciones, estudios, tratados e ironías, dan vida a personajes y situaciones Y, sobre todo, vive en el corazón de los que le conocieron y tuvieron la suerte de ser instruidos por una mente privilegiada.

Ultima Hora- 28 de Marzo de 2008.

LA ÚLTIMA PARTIDA DE TRUCO DEL KARAI HELIO VERA

Por ANTONIO CARMONA

Se ha muerto Helio Vera, mucho antes de tiempo, y a todos los que lo conocimos bien nos parece increíble y paradójico.

Sus personajes viven y hasta hacen alarde de vivir desafiando cada día a la muerte, a pesar de que sabemos que nos está acechando, en el medio de la avenida o, ágante, tape po`ípe.

Helio pintó ese mundo de vivos en contacto con la muerte en uno de sus relatos, "Póra". Un tal Santos Corvalán, un karai, al estilo de los guapos de Borges, con tres aguai en su cuenta, es el protagonista. El narrador nos cuenta que se trata de una vieja historia repetida en la historia de la literatura desde sus albores, hasta la versión que él recoge en el Guairá.

Es la historia de un valiente que desafía a la noche, adentrándose solo en una picada poblada de historias tenebrosas, que le han contado previamente, antes de que emprenda viaje. Avanza en su montado, amedrentados ambos a medida que la noche y la selva se cierran sobre ellos, pero sabe que no puede recular. Se encuentra con una hermosa mujer, desamparada y frágil, a la que sube a la grupa del caballo, como en los cuentos fatales que le han contado antes de partir. El desenlace es inevitable: "Están en el claro del monte bañado por una lechosa claridad lunar. Él descabalgó precipitadamente y la invita a imitarlo. Al descender, a su vez, ella se arroja literalmente a sus brazos". El narrador nos cuenta que es ocioso reproducir lo que sigue. La escena del rito del amor.

No es inútil, sin embargo, contar que la mujer lo mira después desde el lecho de hojas secas, "blando y acogedor como un lecho de plumas", y se presenta: es una póra, es la muerte, "tu destino es acabar aquí mismo. Y no hay nada que

puedas hacer para impedirlo".

Después viene el miedo, el espanto y, cómo no, el revés del naípe, ser fiel a sí mismo, el culto al valor. Acepta el reto, recupera el talante y le propone a la póra-muerte aprovechar la ocasión y hacer de nuevo el amor, antes del último suspiro.

La variación paraguaya, la versión de Helio Vera, difiere de las de final tradicional, como el patético encuentro de Durero, jugando la vida frente a la muerte en una partida de ajedrez, o la procesión fúnebre de Bergman; al descubrir que es la muerte y que es el fin, en vez de morir de pavor o de volverse loco, como el mismo relato nos anticipa que es la norma, se calma ante el destino inevitable, se envalentona y cacarea.

No es casualidad que este cuento esté en el primer libro de cuentos de Helio (Angola y otros cuentos, Aravera, 1984) y que lo incluyera de vuelta en el último (Trofeos de la guerra y otros cuentos picarescos, Servilibro, 2005), dos décadas después.

"Es de notar que, en nuestro país, el espíritu festivo del pueblo le dio una conclusión menos truculenta" -explica en su prólogo, en el que fundamenta el espíritu picaresco que refleja toda su obra y que refleja su percepción de la "paraguayidad"- y, añadiría yo, nada truculenta, sino esperpéntica, tragicómica.

El pícaro, en general, pese a su variedad de caracteres, desde El Lazarillo hasta El Buscón, coincide en un rasgo, inevitable para la sobrevivencia: al mal tiempo, buena cara; los pícaros no lloran, aunque tiemblen y teman, aunque pasen hambre, aunque se encuentren ante la misma muerte. Están acostumbrados a vivir con el temor, con el hambre, con la muerte.

Y aclara Helio, en lo que me parece hoy su testamento literario, que le hubiera gustado escribir en su último libro de cuentos, el último primero, la tradicional fórmula: "Cualquier semejanza con la realidad o con personas reales es mera coincidencia; pero -añade- sería una gruesa mentira. En estos cuentos, la fórmula es la excepción y no la regla".

Es cierto, sus crónicas y artículos periodísticos estaban cargados de ficción; sus ficciones, cargadas de crónica. A su gusto y entender. Como se dice en buen paraguay, todo narrador anda por su cabeza, oiko ñakäre. "El resto son pavadas".

Por eso, aunque cueste, no hay que ponerse a llorar, aunque la muerte de Helio valga un millón de lágrimas, aunque hayamos perdido al principal investigador de la "paraguayología".

Hay que imaginarlo como a Santos Corvalán. Jugándose, después del espanto, a la última ficción. Conociendo las artes de Helio, sin duda, desafiando a la muerte a una partida de truco, con un guiño hacia lo alto, por si existiera el aliado eterno, convencido de que, aunque se pierda, la partida hay que jugarla y disfrutarla hasta el final.

Tenía la alegría de vivir, pero en su literatura campea la muerte como un personaje de la vida.

Correo Semanal de Última Hora- 29 de Marzo de 2008

POST HELIUM VERUM

Por ANTONIO FERRER

Se apagó de pronto la luz de un genio.

Su talento ya no analiza el "Jauja".

En silencio, la incomprendida parca

Le robó al domingo la voz de Helio.

No voy a hablar de la mente, tampoco de una conversación furtiva y ocasional. Hablemos del docente, del que conocí

hacia el 2002 cuando ingresé a la Facultad de Filosofía para ser estudiante del primer año de Ciencias de la Comunicación.

Recuerdo que era un jueves, pero no como cualquier otro; era mi primer jueves como universitario. Todos estábamos con las ansias propias de lo que era asistir a una Universidad luego de los exámenes de ingreso...Y ahí nos esperaba él.

Desordenadamente cada uno de mis compañeros fueron ubicándose en sus lugares, hasta que le dimos turno a que se presentara y nos comentara sobre cómo sería su asignatura en el año...Verlo en el salón de clases era diferente a verlo en fotos cuando escribía su columna en el diario Noticias....Un poco más obeso, sin ese bigote que no le daba aires de literato precisamente, sino del típico paraguayo al que estaba acostumbrado a describir en sus escritos, y lo que llamó la atención en los últimos tiempos, su mueca con la que uno no sabía si estaba contento o enojado.

Y ahí estábamos nosotros esperando a que comenzara su explicación de cómo sería su asignatura, sus exigencias...Pero fue citándonos fragmentos de La Odisea y el Martín Fierro, mientras tratábamos de entender la relación entre esos versos y nuestra misión como futuros periodistas. Luego, un compañero, casi al término, pidió tímidamente el programa de estudios de su asignatura.

“Bueno, lo traeré en la próxima clase”.

Era curioso para todos nosotros que en su primera clase escucháramos una mezcla de versos, considerando que lo propio de una clase de periodismo no es justamente una cátedra sobre la profundidad de los versos de Homero ni la exuberancia de los versos sobre Jacinto Chiclana o los consejos del Martín Fierro; pero bueno, con algo debíamos comenzar.

La siguiente clase fue menos expectante, salvo por el programa de estudios que habíamos solicitado, que esperamos como si fuéramos a recibir un premio por la paciencia por intentar comprender los motivos de estar en la Facultad. Recuerdo que comenzó con algunas explicaciones de las partes de una noticia y ya, casi al final de la clase, nos dijo: “Aquí tienen el programa, espero que les sirva esto que elaboré para ustedes; aunque considero que es una boludez...” Así de simple.

Puede que piensen en los soberbio de la frase...Pero lo comprendimos después, esa forma de mirar el periodismo. La “mencionada asignatura” de la que fuimos alumnos del “referido docente y escritor” no era precisamente conocer a cabalidad los conceptos, sino de descubrir en la ensalada de datos con los que nos bombardeaba en los exámenes dónde estaba la noticia y si podíamos convertirla en un relato ameno y agradable para que el lector disfrute de una lectura sencilla, sin molestar tanto a la “mencionada” o al “referido”, al fin y al cabo, el periodista, además de informar, debe disfrutar del ejercicio de la palabra.

Después, puedo hablar de lo mucho que disfrutaba de sus columnas dominicales en el diario ABC. Ese humor y esa picardía a la que nos tenía acostumbrados, como si uno deseara la llegada del domingo para disfrutar de un asado con un buen vino blanco. Esa mirada burlona para descubrir sus “Anales en el país del Jauja”, que después se convirtió en los “Anales en un país de maravillas”.

Leerlo los domingos se había vuelto para mí un ejercicio habitual, no podía pasar el domingo sin saber con quién iba a comparar la situación política o con qué ironía iba a expresar sus condolencias por el país que decidimos tener...Incluso era una manera poco usual de aprender sobre derecho, filosofía y hasta de zoología, fruto de su ingenio a la hora de hacer comparaciones.

Tal vez ahora esté el discutiendo con uno de sus escritores preferidos; nosotros seguimos aquí, con ganas de leerlo los domingos...Pero ya no está, y no podemos negar que no tendremos más su humor para entender después lo que está sucediendo en nuestro país. Se fue un genio, un paraguayo...Murió Helio Vera.

Revista Órbita Universitaria

Abril 2008

HELIO VERA

“CHAU, GUA`I”

Por CHIQUI ÁVALOS

Che, Gua'ì, te invito a una cerveza. Total tenemos tiempo. Nos queda toda la misma eternidad. Vení a sentarte aquí bajo la luna, esa misma que vimos nacer y morir juntos tantas veces mientras enhebrábamos nuestras historias, tantas anécdotas, reales o no ¡qué importaba! Aquí, en esta misma mesa donde a la noche alumbrábamos sueños que sabíamos iban a morirse con el amanecer, o quedarían sepultados por otros al día siguiente.

Pero, hoy es distinto Gua'ì . Hoy quiero contarte algunas cosas. Acordarme por ejemplo, de aquel pasillo del ABC en el 67 cuando nos conocimos, y coincidíamos en comentarios sobre política, la última novela de Cortázar, el hombre que estaba por llegar a la luna, la minifalda de la nueva secretaria o simplemente sobre la eternidad del cangrejo, como titulaste tu último libro.

Y ¿te acordás qué compañías? Desde Daddy Thompson, pasando por Roque Vallejos, el “cuervo” Rojas, René Dávalos, Adolfo Ferreiro, Alcibiades González Delvalle, Francisco Pérez Maricevich y cuántos otros que se fueron de mis pobres recuerdos o de la misma vida.

Conocí a toda tu familia. A tu padre Marciano, cuando yo frecuentaba Villarrica. Gran contador de historias y lector impenitente, ya que te puso el nombre de Rudyard en homenaje a su admirado Kipling. Y por supuesto, a tu madre, “Lika” en cuyos gestos, en cuya dulzura, en su mirada tierna y cariñosa muchas veces identifiqué la imagen de mi madre que me había dejado tempranamente. Las imaginé emparentadas por la semejante generosidad y una natural habilidad para la gastronomía, que en esa época era más simple, de estofados rotundos, de salsas espesas y colesterosas; pero estábamos tan lejos de esos temores, parapetados tras una juventud irresponsable.

También me hice amigo de Jazmín, que aunque menor, formaba parte de un delicioso grupo que estudiaba en Asunción y, aunque a varias no las veo desde hace años –sólo esporádicamente puedo hablar con alguna de ellas- ya no se podrán borrar jamás de mi memoria.

Y, por supuesto, años después vino mi afectuosa relación con la adorable Maluli, amiga, confidente, compañera de varias redacciones, y hasta hoy siamesa de cariños inacabados.

Pero dale Gua'ì, hoy es una noche para descorchar recuerdos. ¿Cómo olvidar aquellos años en LA TRIBUNA? ¡Qué equipo! Fernando Cazenave, Néstor Romero Valdovinos, José Antonio Bianchi, José Luis Appleyard, Reinaldo Montefilpo Carvallo, Juanita Carracella, Lily Seiferheld, Maneco Galeano, Cristian Nielsen, y dos inseparables atorrantes como nosotros que esperábamos las cinco de la tarde para escaparnos a merendar mientras un desesperado Jefe de Redacción, al borde de un ataque de nervios, enviaba a un chasque a buscarnos en todos los bares de la zona para que termináramos nuestras crónicas.

Después vinieron tus éxitos con los libros, los premios, pero jamás cambiaste. Alguna vez, Augusto Roa Bastos –irresponsablemente- le dijo en una entrevista a Benjamín Fernández Bogado, que dos podrían ser sus sucesores: Helio Vera y Chiqui Ávalos.

¡Por favor! Nunca conocí a nadie tan dedicado a corregir sus textos como vos, con la precisión de un orfebre suizo, o la paciencia de un burilador de cada palabra, como si fuera un diamante sudafricano. Jamás podría haber llegado a tu delicada altura de escritor con mi manera urgente de ser.

Hubo una época en la que hacía cuentos, ahora hago cuentas, te decía siempre para que estallaras en una carcajada inconfundible, rotunda.

Después nos seguimos viendo siempre. Cualquier pretexto servía para compartir un almuerzo, una cena, o simplemente un trago, matizado con las anécdotas e historias que alguna vez habrá que recoger en un libro para que no desaparezcan con nuestras ausencias.

Compartimos la amistad con otro talentoso irreverente de la palabra, ROVISA. Maledicente, fabulador incansable, cultivador no sólo del humor corrosivo sino de la fina ironía capaz de aplastar oponentes con la sabiduría del polemista. Un tiempo, trabajamos (¿?) en su medio LA CORBATA, que era más que un semanario, un argumento para despuntar el vicio de redactar alguna maldad elegante en algún lado para reunirnos y perder el tiempo deliciosamente.

Por todo eso, guaireño, no fui a tu entierro. Preferí conservarte así como estás ahora, vivo en mi memoria, compartiendo la cerveza de siempre, aquí bajo los árboles.

Confieso que voy a extrañar tu humor, tus salidas, tus llamados telefónicos, esa afición por la armónica que terminaste transmitiéndole últimamente a mi hijo *Gugu*, recomendándole marcas, tipos y hasta sitios de la web en donde bajar música.

Hasta pronto, hermano.

PD: Cuando lo veas a ROVISA con quien te reunirás en breve para seguir conspirando, guárdenme un lugar a su lado en la tercera nube a la derecha y recuerden –hasta que llegue- que no se habla mal de los ausentes.

REVISTA “ZETA”

Abril del 2008

MÁS ALLÁ DEL SOL

Por MILIA GAYOSO MANZUR

Recuerdo tus ojos pillos cuando nos presentaron hace muchos años en un pasillo del diario Noticias, cuando fui a visitar a mis amigas Mary Cruz Najle y Lita Pérez Cáceres. Chispitas te salían, de puro seductor nato y te preguntaste por qué nos conocíamos recién, de jodón, nomás.

No compartí contigo tertulias ni redacciones de diarios, donde la gente de nuestra laya (escritores-periodistas), aprenden a hacer camino en ambos oficios en medio del divino barullo de máquinas (de escribir, computadoras, impresoras, etc.), guampas, risas, gritos, cafés y hasta de vendedores varios y a hacer amistades para toda la vida. Pero al igual que muchos compatriotas, disfruté de tus columnas y de tus textos, donde dejabas ver tu capacidad increíble para escribir con humor, algo tan difícil en este país, donde solemos privarnos de algo tan beneficioso como la risa ... y de los motivos para reírnos

Hace días que varios colegas escriben sobre lo mucho que dejaste con tu obra. Pero hoy yo quiero contarte de una ilusión que me ha crecido desde que te fuiste a buscar el hueso más allá del sol. Entrando a la página web que creaste hace apenas unos meses, no dejo de asombrarme con la cantidad de gente que te comenzó a escribir apenas te internaron. Algunos te deseaban pronta recuperación, otros ya te decían que tu trabajo era importante para ellos y te pedían que te mejores pronto. La cantidad de notas dejadas en tu página desde tu fallecimiento, es increíble. Creo que es la primera vez que ocurre en Paraguay, un hecho como este.

A partir de “Que honor para Caronte el haberte transportado al otro lado del río”, ciudadanos de todo tipo, y de todas partes te han dejado sus palabras de desconsuelo y de agradecimiento. Este pueblo, que se resiste a expresar sus sentimientos, lo hace. Mujeres y hombres adultos y jóvenes que apenas empezaban a escuchar tu nombre, te escriben y te hablan de su sentir. Eso es algo fantástico.

Entonces me ilusiono, y pienso que tu partida Helio Vera, que tu vida y tu herencia, con tus defectos y tus virtudes, han hecho que una parte importante de la sociedad paraguaya exprese su tristeza, incluso por escrito, sin pudor alguno. Y que tal vez, esto sea una chispa que encienda una mayor preocupación para lograr que gente como vos, sea más apreciada en vida. Y aún, más. Esto quizás logre que la gente escriba y lea mucho más. Porque un pueblo que lee amplía sus conocimientos y su horizonte y de esa manera va a valorar más lo que tiene y sabrá expresar lo que siente. Entonces ya no se dejará manipular, ni ocultará sus sentimientos por miedo o timidez.

La Nación, marzo de 2008

UN OASIS PARA SONREÍR

Por CÉSAR GONZÁLEZ PÁEZ

Uno de los libros con que Helio Vera exploraba el humor es Diccionario del paraguayo estreñado. Allí el autor acercaba al lector una interesante novedad que, en todo tiempo, vale la pena leer. Sin dudas, esto es por las definiciones propias del autor y otras que han abrevado por ejemplo en el Diccionario del Diablo, del estadounidense Ambrose Bierce (1842-1914). Este escritor fue probablemente el pionero en tomar las palabras y aplicarles un sentido satírico que invitan a la sonrisa.

Un servicio al humor que requiere tiempo y paciencia. En el libro de Vera se advierte, antes que a un escritor, a un lector astuto que sabía encontrar perlas en sus lecturas.

Leer su Diccionario es compartir algunas evidentes verdades que suele ocultar el cinismo de la gente. En Helio Vera se advierte el sentido del humor netamente paraguayo. Que no es fácil detectar si uno se atiende solamente a los chistes de cachique. Humor es sinónimo de alegría y es espontánea, tanto así que hasta en los velorios se suelen contar chistes

en voz baja.

Es que el humor es parte fundamental de ser humano para equilibrar su emoción y superar los conflictos traumatizantes. Para Sócrates la tragedia era la verdad de la vida mientras que lo cómico (comedia) alejaba a los espectadores de la realidad. ¿Por qué nos reímos cuando alguien se cae? Supongo que es porque no nos sucedió a nosotros, ese bochorno no es nuestro. Para los antiguos griegos el teatro cómico buscaba la catarsis del espectador y lo purificaba. Como por ejemplo leer el Diccionario del paraguayo estreñado, en donde uno sale purificado como lector después de haber sonreído por un buen rato.

En oportunidad de presentar este libro, Vera sostuvo que pretendía situarse en el territorio del humor, pero de un humor como instrumento de crítica social. Que en el Diccionario agregaba definiciones de palabras pero con doble sentido.

Desde esta perspectiva y con su habitual ácida pluma, el escritor pintó a los paraguayos y sus instituciones -dando definiciones propias y ajenas-, pero con todo el toque especial, colorido local que hace a los paraguayos únicos y absolutamente distinguibles en cualquier parte del mundo.

El material que ha recopilado en este peculiar Diccionario abrevó de un libro anterior que Vera tituló Diccionario Contrera.

Según explicó en su momento, se trataba de continuar con ese eje humorístico, al cual enriqueció con nuevos términos propios y algunos ajenos, pero no menos divertidos. Muchas de esas definiciones fueron extraídas de citas oportunas, tanto de gente célebre como de humoristas.

Veamos algunas palabras de este peculiar Diccionario. Para Helio la palabra victoria significaba: "Lo que te sucede cuando después de 10.000 horas de entrenarte, te encuentras con un momento de oportunidad".

La puntualidad era "el único requisito para tener que esperar a los demás". La ópera, para este autor, era un "lugar donde alguien recibe una puñalada en la espalda y, en vez de sangrar, canta".

Los cuentos para niños, según su definición, eran esas "historias de horror que se les cuentan a los niños con el fin de prepararlos para la lectura de los diarios".

La definición de la palabra jefe no tiene desperdicio: "Es aquel que llega temprano cuando tú llegas tarde y llega tarde cuando tú llegas temprano". No menos jocosa la definición de comedia, que no es otra cosa que el "género que cultivan los gobiernos, dejándole el drama a la gente". Un aguatero es simplemente: "Sujeto que gana dinero trabajando de balde".

El humor fue velamen en la vida de Helio Vera, quien hasta de la muerte filosofaba irónicamente: "La muerte es algo que se puede dejar para después". La veta del humor era para Helio Vera una fuente inagotable de inspiración, como se advierte en el peculiar y divertido Diccionario del paraguayo estreñado.

Correo Semanal. Última Hora- 29 de Marzo de 2008

INVESTIGADOR INCANSABLE

Por ALCIBÍADES GONZÁLEZ DELVALLE

Desde que se supo la gravedad de las lesiones que finalmente acabaron con la vida del querido Helio Vera, sus amigos, lectores, admiradores, se interesaron vivamente por su estado de salud con el deseo de un pronto restablecimiento. Dios dispuso otra cosa, y Helio está examinando ya este país desde la eternidad. Este país que fue su desvelo, su preocupación, que describió con el acierto de su aguda observación desde la ironía, el humor, la reflexión.

Helio Vera se inició en este diario, y este diario se inició con él. El 8 de agosto de 1967 los lectores tuvieron por primera vez el fruto de un talento precoz que con el tiempo se iría afirmando hasta llegar en lo que ha sido: una figura esencial del periodismo y la literatura.

Se dedicó mucho al estudio y a la investigación de nuestra cultura popular. De ella exhumó el gracejo nativo y lo difundió en exitosos libros que son la referencia obligada para quienes desean conocernos.

Su excepcional "En busca del hueso perdido" -tal vez el libro más reeditado en el país- es un compendio de rigor investigativo, de estudio profundo de nuestra historia en todos los órdenes, además con el apoyo de un estilo diáfano que atrapa al lector desde la primera hasta la última página. La otra cualidad de Helio ha sido su destreza en el manejo

del idioma.

“Angola y otros cuentos” revela el talento para los relatos breves, la observación certera, la depurada técnica. Así como los “diccionarios” expresan sus cualidades para el humor y la ironía, que hacen la delicia de los lectores.

Por encima del periodista y del escritor está la persona particularmente atractiva. Cualquier reunión de amigos cobraba nuevos bríos con su intervención despreocupada, chispeante, solidaria.

En estos casos no hay más remedio que caer en el lugar común para decir que el periodismo, el país, perdieron a un gran hombre. Y justo en el momento en que más se necesita de una mente que ilumine y razone en medio de tantas calamidades.

Se me hace difícil decir o escribir: Murió Helio Vera.

A.B.C Color. 26 de Marzo de 2008

LA POLILLA AZUL - HELIO Y LA TIERRA SIN MAL

Por JESÚS RUIZ NESTOSA

SALAMANCA. En su “blog” de Internet, Helio Vera dijo sentir que se encontraba más cerca del fin que del comienzo (¿habrá sabido lo cerca que realmente estaba?); pero más amarga es su premonición que no vería nunca la “Tierra sin Mal”, ese lugar mítico de los guaraníes que alimentó tantas utopías. Alimentó incluso la suya propia y la persiguió como uno de los objetivos principales de su vida. Como esa “Tierra sin Mal” no existe en ninguna parte, sino que debe estar en el sitio en que cada uno de nosotros vivimos, utilizó la palabra como arma afilada y el humor como el escudo que lo blindaba de la mediocridad que constantemente pasa su rasero sobre nuestras cabezas para que ninguna sobresalga de entre todas.

A esta altura ya se ha dicho de Helio todo aquello que era de esperar: buen amigo, inteligente, brillante en sus apreciaciones, agudo en sus juicios, penetrante en sus análisis, con un sentido del humor que no tenía compasión de quien no merecía ningún tipo de compasión.

Todo esto es cierto, pero por momentos siento el temor de que termine pareciéndose más a esos personajes de las publicaciones de “vidas ejemplares”, y que no ofrezca la imagen de un ser humano con su fortaleza y sus debilidades; un ser con el que podíamos encontrarnos en la calle y que sin embargo era capaz de mover a la risa, a la reflexión, a la crítica; hasta era posible disentir con sus puntos de vista que él encontraría aquellos en los que había coincidencia para que ese momento del encuentro amistoso no se echara a perder.

Siempre llegaba tarde a nuestra tertulia de los jueves, a la hora del almuerzo en el San Roque. Llegaba con paso rápido y sólo después que el mozo le tomaba el pedido se relajaba y luego tenía la “última noticia” o la “última anécdota” que la contaba como si estuviera escribiendo, del mismo modo que cuando escribía era como si estuviese hablando.

Si alguien, por su parte, contaba algún disparate dicho por un político famoso, tomaba el teléfono, le llamaba a su secretario y le dictaba la frase de modo que la anotara en el archivo correspondiente de la computadora. De este modo iban creciendo sus libros.

Cuando semanas atrás falleció repentinamente su hijo mayor, le puse un mensaje de pésame y más tarde me escribió acusando el recibo de mis líneas y finalizaba diciendo “Lo que me pasó es la experiencia más dura por la que puede pasar un ser humano, por las razones naturales conocidas...”. Fue tan dura, que se quebró.

Ernesto Sábato, en su libro autobiográfico “Antes del fin” recuerda a uno de sus hijos que murió en un accidente de tráfico y dice que daría todos sus premios, todos sus honores, todos sus reconocimientos, con tal que el hijo pudiera regresar y sentir su voz, y la de su mujer, y la de sus niños llenando la casa en la reunión familiar de los domingos.

Helio no pudo dar todos sus premios, todas sus distinciones, todas sus glorias. Dio, sin embargo, aquello que le era lo más valioso que tenía después de sus hijos: su vida.

Quizá por eso no quiso regresar de las tinieblas de la inconsciencia en que su organismo lo había sumido.

Lo primero que se detuvo en él fue su cerebro, el sitio donde se crean las ideas, donde se fraguan los pensamientos, donde el concepto se encarna en la palabra, donde se forjaban las armas que le servían para perseguir su utopía, esa tierra sin mal que todos, consciente o inconscientemente, perseguimos.

Porque aunque los pensadores apocalípticos hayan decretado el fin de las utopías, ellas siguen existiendo, todos

tenemos derecho a ellas.

Y si algunas han muerto, debemos inventar otras nuevas. Como la “Tierra sin Mal”, que Helio temía no alcanzar a verla. Y no la vio.

Pero nos dejó algunas herramientas, algunos mojones que marcan un sendero, o varios senderos, que podemos seguir tratando de llegar a ver, esa tierra que tal vez no exista, pero que nos alivia recorrer el camino.

Jesús Ruiz Nestosa

LA ESCRITURA CRÍTICA PERDIÓ A SU MÁXIMO EXPONENTE

Por JOSÉ VICENTE PEIRÓ

“Ha declinado mi fe en las personas, en las ideas y en las cosas. Veo cada vez más lejana la Tierra-sin-Mal que afanosamente buscaban nuestros antepasados indígenas”. Estas palabras de Helio Vera en la bienvenida de su página web (www.heliovera.com) parecen indicar un estado de ánimo próximo a un momento de escepticismo ante unos ideales perdidos. Y cuando se pierden los deseos y el ardor por vivir, uno se acomoda lánguidamente a la espera del final, el que finalmente y de forma trágica ha acabado con la vitalidad de la mejor pluma paraguaya de estas últimas dos décadas, tanto en el ámbito literario como periodístico.

Estas palabras han completado la coherencia de su pensamiento, a pesar de que él manifestara vivir dentro de un caos conceptual, de una vida, la de Helio Vera, dedicada a la comprensión de la realidad tanto nacional como universal. Y es que, como dijo ese gran escritor luso que era Miguel Torga, lo universal es “lo nacional sin muros a su alrededor”. Helio sabía contar con que el paraguayo tenía un hueso más que el resto de la humanidad, y eso le hacía diferente, pero en el fondo padecía los mismos pecados capitales que todo el mundo. Pero ese hueso de más explica que el hombre heredero de los guaraníes “no habla recio y no mira de frente cuando está ante otra persona”. El mismo Helio, en una comida, me comentó que en realidad, el hueso de más se encontraba en el cerebro y eso le hacía caer en el “kaigue”, que no era un defecto sino una virtud si se mira de forma positiva. Lo curioso es que ese libro donde analizaba el carácter nacional partiendo de la anécdota del hueso, En busca del hueso perdido, nos permitió conocer más a fondo a los paraguayos a quienes tuvimos la fortuna de gozar del libro. Digo quienes tuvimos la fortuna porque ahora la tienen todos aquellos que puedan consultar la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, aunque sinceramente yo les recomiendo que adquieran la última edición de Servilibro. Es un ensayo ejemplar, sobre todo por su humor cáustico, provisto de un ingenio sin igual, sólo alcanzado por quien es verdaderamente genial. Helio era deslumbrante, no por pedante, sino porque nos hacía comprensible el pensamiento intelectual gracias a su humor y a su capacidad para la sorpresa.

Helio no dejó de publicar más y más libros y artículos donde nos hacía reflexionar sobre la estupidez humana. Entre ellos, Antiplomo (Manual de lucha contra los pesados) es un prodigio de ingenio. Es una “declaración de guerra civil” contra esas personas que nos agobian. Y cuando uno lee la obra descubre que el mundo es bueno a pesar de todo. No existía en Helio lo que se llama en castellano vulgar “mala sombra”, sino una sutil ironía que era en realidad un método para entender la realidad; un método semejante a los silogismos de los filósofos o las elucubraciones kantianas pero más asimilable por el entendimiento medio y más atractivo para la inteligencia superior, aunque el humor esté mal visto por quienes carecen de él y sólo piensan en clave de drama. Así se demuestra en otras obras, como la recopilación de artículos Plagueos, ensayos y otros divagues (2005), cuyo comienzo es una declaración de principios propios: “No hay en este libro nada que se parezca a una vertebración teórica, un orden de conceptos o una intención estética”. Y es que Helio, como buen paraguayo, se preocupaba por ordenar su caos conceptual y encontrar una razón estética a su prosa, hasta que descubría que lo suyo no era el orden o la belleza, sino la revelación de los arcanos de las profundidades de lo cotidiano o del ser aparentemente simple, sin peripecias de vana intelectualidad. Sin embargo, esos ensayos sobre lo cotidiano estaban repletos de un ejercicio de cultura tremendo: se apreciaba que Helio Vera era una persona de muchas lecturas y muy sumergido en la comprensión de otras realmente difíciles para la mayoría. Eso nos permitía hallar en su prosa un contacto con la sátira y la crítica de la realidad sin que sus “divagues” hirieran a nadie en particular pero provocaran la reflexión general.

Recuerdo esa maravillosa Carta política de la República del Paraguay, escrito por Lomborio I, el Breve, donde glosaba de forma paródica la constitución paraguaya. En realidad la sátira alcanza a toda la legislación y sus ridiculeces. Sus paradojas eran magistrales. Recuerdo una donde se decía que para que los industriales pudieran competir en el mercado regional ampliado, y competir a la vez con el comercio ilegal, el Estado iba a ayudarles a ser comerciantes. Así era Helio: no contaba chistes ni hacía gracias: sorprendía continuamente señalando la contradicción como método de funcionamiento del universo, sobre todo del político, blanco predilecto de su causticidad ferozmente fina. No tengo el gusto de haber conocido El cangrejo inmortal, aunque seguramente habré leído los artículos que lo componen en la prensa puesto que los he buscado siempre en las ediciones de Internet. Sus análisis periodísticos no han cambiado el Paraguay, pero sí al menos han impedido que vaya a peor.

Sin embargo, también existía un Helio Vera literario tremendamente potente. Su primer libro de cuentos Angola, cuya primera edición es de 1984, fue realmente explotado hasta la saciedad por quienes buscábamos los aires más frescos en la literatura paraguaya que no se conocía fuera de las fronteras del país. El mismo profesor Hugo Rodríguez Alcalá

hablaba de que “La consigna” era un cuento digno de pertenecer al mejor Borges. Pero era de un paraguayo desconocido en el extranjero llamado Helio Vera. Era un libro que escondía dos grandes joyas: “Angola” y “Kamba ra’anga”. Con ambos relatos se le daba la puntilla en la nuca completamente al regionalismo del cuento paraguayo más tradicional y se mostraba una sociedad, la paraguaya, de costumbres más complejas que las habitualmente reconocidas por el mestizaje hispano-guaraní. Al mejor estilo de Guimarães Rosa, Helio trascendía el regionalismo y lo convertía en ficción pura. El desdoblamiento de la voz de “Angola” poseía una naturalidad propia del creador de ficción más penetrante, a la vez que subrayaba el drama del negro en Paraguay; negro que se rebelaba contra el orden establecido en esa dionisiaca mascarada carnavalesca que consumaba la posesión de la mujer blanca en “Kamba ra’anga”. La penetración sexual colectiva a la mujer del patrón era un acto de venganza del hombre del pueblo, del sometimiento colectivo, y en esa captación del sentimiento popular estuvo atento Helio, como ocurría en otros relatos, como “Regino”, esa recreación de la historia del Robin Hood popular Regino Vega, evocación del gaucho Santos Vega del argentino Rafael Obligado, o en la visita a la memoria histórica en “Destinadas” o al relato popular fantástico en “Póra”. Era un Helio Vera genial, cautivador y sagaz fabulador.

Tardó mucho en volver a publicar. Siempre nos hablaba de que estaba escribiendo una novela histórica. Nunca nos dijo de qué iba tratar esa novela histórica, pero era algo fácil de adivinar tras la aparición de su segundo libro de relatos: La paciencia de Celestino Leiva. En él predominaba el relato histórico. Creemos que Helio en realidad estaba escribiendo la historia del Paraguay siguiendo los dictados de la memoria popular paraguaya, pero se encontró con nuevos discursos sobre los karios, mitos enraizados en el pensamiento como la tierra sin mal, o el asesinato del efímero presidente Gill, o ideas como que el estafalario Celestino Leiva a quien se creía invulnerable a las balas. En el cuento que da título al libro arremetía contra uno de los males de la novela histórica actual: la ucronía. Y es que, como bien dice Helio, “la historia se compone de hechos, no de no-hechos; de sucesos, no de in-sucesos”, por lo que es inocuo interrogarse sobre el destino del mundo si los mongoles hubiesen conquistado Europa, o si América hubiera sido colonizada por los chinos en lugar de por los españoles. Quizá, sin embargo, sorprende en este libro que Helio incluya un relato localizado en un universo lejano, el oriental, que probablemente sólo conoció en los libros, “La estrella de Nizam”, con el gran Sultán como protagonista. Pero no altera su estilo grácil de prosa directa y sin alambiques superfluos: aún lo entronca con el relato más grácil y la fábula más abierta.

En 2005, Helio reunió sus cuentos publicados e inéditos sobre temas aparentemente bélicos, hasta formar el libro Trofeos de la guerra y otros cuentos picarescos. En realidad, jugando con su ironía, la guerra era un conflicto de picardía. “Trofeos de la guerra” no era un relato bélico sino una comedia aderezada de erotismo, puesto que los trofeos eran vellos púbicos de las conquistas del protagonista. Y así eran todos los relatos: simplemente divertidos y donde la guerra no se hallaba por ninguna parte. Pero la diversión no está reñida con la reflexión y así lo demuestra en ese relato sobre la ira incluido en la obra colectiva de siete cuentos titulada Pecados capitales (2006), donde de nuevo hallamos al narrador con la voz desdoblada, como si la conciencia del protagonista Miranda Catorce, conocido así por ser acusado de catorce homicidios, se hubiera escindido. Ese cuento ponía el colofón a uno de los mejores libros paraguayos de los últimos años.

Precisamente, el obsequio de ese libro fue mi última relación con él. Su dedicatoria inolvidable: “Al amigo José Vicente, con el abrazo de siempre: Helius”. Su voz estará siempre ahí, y en mi caso dentro de mí. Sus letras me acompañaban en mis retornos de Paraguay. Creo que Helio ha sido el autor que más he leído en los aeropuertos, lo cual es signo de que su filosofía personal y su visión del mundo eran asequibles a todo entendimiento humano, dado que no hay mejor sitio que un aeropuerto o una estación de tren para valorar la calidad de un libro darse cuenta de que un libro es bueno (yo obligaría a los críticos a leer todos los libros en un tren o en un avión). Tantas sobremesas compartidas, la última en el San Roque en abril de 2006, con Julio César Frutos de anfitrión, y una cena dos días antes degustando un gran asado en casa de nuestro amigo Luis Hernáez. Recuerdo que lo descubrí en 1994 gracias a la antología de cuentos paraguayos de Guido Rodríguez Alcalá, y personalmente cuando compartí por primera vez una conversación a raíz de un encuentro con Mempo Giardinelli en 1995: resulta que era simpático, afable, era como escribía: grácil. Lo recuerdo en su despacho del diario Noticias, en aquella avenida perdida llamada Brasilia, con una vista espantosa hacia las vías del ferrocarril, y con su mate inseparable mientras trabajaba frente a la computadora. En su casa de la calle Pizarro, donde hay una biblioteca que espero que sus herederos sepan administrar y dar a buen recaudo por nuestro bien. Tantos recuerdos juntos, en su auto, en varias cervecerías del centro de Asunción, en casa de Renée Ferrer: en todas partes menos en España, adonde fue siempre remiso en venir, quizá porque su tierra lo tenía muy atado y allí estaba bien: y al fin y al cabo el hombre no se tiene que mover si en un sitio está bien.

Descansa en paz, amigo Helio, y que el suelo paraguayo te siga protegiendo. Espero que no me esperes para almorzar contigo en muchos años, porque aún me queda mucho que comentar sobre tu obra. Te lo dice quien gozó de tu buena compañía y quien puso algunas palabras de análisis de tus obras. Te lo dice quien siempre fue tu amigo y lo será. Espérame tomando mate junto y preparando un asado: pero tranquilo y asa bien la carne porque me gusta muy hecha. Se despide de ti, Helius, tu amigo de siempre.

Suplemento Cultural. Abc Color. Abril de 2008

HELIO VERA: LA IRONÍA COMO VERDAD

Por **ROBERTO L. CÉSPEDES R.**

Sociólogo

Una constante de su obra es la ironía. Ésta permea sus largos ensayos o "tratados" -por su consistencia y volumen- que son *En busca del hueso perdido* (1990), *Antiplomo* (1997), *Carta Política de la República del Paraguay por Lomborio I (El Breve)* (2002) y *Diccionario del paraguayo estreñado* (2006). Desde esta perspectiva, el primero y el tercero son los mejores.

En busca del hueso perdido ya devino en clásico no sólo por su contenido, sino también por el número de reediciones, una excepcionalidad en los anales nacionales. Analiza fundamentalmente la cultura política en sus bases históricas y sus expresiones actuales como, por ejemplo, el personalismo de la autoridad ("Yo soy el Estatuto") o la estratificación social imaginada como un gallinero, donde quienes están arriba excretan sobre los de abajo. El *Antiplomo* estudia a los seres que nacieron, más para infelicidad de quienes los y las rodean que para ellos y ellas mismos, argeles; sustantivo que tiene su carta de ciudadanía en el *Diccionario de la Lengua Española* en 1992. Establece una tipología de dichas personas y señala inútiles medidas para huir de ellos o ellas porque estamos condenados a sufrirlas.

El texto de Lomborio I presenta la constitución real, o reglas claves del ordenamiento de la sociedad paraguaya. Expresa al país teete (de verdad) en oposición al de gua?u (de mentira). Se mofa de la ficción de las palabras altisonantes de la arquitectura jurídica de la Ley Suprema, que embelesan a muchas personas, son de multiuso, pero sin vigencia efectiva. El *Diccionario*, versión extendida y mejorada del *Diccionario Contrera* (1994) y con selecciones de Lomborio, satiriza expresiones nacionales e incluye definiciones universales del mismo tono, dentro de un amplio abanico, que incluye desde el liderazgo a los dialectos o habla de distintos grupos.

De su *Diccionario* (2006) se rescatan implacables definiciones. El sociólogo: "Dialecto derivado del inglés que hablan ciertas minorías que habitan dentro del país, y que se caracteriza por la interpolación, dentro del español, de numerosas expresiones esotéricas... Para hablar en sociólogo no hace falta saber nada de Sociología". Benigna definición en comparación a la abogacía y al abogado, caracterizado como "Intermediario en la compraventa de sentencias, autos interlocutorios y providencias de mero trámite... Delincuente ilustrado que defiende a los delincuentes analfabetos (Luis Mozart Fleitas)". El periodista es "... Persona generalmente hostigada por el malhumor, la duda metódica, las noches largas (y no pocas veces aburridas) y los salarios cortos, el colesterol y el escepticismo, razones que le impiden admirar los esfuerzos del Gobierno, comprender los buenos propósitos de los gobernantes y admirar la honestidad de altos funcionarios". No por descuido, nada dice del escritor; esto es, no se autodefine. Helio Vera señala en *En busca del hueso perdido* que escribe para divertirse, no con pomposos propósitos; le agradecemos que nos haya enseñado tanto, divirtiéndonos.

El escritor paraguayo incursionó, en cuatro volúmenes de ensayos o "tratados", en la caracterización sarcástica y crítica de la manera de ser paraguayos.

Correo Semanal- Última Hora- 5 de Abril de 2008

UN APASIONADO DEL PERIODISMO

Por ANTONIO V. PECCI.

Al evocarlo al desaparecido colega es imposible no caer en la repetición de anécdotas o, lo que es peor, en el lugar común. Lo recuerdo en 1979 participando de la asamblea fundacional del Sindicato de Periodistas del Paraguay que surgía como genuino representante del gremio, frente a otros similares deteriorados en su credibilidad por las genuflexiones ante el dictador. Eran años en que el miedo campeaba. El transcurso del debate era atentamente seguido por una cáfila de pyragues que grababan y controlaban el acto. Más de cien colegas de diarios, semanarios, radios y televisión participábamos activamente de la asamblea que aprobó los estatutos y eligió la primera directiva que sería presidida por Alcibiades González Delvalle.

Helio era ya un periodista con cierta trayectoria. Yo había leído artículos suyos y conocía de su labor al frente de la jefatura de Prensa de Radio Primero de Marzo, en un equipo que integraban Getulio Arrúa Vinader, Carlos Penayo, Mario Rubén Álvarez, entre otros.

Ya en los ochenta lo encontraría en la Redacción del diario Hoy, compartiendo oficina con Néstor Romero Valdovinos, escribiendo editoriales y artículos. Las veces que iba a dicho medio, solíamos tomar un café y charlar; eran momentos de disfrute por sus salidas jocosas, sus comentarios cáusticos sobre "la perrada" e invariablemente sobre literatura y mujeres. De esos años recuerdo que participando de un acto en el Centro Cultural Juan de Salazar, me comentó las veces que había recibido llamadas de presión y censura de parte de Aníbal Fernández, por entonces Subsecretario de Informaciones de la Presidencia de la República, ordenándole que no tocara ciertos temas en sus escritos. Y, peor aún, que en ocasiones lo citaba a su despacho, ubicado en el Palacio presidencial, lo hacía esperar horas hasta que aparecía

un funcionario para decirle que el subsecretario no iba a recibirlo y que se retirara. Era la táctica de "la amansadora" que este funesto personaje se permitía aplicar a numerosos colegas.

Sin embargo, nada de eso opacaría su humor vital ni empañaría su visión sobre los acontecimientos de la realidad.

Pasaría de un diario a otro, colaborando en revistas y semanarios, a lo largo de estas cuatro décadas, puliendo el estilo, ampliando el vocabulario y, sobre todo, explorando a fondo el lenguaje periodístico. Fue editorialista, articulista, redactor de noticieros, director de diario, columnista y, en los últimos años, conferencista, docente, prologuista y presentador de libros.

Helio Vera utilizó la pluma como un bisturí para poner al desnudo las lacras de la vida social, en artículos que resumaban humor, síntesis y conocimientos enciclopédicos.

EL COLUMNISTA Y SUS FANS

Es sabido que en 1984 lanzaría su primer libro, *Angola y otros cuentos*, con buena receptividad de público y crítica. Luego de cinco años de silencio llegaría al campo del ensayo con una obra que sobrepasó todas las expectativas suyas y de sus editores: *En busca del hueso perdido*. Tratado de paraguayología, con cerca de doce ediciones. Solo o en compañía de coautores llegaría a publicar, en un lapso de veintitrés años, alrededor de doce títulos, entre cuentos, ensayos, diccionarios satíricos, obras de derecho y volúmenes, en que se reúnen sus artículos periodísticos. Tenía inéditos *El país de la sopa dura*, ensayo, a modo de segunda parte de *En busca...*, y una novela para presentarla a un concurso. Lo que indica que se había decidido a dar el salto al complejo plano de la novelística.

Frecuentó diversos géneros en este oficio, pero fue sin duda el de columnista el que le granjeó mayores satisfacciones, pues llegó a tener casi un club de fans de lectores que lo seguían en su periplo por diversos diarios. Había llevado este género a un nivel de virtuosismo, donde podía permitirse jugar con hechos y personajes reales, generalmente figuras políticas, en situaciones que rayaban lo absurdo, en una talentosa combinación de literatura y periodismo, con una prosa rica y original. En la línea de grandes columnistas como Augusto Roa Bastos, Isaac Kostianovsky, Fernando Cazenave, Néstor Romero Valdovinos, José-Luis Appleyard, Mauricio Schwartzman, Ana Iris Chaves, José María Rivarola Matto, Josefina Plá, por citar sólo algunos nombres notables en la prensa.

Los artículos de Helio, amenos y agradables de leer, parecían de fácil escritura, como si las palabras, las frases, las metáforas, acudieran obedientes a su llamado. Pero no era así, como él mismo lo confiesa en *El cangrejo inmortal*. En la redacción de un periódico, evoca, la hora de cierre "tiene la solemnidad del lúgubre toque de difuntos". Para agregar: "Es la hora en que el jefe de Redacción se pone a rugir, exigiendo a los periodistas la inmediata entrega de originales (...). Pasan los minutos y el columnista se estruja el cerebro, fatiga la mente y busca algún motivo de inspiración". Toma un café tras otro, habla con colegas, revisa otros periódicos, hace una consulta por teléfono. "Las neuronas siguen allí, adormecidas. El agujero en la página sigue intacto; pero ya comienza a titilar, como la estrella roja del amanecer; ya se estremece como un volcán a punto de vomitar ríos de lava candente". Hasta que encuentra el tema y se lanza como en un tobogán a terminar el artículo, para luego exhalar un suspiro de satisfacción y una media sonrisa.

Debido a sus tareas profesionales como abogado, en los últimos años había obtenido una cierta estabilidad económica que le permitía una vida más desahogada; sin embargo, nunca dejó de escribir sus columnas. Sin duda, era un apasionado del periodismo, como lo evidencian *Plagueos*, ensayos y otros divagues, *Voces del Olimpo*, *El cangrejo inmortal* y *La hondita impaciente*. Textos que pronto se convertirán en objeto de culto por la belleza de su prosa y el genuino humor.

Correo Semanal. Última Hora. 5 de Abril de 2008

HELIO VERA

Por OSVALDO ZAYAS

Conocí a Helio Vera en la adolescencia. Le pedía a mi padre que compre el *Diario Noticias* porque allí encontraba las columnas más divertidas de los domingos. En especial me gustaban las de él y de Guido Rodríguez Alcalá.

Cuando llegué a la Facultad de Filosofía, el primer docente con el que me topé fue con Helio. Nos dijo que si pensábamos que esa casa de estudios iba a convertirnos en buenos periodistas solo por egresar de ella estábamos muy equivocados. "No les va a dar nada", aseguró.

Entraba al salón de clases sin nada en la mano. Se sentaba en la mesa, balanceaba las piernas y nos miraba. A veces tardaba mucho en hablar. El desarrollo de su cátedra no fue más allá de la enseñanza del copete, pero las conversaciones en el pasillo y en el aula eran un deleite.

Ya como periodista en este medio, mi segundo comentario fue en respuesta a una posición suya, expresada en el Diario ABC Color, ante una resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía.

Nunca negué mi admiración hacia su técnica narrativa y su solvencia intelectual, ni oculté mis cuestionamientos hacia sus posiciones –u omisiones- políticas o ideológicas. Particularmente defino a Vera como el intelectual que tiró la toalla. Harto de los absurdos de esta sociedad, se dedicó solamente a observarla y escribir. De allí su afición por la paraguayología y el estudio de la cultura nacional. Las últimas líneas de la presentación de su página web son la confirmación de esta afirmación y una bienvenida a su obra: “Quienes ingresen a esta página podrán asomarse a mi propio caos conceptual, y quizá compartir las conjeturas, las dudas y las sospechas que habitan estos textos dispersos. Y quizá ensayar un diálogo sobre lo que desesperamos, ese sentimiento que comienza a crecer cuando se agota la esperanza”.

En agosto de 2006 lo entrevisté por última vez. Sentado en su oficina, en el edificio de la Fiscalía, en un momento le manifesté indignado que, con una excavación, estuvieron a punto de destruir un patrimonio histórico en el Parque Caballero. Se recostó, me miró impasible y dijo: “A vos te sorprende que hagan eso” y me nombró ocho o nueve joyas históricas que fueron destruidas sin que nadie haya pestañeado. “Ya te digo: no venden los huesos del Mariscal López porque no hay quien compre nomás”, agregó.

El legado del escritor son sus letras. Tienen vida propia por su forma, sin otros fondos que el que le brinda la calidad literaria. Helio Vera fue un maestro de la redacción y mucho de su legado son obras artísticas de la mejor calidad. Ante tanta decadencia, no se puede hacer otra cosa que lamentar profundamente su muerte.

La Nación, marzo de 2008

HELIO VERA, UN BUEN CUENTISTA QUE SE HA IDO

Por BLAS BRÍTEZ

VALORACIONES

Alguna vez le escuché hablar a Helio Vera de sí mismo como de un buen cuentista. "Diría que para Paraguay, un muy buen cuentista", remató, con una sonrisa pérfida de quien sabe de lo que está hablando, ante el silencio atento de una platea universitaria. Más allá de la desacostumbrada sinceridad con que cualquier escritor habla de su condición de tal, de cómo se ve en su propio espejo, la afirmación del creador paraguayo es, simplemente, incontrastable: él era un muy buen cuentista. Queda por aceptar o no, como suele suceder siempre con los libros paraguayos, si solo "para Paraguay" era un muy buen cuentista.

Con tres libros de relatos: Angola y otros cuentos (1984), La paciencia de Celestino Leiva (2004) y Trofeos de la guerra y otros cuentos picarescos (2007), su nombre está inscripto en la galería de los mejores narradores paraguayos de, por lo menos, los últimos 25 años. Por varios motivos: un profundo conocimiento bibliográfico y experiencial de la cultura paraguaya; un cultivo de la escritura tersa y pulcra, como pocas veces se acostumbra en nuestro medio; un manejo de la ironía y el humor que no desdeña la elegancia.

En sus dos primeros libros, la fuente historiográfica (los tiempos de la Conquista y la Colonia, la Guerra de la Triple Alianza, los primeros años de la posguerra) son los temas que, casi con predilección, aborda, en algunos casos con cierto tufillo polémico, como sucede con "Primeras Letras: Jueves Santos, 1539", de La paciencia de Celestino Leiva, donde fabula un supuesto malinchismo de la India Juliana, acaso amante de Juan de Salazar de Espinoza.

Varias historias y personajes son extraídos y resignificados por Helio Vera del imaginario de la gente del campo. En "Póra", de Angola y otros cuentos, la creencia popular se convierte en cuento, pero también en reflexión ensayística, lo que lo muestra como un buen lector de Borges.

En su tercer libro, empezaba a despuntar un Helio Vera más cosmopolita (leyenda urbana, entretenida sala de Redacción de periódico, raras aficiones ciudadanas), tal vez el Helio Vera que sería, narrativamente hablando, con el correr de los años.

La literatura paraguaya lo echará en falta, es seguro.

Última Hora- Correo Semanal. 29 de Marzo de 2008

AMISTAD GRANDE Y COMPLETA "Yo no podría recordarlo a Helio parcialmente, pues nuestra amistad fue grande y completa. Teníamos varios proyectos juntos. Desgraciadamente queda truncado el desarrollo del Diccionario de quechuismos y africanismos en el guaraní. Uno de los trabajos que hicimos juntos fue Doce cuentos de la Guerra del Chaco, que en Bolivia va por su cuarta edición".

Carlos Villagra Marsal

CUENTOS DE UNA GRAN RIQUEZA "Se trata de la partida de una personalidad con talento múltiple, muy rico y original", señaló el escritor Rubén Bareiro Saguier. "Helio Vera no solamente brillaba por sus escritos en los medios de información, donde nos hacía reír mucho, sino también por sus cuentos cargados de una gran riqueza", expresó.

Dijo que con su muerte queda un vacío muy grande para sus parientes, amigos y para la comunidad paraguaya, porque una calidad humana como la que tenía el periodista y escritor no es fácil de encontrar. "La desgracia es grande, es una pérdida irreparable para la literatura paraguaya", manifestó.

Rubén Bareiro.

MENTE BRILLANTE "La muerte de Helio Vera constituye una gran pérdida, porque se trata de la desaparición de una de las mentes más brillantes e inteligentes que ha tenido el periodismo y la literatura paraguaya, manifestó la escritora René Ferrer. "La imprevista partida del escritor y periodista es una desgracia para todo el país", expresó.

Indicó que, lastimosamente, se trata de otra gran personalidad que parte de manera muy temprana, como muchos otros hijos talentosos que ha tenido el Paraguay. "Lo tendremos siempre en el recuerdo por su gran personalidad intelectual y su mentalidad abierta y solidaria", señaló.

René Ferrer. ABC Color. 27 de Marzo de 2008

TALENTO NATURAL Y MUCHA LECTURA "En busca del hueso perdido es un ejemplo de conocimiento, de estudio e investigación, así como de su profundo amor al país. Es un espejo que retrata el alma natural de una manera implacable y sus cuentos como Angola y otros cuentos, evidencian un profundo conocimiento de la técnica cuentística. Libros como Diccionario contrera demuestran una perspicacia increíble para definir los acontecimientos y personajes. Humberto Pérez Cáceres se asombraba por la facilidad y por lo bien que escribía desde muy joven. Tenía un don natural, pero también mucha lectura y estudios".

Alcibiades González Delvalle. Última Hora. 27 de Marzo de 2008

ADIÓS AL ESCRITOR PARAGUAYO HELIO VERA

Por DELFINA ACOSTA

Falleció el escritor paraguayo Helio Vera. Una presencia digna dentro de las letras paraguayas fue, sin duda alguna, la suya. Creo que ha sido el mejor ensayista del Paraguay de la clase social refinada, de los políticos del momento, de la clase popular en el más extendido significado de la palabra, de la clase media y sus propósitos frustrados, de la comedia, en fin, que se da en llamar, en términos diplomáticos, vida o existencia.

Con un humor ácido, si se quiere corrosivo, a veces, escribía sus columnas dominicales diciendo lo que le parecía pertinente decir. Esto es, sin medias tintas. Desde luego, conocedor como periodista que era, de las repercusiones del oficio, sabía que sus escritos molestarían a quienes le cayeran el rayo, y cultivó, apasionadamente, la enemistad de muchos.

Poseedor de una vasta cultura, sus escritos no solamente nos entretenían con su ironía, sino que alimentaban nuestra formación cultural.

Helio Vera era la consecuencia inmediata de su agilidad para escribir; de su talento, que estaba a la pesca de creaciones dignas de reconocimiento; de su conocimiento, ancho como el mundo, con el que recorría la idiosincrasia de nuestro país cómodamente; y de su enorme formación cultural, que le permitía traer el pasado del Paraguay al presente.

Se nos murió joven. Podría haber producido mucha más obra literaria y seguir dando sus aportes al periodismo nacional. Pero esta es la vida que nos toca vivir a todos, y no hay mayores comentarios que hacer sobre el particular.

Uno de los últimos libros suyos que leí se llama El cangrejo inmortal.

Helio Vera explicaba que el título (El cangrejo inmortal) guardaba relación con una conversación mantenida con un periodista. Contaba que aquello de tener que escribir al ritmo vertiginoso de un diario (ya el tiempo y la entrega de la página le venían, implacables, encima) lo sorprendía, a veces, con la mente en blanco. La cosa era pues, sobre qué tema escribir. El periodista de marras (lamento no recordar su nombre) le había sugerido, que si no tenía nada en mente que tipear, y el horario le premiaba, escribiera sobre la inmortalidad del cangrejo.

Tenía un enorme talento. Y su talento era todo su capital, por supuesto. En este país donde los talentos son pocos, él privilegió las letras paraguayas con un lenguaje lleno de elementos literarios que hablaban de su mente amplia.

Muchos libros dejó. Y de los buenos, ciertamente. El escritor, poeta y crítico Hugo Rodríguez - Alcalá decía que Helio Vera era uno de los mejores narradores de nuestro país. Declaraba su admiración a una obra fundamental del escritor: Angola y otros cuentos.

Como tenía un talento plural, Helio Vera siempre estaba en condiciones de expedirse sobre el pucho, como se dice, sobre cualquier tema de conversación. De ahí que fuera tan hábil para opinar, con fundamentación, sobre la política como alguna planta en extinción.

Crítico consumado de la sociedad, del entorno que le tocó vivir, supo, sin embargo, tomar una postura firme contra la mafia, la politejería que en los últimos tiempos agobia al Paraguay, la corrupción, y otros rasgos comunes de los hombres que toman la política para servirse económicamente de ella.

Abc Color. Suplemento Cultural 30 de Marzo de 2008

VOLVER A DIOS

a H. Vera, amigo y hermano.

Las membranas de la muerte

sacuden sus sombras al viento

y tumban reminiscencias

bajo el cielo desconsolado

que destila su aroma.

Helio Vera, aún fulguras en el aire

que besa como espíritu etéreo,

aunque certeramente sabemos

que tu semblante bruñido

ya no acampará en las tardes.

Sólo el vacío comenzó a plasmar el dolor
en las pupilas de quienes compartíamos contigo
las vivencias fantásticas y los destellos
de Celestino Leiva o Angola de betún.
Helio Vera, mineral simbólico, latido iniciático,
aprendiz, compañero, maestro,
a ti tampoco “te cubrirán la cara con pañuelos”
porque desde tus costillas germinarán
reverberaciones y resplandores bullentes
que volverán a Dios.

VICTORIO V. SUÁREZ

(25 de marzo de 2008)

Abc Color- Suplemento Cultural. 30 de Marzo de 2008

HELIO VERA: EL VIAJERO QUE YA EMPRENDIÓ EL CAMINO

Por MARIO FERREIRO

“Las cosas llegan a su tiempo, nunca antes ni después, ni siquiera la muerte”

Saro Vera

Todavía se estará riendo de tanto panegírico y ditirambo. Justo él, que dedicó su pluma y su intelecto a la demolición de los estereotipos, que buceó hasta el fondo de nuestras almas en busca del hueso perdido, termina siendo involuntaria víctima de tanto elogio acumulado, de tanto encomio excesivo.

Debe ser su última broma, aquella que dejó escrita en algún recodo del vasto universo, a la espera de la improbable eternidad, suavemente arrullado por una infinita canción de cuna celestial. En ese parnaso –otra antigualla de lamentable empleo-, ya está el querido Helio Vera, una luz que fulguró centelleante en medio de la oscura noche intelectual paraguaya de los últimos tiempos.

Su viaje hacia la memoria colectiva es solo cuestión de tiempo. Sus libros se encargarán mas tarde o más temprano de hacer el trabajo que todavía retrasamos aquellos que nos empeñamos en cantarle loas en vez de comenzar a leerlo compulsivamente.

Helio supo como ninguno desvestir de solemnidad a una obra igualmente magnífica, y navegó con suficiente habilidad por prácticamente todos los géneros que abarca la palabra escrita. Cultivó como pocos el noble arte de la conversación, en el que muchos olvidan que también hay un tiempo destinado a escuchar, y no solamente a hablar.

Así era el Helio que todos comenzamos a extrañar cuando el destino irremediable comenzó a llamar a su puerta en el triste mes de marzo de 2008, para conducirlo al generoso lugar que hoy ocupa entre nuestros mejores recuerdos. Es el mismo que escribió:

“Es imposible darle el esquinazo al destino. Es natural, por todo eso, que el destino sea más cruel con los débiles. Porque esto forma parte de una sólida ley cósmica: el rayo solo caerá sobre la cabeza del pobre. O, en otras palabras, mboriahu aká´mante ho’a la rayo”.

Es el mismo Dr. Vera que fatigaba los laberínticos pasillos de la Fiscalía General del Estado, el que nos deslumbraba con sus columnas en ABC Color donde escribió intermitentemente desde la fundación del diario en 1967, el profesor de facultad sin una pizca de petulancia, el que frecuentaba a sus amigos de siempre en el Café Literario Caloría, “donde jamás se leyó un libro”.

Helio siempre con dos libros a punto de editar y otros dos enteramente concebidos en su privilegiada y prolífica psiquis, incansable inventor de fantasías, minucioso relevador de todas y cada una de nuestras miserias del comportamiento social. El acuñador infatigable de términos, expresiones y giros idiomáticos que terminaron siendo de uso común, como el recordado “pucheroducto”, con el que identificaba al medio de vida preferido por nuestros compatriotas: el acceso a distintas formas de remuneración por parte del erario público sin tener que mover un dedo para conseguirlo.

Crítico ácido de nuestra angustiante realidad, de la cual no se creía exento, Helio pasó por la vida como quien camina sobre un jardín de espinas sin mostrar dolor alguno. Siempre irónico, mordaz, o francamente iconoclasta, se puede decir también de él que, elegantemente, nunca dejó títere alguno con cabeza.

Que personaje este doctor Vera que tanto ya nos hace falta en el aburrido mundo que se empeñó en abandonar apenas unas semanas después que su hijo mayor. Ahora además de recordarlo con tanta nostalgia habrá que leerlo y enseñar su obra a quienes solo lo recuerdan como una vaga presencia en el mundillo siempre limitado y chato de los medios de comunicación. Ese será el mejor homenaje para un hombre que le huía sistemáticamente a los elogios y cultivaba la modestia intelectual como un método de sobrevivencia.

Comencemos por “En Busca del Hueso Perdido (Tratado de paraguayología)”, su gran best-seller; una joya inalcanzable en el difícil arte de entendernos como sociedad. Ese pequeño prodigio de 240 páginas en el que el propio autor nos recuerda que “la muerte ko jadeve voínte (la muerte la debemos desde siempre)”.

Hasta pronto querido Helio. Cada uno sabrá cómo sobrevivirte con dignidad. Yo por lo pronto ya tengo tus libros en mi mesita de luz, como biblias profanas que me ayudarán a pasar el tiempo, hasta que llegue el día de acompañarte en tan misterioso y atractivo viaje.

LA CARTA QUE NUNCA SE ANIMÓ A LEER

(Enviada desde Europa por su sobrino Ernesto Garbarino Vera,

al enterarse del fallecimiento de su primo hermano Rodrigo)

Egham, Inglaterra, 16 de febrero del 2008

Querido Helio,

No tenemos palabras para describir la impotencia que sentimos desde esta distancia.

Fue hace casi 6 años la última vez que vimos al “Caco”. Este era el apodo que usábamos desde nuestra infancia, derivado de “Rodrigaco”, el gentilicio dado a los provenientes del planeta “R” ya que cuando éramos chicos pensábamos que todos éramos representantes de diversos planetas de un sistema solar común. El planeta “R” era notoriamente el mayor (de la dimensión de Júpiter comparativamente) y poseía 50 lunas alineadas de forma circular, casi formando un anillo. Christian, Fernando y yo siempre nos preguntábamos como los “Rodrigacos” soportaban semejante fuerza gravitacional.

Rodrigo guardaba diseños de su planeta, sus ciudadanos, máquinas, robots y naves celosamente en el famoso “cajón de los secretos R”; éstos eran documentos considerados de alto valor para los servicios de inteligencia militar. El imperio R era considerado el más poderoso de nuestra galaxia y más de una vez éramos alertados telefónicamente

sobre la inminente destrucción de nuestros modestos mundos. Los R poseían el dominio de un metal virtualmente indestructible llamado “rodriguita”. Esto significaba que cualquier confrontación bélica era esencialmente inútil dado que las naves R eran indestructibles.

No se si alguna vez estuviste enterado de todo esto y quizá te preguntes que relevancia tiene; pues este fue por más de la mitad de nuestras vidas, el único y más importante mundo que conocimos y el universo en el cual Rodrigo era el principal protagonista. Mientras en el mundo real había corrupción, inflación, divorcios y otras tonterías en las que los adultos pierden el tiempo, nosotros estábamos preocupados por los acontecimientos en una galaxia mucho más trascendente.

A medida que crecimos, nos dimos cuenta que esto era una fantasía y que éramos apenas seres humanos mortales de carne y hueso; no fuimos el producto de inseminación extraterrestre como inicialmente creíamos, y la marca que teníamos alrededor del cuello era compartida por todos los demás homo sapiens. Sin embargo, creo que nunca aceptamos el mundo como era, siempre hubo una negación inconsciente, y hasta los últimos días insistíamos en nuestros gentilicios galácticos y nuestro código militar; “ataquen” y “tu planeta será destruido” fueron hasta el último día nuestra versión de “hola” y “como te va?”.

Siempre me disgustó cuando alguien decía que Rodrigo tenía un “problema”; para mi el único problema era que la gente sostuviera semejante aberrante concepto. Rodrigo siempre vivió de forma inocente y sincera, sin enredarse en los dramas de la vanidad, el egoísmo, el cinismo y en la envidia; presente en gente que supuestamente goza de plena lucidez. Rodrigo mostró más coraje ante la adversidad que cualquiera de nosotros; siempre procuró salir adelante; mostrando un espíritu emprendedor, buscando nuevos negocios, intentando estudiar y superarse a si mismo. Jamás se quedó de brazos cruzados esperando que las cosas le cayeran del cielo.

Rodrigo era la única persona con la cual podía mantener una relación humana y de afecto incondicional carente de reproches o expectativas; podíamos desearnos la destrucción planetaria mutua e insultarnos sabiendo que este lenguaje no hacia más que reafirmar nuestro origen y vinculo común.

No entiendo mucho de metafísica (y el mundo de átomos y partículas no deja de ser misterioso), pero en este momento no puedo dejar de desear que todo haya sido real; que este mundo en el que vivimos sea el irreal, y que Rodrigo se encuentre sano y salvo disfrutando de los múltiples eclipses que las 50 lunas de su planeta producen cada día.

Con gran amor y pena

Tus sobrinos, Ernesto Garbarino Vera y Adriana Viola

DE DONDE VIENE HELIO

ENTIERRO DE CUERPO PRESENTE DE DON ATANASIO DUARTE BORJAS

Por MARCIANO VERA ALDERETE, su padre

Señoras y señores:

Henos aquí depositando los restos de don Atanasio en un nicho del columbario municipal donde fijará su último domicilio y de donde, Dios mediante, ya no saldrá. Entre los acompañantes vemos a muchos que, a fuerza de restregarse los ojos, han conseguido irritarlos hasta sacar a la superficie algunas lágrimas laboriosamente destiladas, murmurando al mismo tiempo por entre los pliegues del pañuelo usado para enjuagarlas, que por fin había llegado la oportunidad largamente esperada de asistir a este acto.

Los oradores de cementerio, siempre amables con los muertos, porque ya no pueden causarles ningún daño, salen de apuros, cuando no les encuentran virtudes, exaltando las de sus parientes; pero en nuestro caso el elogio del finado nos resulta más difícil porque no dejó descendientes sino sobrinos, uno de los cuales, Antonio, hubiera sido una solución salvadora, si no fuese mas conveniente no menearlo.

Pero del cuero sale la correa. Duarte era como el verano, una estación que echamos de menos cuando está ausente, y que nos sofoca cuando la tenemos sobre nosotros. Para nuestra desgracia, vivió muy pocas horas en su casa, y el resto de su vida la pasó en el club o en la vía pública que la recorría en todas direcciones, a gran velocidad, para mostrarse atareado.

Cuando murió doña Ruperta, Duarte pasó a mejor vida, ingresando en el cuadro de los rentistas. Hizo demostraciones de suficiencia económica y de generosidad, virtud innata en él, pero que no podía practicar por falta de dinero: regaló al Porvenir Guaireño un juego de sillones de mimbre donde los socios se sientan cómodamente para hablar mal del

donante. Antes, en el trayecto de su larga penuria, le subía, a veces la fiebre de la megalomanía y deliraba, recordándonos de la estancia de sus padres pero una ola de incredulidad general envolvía a su auditorio que aprovechaba el momento de retirarse Duarte para reducir la estancia a la modesta proporción de un tambo con tres lecheras.

Discutía con aplomo y seguridad, especialmente sobre temas extraños a su conocimiento, regando sus argumentos con sus grifos salivares hasta ahuyentar a sus contrincantes, o dejarlos extenuados por agotamiento o apabullados con su pintoresca falta de lógica en su razonamiento. Lastimosamente, de esas discusiones no nacía la luz porque generalmente Duarte se quedaba solo o se producía un corto-circuito en sus instalaciones cerebrales.

Su mayor mérito consiste en que, con poca ciencia y menos letras, desempeñó con espléndido coraje funciones que antes estaban aquí reservadas solamente a los grandes: la Jefatura de Policía y la Intendencia Municipal. Últimamente fue miembro de la Comisión del Club, cargo del cual, según cuentan, fue excluido por Ermenegildo, que no le dejó virar otro período, agravio que Duarte juró vengar, pulverizando a golpes de martillo de rematador su casa y rescatando, como decía el finado, de su manos de tratante de santos al pobre y bueno de Francisco de Asís y demás compañeros de cautiverio, sujetos a la ley de la oferta y de la demanda.

Como su hermano mayor, Duarte se preciaba de ser un buen catador de café; pero cuando hacía el elogio de un café, Alfonso, su rival, que no le reconocía ninguna autoridad en la materia, ya no tomaba sino agua Salus en todo el resto del día.

Hay que reconocer, por último, que Duarte fue un perfecto monógamo, virtud que para Tisis, es un “relajo”.

Ya es hora de despedirnos don Atanasio. Lo hacemos en nombre del Porvenir Guaireño, que no es una boite, pero que debiera serlo, para verse concurrido por socios que, como nosotros, están hartos de simular la austeridad, encerrados en sus casas; y que tampoco es un casino, porque los aristócratas venidos a menos no podemos ofrecer periódicamente el espectáculo del derrumbe de una fortuna seguido de un suicidio sobre el tapete, sino modestos desplumes que no pasan a la historia.

Descanse en paz, don Atanasio, como descasamos nosotros.

PRÓLOGO DE "LA HONDITA IMPACIENTE" DE HELIO VERA

Por ALFREDO BOCCIA PAZ

Si Helio Vera hubiera sido profesor de sociología o antropología sería hoy, con seguridad, el más respetado conocedor e intérprete de la manera de ser del paraguayo. Felizmente para sus lectores “y fiel a su eterna desconfianza en el saber proveniente de los solemnemente umbríos ámbitos académicos”, Helio eligió un tono ameno y accesible para comunicarse con el lector común. Lo que no le quita un ápice de profundidad y sabiduría a sus reflexiones.

El autor de los comentarios agrupados en este tomo es abogado, periodista y escritor. Pero, además, es guaireño, lo que no ayuda a simplificar las cosas. Su obra, en general, escudriña las rendijas e intersticios del alma de la raza paraguaya. Sin la intención de interpelar a Manuel Domínguez sobre la existencia o no de conceptos tan dudosos como el de “raza” y su supuesta “alma”, nos referimos al corpus de conocimientos y estudios que explican los peculiares códigos de convivencia, interrelación y expresión que comparten los paraguayos. Para describir la paraguayidad, Helio Vera apela a sabrosos subterfugios de estilo “y a la esporádica colaboración de un desopilante y enigmático asesor, llamado Chivé Mendieta” en forma de cuentos, relatos y comentarios.

Es allí, en la narrativa breve donde Helio se mueve con comodidad. Su primer libro “Angola y otros cuentos” (1984) ya nos revela a un certero intérprete del modo de pensar y decir popular. En ese libro “y en su profusa bibliografía posterior” los personajes recreados por este verdadero psicólogo del Paraguay profundo hablan y actúan de un modo que siempre nos es conocido, aunque lo creyéramos olvidado, aunque pensáramos que era una percepción únicamente nuestra. Describir usanzas, tradiciones orales y atavismos conductuales no obliga a que el autor sea etiquetado como escritor costumbrista. Lejos de eso, Helio Vera penetra en la memoria popular no solo para rescatar su imagenería y sus santones, sino para interpelar al presente y darle algún significado a muchas de las aparentemente inexplicables cosas que nos pasan hoy.

Nada es nuevo, parece decirnos el autor en sus textos. Solo el ropaje de la coyuntura y la voz de los protagonistas son novedosos. El resto, es el transitar cansino y repetitivo sobre los mismos senderos ya pisados por generaciones pasadas con los mismos previsibles resultados. Como tampoco es nuevo el olímpico desconocimiento de las experiencias pasadas que precede a cada periódico descubrimiento de la rueda que emprenden los políticos compatriotas.

Es en su tratado de paraguayología, titulado "En busca del hueso perdido" (1990), donde Helio Vera se adentra con mayor vigor en su aproximación a la identidad cultural de los paraguayos. Se trata de uno de los libros con mayor número de ediciones y traducciones de la historia editorial del país. La clave de su éxito no radica solo en la agudeza de la vivisección del ser nacional, sino en su estilo mordaz y divertido, lo que convierte su lectura en una aventura deliciosa. Es el mismo estilo que el lector encontrará en los textos que integran este tomo.

Son crónicas de actualidad, de sucesos recientes ocurridos en el marco de esta anárquica democracia que hemos sabido construir luego de décadas de autoritarismo. Este hábil mitómano difícil de descubrir, este iconoclasta impenitente que es Helio Vera, encuentra en las acartonadas y fingidas efigies de la transición paraguaya un blanco precioso para sus agudas observaciones. Así, armado de una antorcha desaprensivamente manejada, Helio Vera recorre los pasillos del museo de cera de los prototipos de nuestra política, derritiendo muchos de los argumentos, mitos y paradigmas que jalonaron nuestra transición hacia la miseria.

Tamaño empresa "la de embestir contra los emblemas de la modernidad paraguaya" requiere escudos protectores. El autor "guaireño, al fin" los encontró en dos ardides estilísticos: el de la ironía y el de contar con la complicidad del lector. Sobre lo primero hay poco que decir. Nadie discute que Helio Vera es un maestro en el arte de la mordacidad, del humor fino, apenas sugerido, a veces divertidamente cínico, pero siempre profundo y letal. Sobre la segunda característica, habría que extenderse más. Se trata de la poco común habilidad de crear "como lo escribió en algún prólogo, Osvaldo González Real" una relación íntima entre el yo del narrador y el tú del lector. Quien caiga en la malsana tentación de pasar al segundo párrafo de un texto de Helio Vera, deja de ser lector para convertirse en un cómplice de su relato. Antes de que pueda darse cuenta, el autor lo tendrá agarrado del cuello y lo obligará a llegar hasta el final.

Allí, será tarde. Podrá estar o no de acuerdo con lo que opine el señor Vera, pero se ha sometido a sus designios. Lo bueno es que sus opiniones rara vez son predecibles. Cualquiera sea el tema que abarque, uno no sabe qué arista, qué posición, qué simpatía o antipatía, motivarán sus líneas. Lo único adivinable, antes de comenzar a leer uno de sus comentarios es que allí habrá algo de talento e inteligencia.

Con los pies afirmados en una vasta cultura y una visión desenfadada del mundo, Helio Vera explora con destreza las fábulas e historias de las frustraciones de generaciones anteriores para explicar las claves de la confusión actual.

Eso no lo convierte en un escritor pesimista, para nada. Es un humor que parece resignado, fatalista, pero, que en el fondo, es libertario, ofrece claves para encontrar salidas y enseña a reírnos de nosotros mismos "una característica poco usual en los genes paraguayos, digámoslo, de paso".

Helio Vera es un nacionalista moderno. Conoce tanto como Juan E. O'Leary el perfil de nuestros héroes santificados en el altar del heroísmo y tiene tanta conciencia de las debilidades de nuestro carácter colectivo, como la tenía Cecilio Báez. No cae sin embargo, ni en la apología ni en la negación de las potencialidades de los paraguayos. En todo caso, lo que lo fastidia "y con razón" es el irracional desconocimiento de lo que fuimos, hicimos y pensamos antes. Y que, con entusiasmo digno de mejores causas, cada cierto tiempo, intentemos descubrir la rueda.

Esta selección de más de medio centenar de comentarios de Helio Vera, todos referidos a la realidad reciente, son textos independientes en los que se diseña su visión sobre uno de los periodos más insólitos e interesantes de la historia independiente del Paraguay. Nunca antes tuvimos un lapso tan prolongado de libertades públicas irrestrictas. Lo que construimos en ese tiempo no nos puede dejar muy contentos. Pero tampoco es poca cosa.

En ese estrecho espacio de expectativas entre lo que éramos y lo podríamos ser, transitan estos textos. Felizmente, encontrará allí un humor más fresco que el que lo espera en la calle dura y cotidiana. Helio Vera dijo alguna vez que no pretendía descubrir el alma paraguaya. Puede ser, pero está claro que nadie puede acercarse a su conocimiento sin leer a Helio Vera.

Alfredo Boccia Paz

CHIVÉ MENDIETA SE HA QUEDADO SOLO

Ya no tiene a quien aconsejar. Su vernácula bola de cristal, mediante la cual anticipaba el desenlace de nuestras crisis políticas, no fue capaz de prever que su compadre se iría tan rápido de este mundo. Chivé Mendieta, el incorpóreo y desopilante asesor al cual recurría con frecuencia Helio Vera cuando decidía jugar al futurólogo en sus artículos, se ha quedado solo. Como nosotros, los miles de lectores que disfrutábamos sus textos.

Fue uno de los más grandes cuentistas paraguayos. Este solo aspecto de su vida hubiera bastado para convertirlo en

un guaireño universal. Pero Helio jamás hubiera podido conminar a su pluma a limitarse a un rubro. Escribía con la misma fruición con que leía. Se dejó arrastrar hacia las redacciones periodísticas donde, a base de talento y don de gentes, creó una legión de alumnos, amigos y colegas con quienes compartió jornadas de bohemia y creación. Su fama había crecido y su erudición lo convertía en referente importante del mundillo intelectual, pero Helio jamás se la creyó. Su simplicidad lo hacía accesible a todos. Para entonces inicios de los noventa, se había iniciado como paraguayólogo.

Es que se le ocurrió escribir *En busca del hueso perdido*, uno de los libros con mayor número de ediciones y traducciones de la historia editorial del país. Allí, él mismo confiesa que el objetivo del ensayo es "perpetrar un módico y audaz tratado de paraguayología. Ciencia inexistente, impugnarán airadamente los escépticos profesionales, eternos negadores de las glorias patrias (...). Ciencia que declaro fundada en este mismo acto, replico yo". Y se lanza decididamente a una profunda disección de la verdadera identidad nacional. Aparece entonces, una faceta aún más brillante de Helio Vera, por la que discurrirá buena parte de su obra posterior: ser el gran intérprete de la manera de ser del paraguayo. Con una ventaja adicional, la de incursionar en temas densos sin permitirse ser aburrido.

No podía hacerlo de otro modo, pues su arma más hábil era una ironía tan deliciosa, como penetrante, que nunca dejaba de rozar el humor. Escéptico e iconoclasta, alguna vez fue definido como un investigador que se pasea con una antorcha manejada desaprensivamente por los pasillos del museo de cera de los figurones y santones de la historia paraguaya. Ni apasionado, ni optimista, Helio Vera conocía demasiado la intimidad del alma nacional como para dejarse llevar por ese tipo de arrebatos. Sus análisis demostraban lo poco de nuevo que se veía en la transición democrática, en la que solo cambiaron el ropaje de la coyuntura y la voz de sus protagonistas "perpetuos inventores de la rueda" que transitaban cansinamente idénticos caminos pisados por las generaciones previas, con los mismos previsibles resultados.

Su paso por la vida fue corto, como parece corresponder a todo compatriota valioso. Su inteligencia nos ha dejado y el vago de nuestro páramo intelectual recobrará su densa y ancestral calma. Ya no está la filosa pluma de Helio que lograba cortar esa espesa mediocridad dejando un breve rastro de creativa mordacidad. Helio se ha ido sin ver que nada haya cambiado. Aunque eso era algo que, en su momento, su compadre Chivé Mendieta ya le había pronosticado.

Fuente en Internet: <http://www.heliovera.com>

Enlace externo actualizado y ON LINE a Abril 2013

Comentarios sobre su obra

EL IMAGINARIO PARAGUAYO EN HELIO VERA

1

Como muchos otros notables escritores paraguayos, Helio Vera nació en Villarrica, en 1946, año memorable por la "primavera democrática" moriniguista que deflagró en la guerra civil de 1947. Venido (o traído) a Asunción, siguió la carrera de abogado. Pero antes se incorporó al periodismo con apenas 21 años de edad. Con obligadas deserciones de ABC Color, Hoy y Noticias (ahora desaparecido) y reintegrado a las columnas de opinión del primero, fue construyendo, con humor y aplaudido ingenio, un todavía inexhausto *TRATADO DE PARAGUAYOLOGÍA*, a partir de su multieditado *EN BUSCA DEL HUESO PERDIDO* (primera edición en 1990).

Asistido por su carnal "Chivé Mendieta", el experto payesero politólogo que no ha dejado de asesorarle en sus meditados diagnósticos de las prácticas consuetudinarias del lomitacismo kachiái, Helio Vera ha seguido sus instrucciones con fidelidad en libros tales como el *DICCIONARIO CONTRERA* (1995), un indispensable repertorio de las habilidades nativas; *ANTIPLOMO. MANUAL DE LUCHA CONTRA PESADOS* (1997), no menos servicial que el anterior y (hasta el momento) *CARTA POLÍTICA PARA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY, DE LOMBORIO I, EL BREVE* (2002), que no precisa de comentarios excedentes.

Despojándose de su humor e ironía, escribió también ensayos en coautoría. Lo hizo con julio César Frutos, *PACTOS POLÍTICOS* (1993) y *DEMOCRACIA Y TRANSICIÓN* (1999). Y con José Casañas Levi y Gustavo Gorostiaga contribuyó con un texto-guía usado en varias universidades paraguayas titulado *LECCIONES PRELIMINARES DE DERECHO PENAL*. Publicó además el libro de relatos *LA PACIENCIA DE CELESTINO LEIVA* (2004) y *TROFEOS DE LA GUERRA Y OTROS CUENTOS PICARESCOS* (2005).

2

El plural talento de Helio Vera es en la narración breve donde despliega su robusta capacidad de invención imaginativa. Capaz de elaborar vivaces descripciones de eventos sórdidos (como en *ANGOLA*, *KAMBÁ RA'ANGÁ* y otros), es también hábil creador de atmósferas que capturan experiencias genuinamente populares, en el sentido de propias de la cultura paraguaya (como, entre otros, *REGINO*, *LA CONSIGNA*).

Buscador de las claves que puedan sugerir verosímiles explicaciones de la realidad profunda de la vida colectiva, explora en el confuso mundo de la fábula, el mito y la historia, las causas (o las motivaciones) secretas que dan razón y sentido a las múltiples y repetidas experiencias de frustración sufridas por las generaciones paraguayas.

Y lo hace recurriendo con destreza a la reelaboración, casi mágica, de personajes y sucesos que pueblan la memoria popular. Esto le permite capturarlos con su peculiar modo de ser y estar en el mundo, revelando significado ancestral.

La estrategia narrativa frecuentemente empleada en estos cuentos, es similar al compuesto, una historia trágica desarrollada conforme a los códigos del imaginario colectivo. Es similar, pero no idéntico, pues la riqueza constructiva de las narraciones se refleja en un resonador lingüístico idóneo, igualmente rico y muy eficaz. El autor exhibe en esto notable capacidad para hacer de su estilo expresivo un instrumento esencial que cautiva, no sólo el interés, sino la complicidad del lector, introduciéndolo en su particular mundo de creencias y visiones de lo real.

Como ocurre con cualquier otro autor contemporáneo, es fácil encontrarle parecidos y atribuirle in-fluencias. Lo bueno de esto es que los grandes nombres de la literatura universal le han dejado aprovechadas huellas y, en lo inmediato, también los libros y autores canónicos del "boom" y descendencia latinoamericanos. De todos ellos a absorbido con inteligencia y delicada discreción muy buenas lecciones y advertencias, como consecuencia de los cuales se ha hecho de un sitio claro y propio, además de importante, en el proceso de crecimiento y maduración de la narrativa paraguaya, en la que ya no se toleran ingenuidades debidas a la torpeza en el trato con lo imaginario y su lenguaje.

Todo esto quiere indicar que Helio Vera ya es una figura indispensable en todo recuento de la literatura paraguaya. En un país de narradores (y poetas) exiliados, él comenzó a desarrollar su obra en el enclaustramiento local y en un tiempo inhóspito para la disidencia y el rigor intelectuales. Su creación transmite, por ello, sordos ecos de la intrahistoria vivida entonces y diseña el destino de sus búsquedas mediante calas alucinantes en la memoria popular y sus símbolos.

Las tres colecciones de cuentos publicadas hasta ahora -*ANGOLA Y OTROS CUENTOS* (1984), *LA PACIENCIA DE CELESTINO* Leiva (2004) y *TROFEOS DE LA GUERRA Y OTROS CUENTOS PICARESCOS* (2005)- contienen algunas de las ficciones ejemplares de este autor, equiparables a los de narradores de la literatura latinoamericana. En esas ficciones es fácilmente apreciable el dominio técnico del cuento, manifiesto en la distribución de los tiempos y la construcción experta del argumento en función de su centro de interés significativo. Los distintos puntos de vista desde los que se narra la acción, enriquecen muchos de los cuentos, concediéndoles originalidad y fuerza. El diseño estructural al que se ajustan hace de estos cuentos mecanismos de precisión bajo un aparente juego espacio-temporal manejado con los hábiles recursos técnicos de la ficción contemporánea.

Muchos de los personajes que discurren por estos cuentos, son casi simbólicos de una realidad histórica o social que muchos quisieran ocultar o marginar. La mulata Angola, Regino Vigo, el abogado corroído por la pasión de la usura, entre otros, son representativos de esa realidad que la magia de la literatura ha rescatado de la fugacidad del tiempo para conducirlos, gracias al talento de Helio Vera, a la condición de criaturas de arte, densas de significado universal.

[FRANCISCO PÉREZ-MARICEVICH](#) - Asunción, junio de 2006.

Fuente: [ANGOLA Y OTROS CUENTOS Cuentos de HELIO VERA](#) (BIBLIOTECA POPULAR DE AUTORES PARAGUAYOS Nº 3) © de esta edición Editorial El Lector / © de la introducción Francisco Pérez-Maricevich. ABC COLOR y Editorial El Lector, Asunción-Paraguay 2006 (108 páginas).

LA NARRATIVA PARAGUAYA EN HELIO VERA

No sé quién dijo que en América Latina el realismo mágico es acaso su aproximación más cabal. Si por ventura el mismo no le queda corto, ante la alucinante diversidad de planos de discursos que se entrecruzan en nuestras culturas, así llamadas, mestizas.

Helio Vera echa mano de su código estético; no por ponerse a la moda, sino por moverse más a gusto en sus ámbitos expresivos, que son, a no dudarlo, los de nuestra entrañable tradición oral. Y si estoy en lo cierto, no por vía de los

autores de Hispanoamérica, sino más bien seducido por la cuentística brasileño de un Jorge Amado, o un Guimarães Rosa, desde su fugaz pasantía en la estudiantina del Rio de Janeiro de los años 60. Esto resalta en textos como ANGOLA, donde el mundo de color y los rasgos del relato parecen espejear el contexto del Brasil nordestino.

Pero, con ser ANGOLA casi el texto patrón, que desata los módulos expresivos de su narrativo, hay otros ejes semánticos en los que gradualmente se va afirmando el autor, como signos de una reflexiva opción: así, lo mágico del relato no surge en él por hiperinflación de metáforas o experimentos lingüísticos; Helio va más por la línea tersa de los cuentos de Casaccia. Ni concita una saturación de imágenes, desde el trasfondo onírico, sino que por contraposición de planos de una realidad incontrastable, provoca precisamente por ello una sensación de irrealidad o transfabulación, comunes en culturas de tradición oral, como el caso nuestro.

Otra constante en Helio parece ser su obstinado empeño en nos transgredir los cauces de un monolingüismo castellano ni tan castizo ni tan regionalista, descartando por igual el tópico guaraní como los arcaísmos de la vernácula popular; pero logrando la misma impresión de fidelidad al tema o situación paradigmática, a través de una eficaz articulación léxica y sintáctica, que provocan una visión peculiar del universo implícito en sus cuentos. De igual modo, si Villa Rica evoca en el autor desde los años de su niñez la quintaesencia de lo mágico, tal vez por su singular situación de frontera cultural entre el contexto urbano y el guaraní aborigen, jugando una suerte de mitema, como lo es el Macondo de García Márquez, o Arequipa para Vargas Losa, muy luego se percata de que Paraguay por entero está inmerso en esa suerte de oposiciones paradójales, estudiadas de mano maestra en su ENSAYO SOBRE LA PARAGUAYOLOGÍA. De tal suerte, el medio ambiente, como dimensión cultural, sustituye al tópico local, erigido con todó, más en personaje que en escenario del tema. Y aquí es oportuno destacar otro rasgo de su narrativa: en el país, muy pocos han obviado el riesgo de ser devorados por el asunto; movilizándolo en su caso sus recursos expresivos para ensalzar o denotar al personaje o nudo de la trama. Nuestro autor, en cambio, se afirma en una desembarazada poética de la narración, en la que el relato concita de por sí sus propios elementos figurativos, y, aún más, su propio ritmo interno, o los ocasionales atajos del discurso. Esta morosa y amorosa manera de provocar y seguir la economía del cuento, sin intervenciones arbitrarias, ubica desde un primer momento al lector en una perspectiva eminentemente estética, limpia de ideologismos o segundas intenciones. Por donde sus cuentos hacen pito catalán a otra dimensión aberrante en nuestras letras: el maniqueísmo ético o político. Helio Vera aborda así los temas más dispares, acercando su simpatía tanto a la figura del proxeneta sin rostro como a la del soldado leal; la del bandido con el halo mágico y la adhesión del entorno rural, a ficciones no tan ficticias a las cuales llama "entelequias"; una original manera de implicarse, por transposiciones, en los hilos del argumento. Casi diría que el primero en disfrutar de sus historias sea el mismo narrador, para quien el arte de verbalizar sus propias fantasías resulta un juego creativo que lo apasiona y entretiene.

Sin meterse en los vericuetos de una "literatura de taller", esta ética de la creación, arraigada en una fenomenología del "caso" popular, más que en un mero repositorio del imaginario colectivo, organiza su poética del cuento desde la óptica vicaria del protagonista, eliminando la manipulación supuestamente objetiva del asunto. El tema-sujeto, en la feliz expresión inglesa, promueve desde su íntima economía los sucesivos desdoblamientos del discurso, en una suerte de epifanía del texto-contexto que lo convoca.

Habíamos aludido a sus apostillas sociológicas del mentado Ensayo sobre la Paraguayología. Entiendo que en ese museo de cera de nuestros incuestionables prototipos nacionales, más de uno, incluido el mismo autor, ha de hallar bastante salsa para nuevos argumentos, por haber dado con la clave de una aproximación, tanto literaria como científica, de esta dimensión irrepetible de la identidad paraguaya, en el contexto cultural de América Latina.

Su fino gracejo irónico, y su habilidad de mantenernos sin acosos en su confabulación, son aún prometedores de nuevos éxitos. (Asunción, abril, 1992 - [RAMIRO DOMÍNGUEZ](#))

Fuente: [ANGOLA Y OTROS CUENTOS. Cuentos de HELIO VERA](#). Editorial Medusa, Asunción-Paraguay. Primera edición, 1984, Segunda edición, 1994, Primera reimpresión de la segunda edición, 1999.

HELIO VERA, LA LITERATURA CONTRA EL MALHUMOR

No ha publicado muchos libros, pero suele ser calificado como uno de los escritores más brillantes de las últimas generaciones. Entre algunas muestras de su talento narrativo, incursionó en el difícil género del ensayo de humor, mezclando un poco de la historia real y de los mitos de nuestro país, algo de sociología y mucho de conocimiento sólido y la dosis de intuición y arte que convirtieron a sus textos en piezas singulares y admirables. En busca del hueso perdido. Tratado de paraguayología fue un ejemplo de esta veta que obtuvo un éxito sin precedentes. Y dentro de esta tónica se enmarcó también su Diccionario contrera. En esta nota, el escritor nos habla de su nuevo libro Antiplomo. Manual de lucha contra los pesados y de otras cosas que ocupan su tiempo y sus pensamientos.

El Antiplomo ¿se puede considerar una extensión del Tratado de paraguayología o el desglose de un aspecto particular del mismo?

No. El Tratado de paraguayología tiene un propósito desmitificador. Busca atacar los mitos fundacionales del Paraguay.

Tiene una clara intención de crítica social- El Antiplomo es simplemente literatura de humor. Carece de aquella intención, por lo menos en el sentido de la crítica social.

- ¿Por qué esta vez te tomás con los pesados?

- Esto tiene su historia. Y ella está explicada en el prólogo. Hace unos veinte años, un grupo de amigos nos propusimos definir la argelería. Incluso llegamos a escribir dos o tres páginas con aportes de varias personas. El asunto quedó allí y no lo volvimos a airear. Años después, Miguel Ángel Rodríguez y yo hicimos un seleccionado de los tipos más plomos del Paraguay. Once titulares y once suplentes. Como un equipo de fútbol.

- ¿Quiénes fueron incluidos en esa lista?

- Dejémoslo ahí. El caso es que Miguel Ángel guardó la lista y no la pude recuperar. El falleció hace algunos años y perdí la pista de nuestro seleccionado. Estará por ahí, juntando polvo en algún rincón de su archivo. Lo cierto es que el asunto siguió rondándome.

- ¿El pesado nace o se hace?

- De este dilema me ocupo en uno de los capítulos. Aparentemente, la pesadez es un rasgo de personalidad. Se va formando con el tiempo, gracias a la experiencia personal y por los estímulos externos. Requiere tiempo y paciencia. Sólo el tiempo consagra a un plomazo completo.

EL MEJOR RECURSO

- ¿No creés que dentro de tanta sociología en broma estés diciendo cosas muy serias?

- Es probable. Sobre todo en el Tratado de paraguayología. El humor es mejor que cualquier otro recurso para expresar ideas. Por eso suele ser combatido ferozmente por las tiranías. Pero el Antiplomo no tiene ese propósito. Por lo menos no directamente.

- ¿Cuáles fueron los personajes más pesados de este año que se va?

- Hay tantos...

- ¿Nos darías algunos nombres?

- Preferiría no hacerlo. Habría omisiones que me harían sentir culpable. El éxito, el mercado y otras yerbas

- Tus libros son exitosos. Pero la gente suele quejarse de que escribís poco...

- Es cierto. He sido siempre un tipo improductivo. Pero creo que estoy mejorando, ¿no?

- ¿Cuáles son los motivos? ¿Holgazanería, quizá?

- Son varios. Primero, la literatura no es rentable para el escritor paraguayo, salvo para Roa Bastos. Pero su caso es distinto: él es una celebridad mundial y vive del mercado internacional. Si hubiese tenido que depender del mercado local, estaría vendiendo choclos en el Mercado 4, para sobrevivir.

- ¿Sólo eso? ¿El mercado?

- Lo condiciona todo. Entre otras cosas, impide la profesionalización. Es decir, la posibilidad de vivir de lo que se escribe. El escritor paraguayo trabaja de día para sobrevivir: sacerdote, pancharo, abogado, médico. Y de noche debe ponerse a escribir. El escritor profesional, en Europa o Estados Unidos, escribe de día, de lunes a viernes. Y de noche sale a farrear. Comprenderás que de esa manera el asunto se vuelve muy penoso.

- El mercado nuestro es pequeño...

- Es insignificante. Vender mil libros es una hazaña. Con eso no podés vivir. Y conste que mis libros han sido vendidos

muchísimo más que esa cantidad. Además, estamos muy lejos del mercado mundial, geográfica y culturalmente hablando. Eso nos condena a escribir para el mercado local. Y con él no vamos a ninguna parte. Aquí, escribir es un hobby, no una profesión.

- Pero tiene que haber una solución para el escritor paraguayo. ¿Cuál es la que vos proponés?

- No tengo la varita mágica. En el Paraguay sólo la tiene Lino Oviedo. Dicen que la trajo de Alemania. Deberíamos consultarle.

- Pero hablaste de otras razones de tu "improductividad"...

- Te daré otra: mi perfeccionismo. Yo me peleé con una frase durante un mes. No terminé nunca de corregir. Por eso mi trabajo se alarga hasta el infinito. Claro, y hay también una cuota de holgazanería. Pero explicable.

Una Casa Blanca y más paraguayología

- Contanos algo sobre la novela que estás preparando.

- La comencé hace varios años. Los personajes están ambientados en el Paraguay de la guerra civil y de la posguerra. Hay amores, crímenes, violencia. En otras palabras, los elementos normales de la condición humana. Pero abandoné varias veces el proyecto para escribir otras cosas. Por eso no pude avanzar. Y me quedé un poco trancado. Recuperé el ritmo después.

- ¿Una novela histórica?

- Una novela con un trasfondo histórico.

- Ya tendrás un nombre...

- Por ahora se llama "La Casa Blanca". Evoca el nombre de un burdel elegante de la década de 1930. Muy frecuentado por los caballeros paquetes de la época.

- ¿Algo que ver con el tema de La Casa Verde?

- Es probable. Pero ahí terminan las identidades. Tuve que privarme de leer La Casa Verde y Conversación en la Catedral, ambos de Vargas Llosa, por una razón: podrían influenciarme. Esto puede hacerse inevitable cuando se trata de leer a un gran escritor con el que, además, coincidís en los temas. Además, ese es un tema eterno.

- Pero ahora que terminaste el Antiplomo seguramente te concentrarás en ella.

- Exacto. Ahora estoy avanzando. Aunque no con la prisa que debiera. Debo pisar el acelerador.

- Ya sé, el perfeccionismo...

- Es una estupidez, ¿no? Sé que la perfección no existe sobre la tierra. Hay que resignarse a un hecho; los seres humanos estamos regidos por el signo de la imperfección. Uno debiera ser más temerario. A mí me cuesta.

- ¿Queda por ahí algún costado de la paraguayología sin desglosar?

- Es probable. Pero eso es un tema que merece un segundo libro. Hay tantas cosas que decir. Lo que pasa es que el Tratado se refirió a rasgos que yo he visto durante la época de la dictadura. Me falta la época de la transición. Ver qué rasgos permanecen y cuáles han cambiado.

(La Nación, Cultural, 28 de diciembre de 1997)

“LA MUJER PARAGUAYA ES MÁS PELIGROSA QUE DIEZ YARARÁS”

POR LUZ GONZÁLEZ

Entre los apuros que implica el próximo lanzamiento de su libro “Diccionario del paraguayo estreñado”, el periodista, escritor y abogado Helio Vera respondió un ping pong imperdible con la inteligencia y sagacidad que lo caracterizan. Afirmó que nuestro país todavía tiene salida porque aún no robaron el aeropuerto y que la mujer paraguaya, dulce y tierna en apariencia, es más peligrosa que diez yararás.

1- ¿Quién es Helio Vera?

- Paraguayo de segunda categoría. Guaireño y, como tal, con las tres características del guañi : Argel, chusco y delicado.

2- ¿Cuál de sus facetas le gusta más: periodista, escritor o abogado?

- Creo que la de escritor. En ABC me permiten opinar, en una columna semanal, a veces bisemanal. Pero tengo mucho apego al Derecho, una ciencia esotérica en el Paraguay. Es decir, sólo conocida por unos pocos.

3- ¿Su mayor virtud?

- No recuerdo ninguna. Podría hablar de mis defectos, pero sería muy largo.

4- Tres periodistas que hicieron historia en Paraguay.

- Rafael Barrett, sin duda. Néstor Romero Valdovinos, Humberto Pérez Cáceres. Los tres dominaban una lengua muerta como el sánscrito y el arameo: el español.

5- ¿A qué le tiene miedo?

- A la ignorancia. Goethe decía que no hay nada más peligroso que la ignorancia en acción. Si le sumamos una cuota de atorrantismo, tendremos un monstruo de siete cabezas.

6 - ¿Qué le dice la desaparición del periodista Enrique Galeano?

- Desaparición es un eufemismo. Hablemos mejor de dónde buscar el cadáver.

7 - ¿Qué opinión le merece Nicanor Duarte Frutos?

- Es prisionero de una estructura de poder económico y político. No saldrá de ella, ni aunque quiera.

8 - ¿Pedro Fadul?

- Me gusta. Tiene claridad y firmeza, virtudes desaparecidas de la política.

9- ¿Monseñor Lugo?

- Lo conozco poco. He notado la gran simpatía que despertó con el discurso en la Plaza de Armas. Claro, moderado, pero firme.

10- ¿Calé Galaverna?

- El político más talentoso del partido Colorado. El mueve la batuta y todos bailan al compás.

11- ¿Carlos Filizzola?

- Una máquina de decir lugares comunes. Calé le agitó la presidencia del Senado ante sus narices, como un sonajero, y enloqueció.

12- ¿Yoyito Franco?

Un paradigma de la ambigüedad. Nunca se sabe si está a favor, en contra, o todo lo contrario.

13- ¿Qué político se merece su respeto?

- Después de 17 años de transición y de ver caer todas las primeras figuras, no quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme dentro de una semana. Dejémoslo ahí.

14- ¿Tiene salida el Paraguay?

- ¡Claro que sí! Todavía no se robaron el aeropuerto.

15- ¿Cuándo va a terminar la corrupción?

- Muy pronto. Tiene sus siglos contados.

16- ¿La mejor forma de conquistar una mujer?

- Eso hay que preguntarle a los gauchos. Conozco uno que decía: “embo esperanzamínte arâ” Parece que le surtía efecto.

17- La frase : Billetera mata galán ¿Es cierta?

Y no se che. Conozco tipos más feos que un pombero y más secos que un cascote que realizaban conquistas sorprendentes.

18- ¿Toda mujer tiene su precio?

- Eso sólo pueden saberlo los que están en condiciones de pagar. No es mi caso.

19- Defina a la mujer paraguaya.

- Dulce y tierna en apariencia. Bajo la piel de oveja, más peligrosa que diez yararás. Te puede coser a puñaladas sin ningún problema. Recuerden el compuesto “Mateo Gamarra” cuando, después de darle cinco balazos por “vyro chusco”, le dice : “Anichéne rejequeja, si a tiempo roavisá”.

20- ¿Hay esperanza de cambio?

- Seguro que sí. Ya se ve la pus al final del túnel.

21- La reciente marcha ciudadana ¿Qué fue para usted?

- Sorprendente. Un despertar de la conciencia cívica del pueblo. Espontáneamente, sin dinero, sin presiones, se reunieron miles de personas. Hay muy pocos antecedentes parecidos.

22- ¿Quién es el candidato ideal para el 2008?

- No lo sé muy bien. En el PLRA sólo veo candidatos al estilo Cerro Porteño: sólo sirven para ganar internas. Si la oposición quiere ganar; necesita un candidato convocante, incluyente.

23- ¿Qué figura mundial admira y porqué?

- Nelson Mandela. Estuvo décadas preso y cuando salió, retornó a la política. Ganó las elecciones y terminó con la segregación. Pero lo hizo sin mirar hacia atrás, sin estar cantando todos los días el himno de su martirologio. Sin rencores, pese a los padecimientos sufridos. Mirando hacia adelante. Ojalá se aprenda su lección.

24- ¿En materia educativa, hemos avanzado o retrocedido?

- Hemos avanzado. La bestialidad era antes algo despreciable. Hoy se considera una especie de condecoración. Ya no sólo hay que ser bestia, sino también parecerla con diez años más, el ciclo estará completo.

25- ¿Quiénes son más corruptos: los colorados o los liberales?

- La corrupción no tiene credencial partidaria. Basta con que alguien tenga poder para que aparezca su segunda naturaleza: un tiburón con tres hileras de dientes arriba y tres abajo.

Revista TEVEO. 2007

Abogado, escritor, periodista, Helio Vera ganó el concurso de ensayos "V Centenario del Descubrimiento de América", organizado por el Instituto Iberoamericano de Cultura y la Embajada de España. Lo hizo con un tema insólito: "Teoría y práctica de la Paraguayología", sobre el cual conversamos con él. Helio Vera, en el momento de la entrevista (1988).

ENTREVISTA A HELIO VERA

Por NILA LÓPEZ

Tarea difícil la nuestra, de intentar aquí resumir el producto de muchos años de observación analítica, irónica, aguda, inteligente la que ha realizado Helio Vera, antes que todo, un gran admirador del paraguay.

-Se puede hablar de paraguayología ?

-Es lo que trato de hacer dentro del género del ensayo. Este género se encuentra más ubicado en el campo de la literatura que en el de la ciencia. Es decir, se puede hablar de paraguayología bajo el signo del "vaí vaí", que es la manera en que el paraguay hace la mayor parte de las cosas.

-Existe acaso un paraguay típico, una paraguay mediocre que hace las cosas a medias ? O no estás generalizando ?

-Existe un paraguay medio, que no es lo mismo que un paraguay mediocre. Lo que hago es seleccionar algunos rasgos más generales y eliminar otros para proponer lo que Max Weber calificaría como "el tipo ideal", y creo que por diversas razones históricas y culturales ese tipo ideal se acerca a lo que es la mayoría de los paraguayos.

-Cuáles serían los rasgos identificatorios más notables ?

-Uno de ellos es el fuerte sentido de entidad nacional, fortalecido por la barrera lingüística y por el aislamiento geográfico y cultural que tuvieron los paraguayos durante siglos.

-No te estás refiriendo a nacionalismo ?

-No. El nacionalismo es una ideología. La identidad nacional es un hecho cultural. Esta última comenzó a modelarse en

el siglo XVI, mientras que la ideología nacionalista es un producto del siglo XX. Y, por cierto, con importantes aportes de teóricos foráneos.

-Cuál es la barrera lingüística que señalás ?

-El paraguayo habla y piensa en guaraní. Su código lingüístico es guaraní aunque se exprese en el más castizo castellano.

-Traduce al castellano cuando habla ?

-Creo que sí.

-Todos ?

-Por lo menos la mayoría.

-Estás insinuando que es casi una forma de ser ? Qué el ser guaraní parlantes trasciende el fenómeno exclusivamente lingüístico ?

-Creo que este es un tema para lingüistas y no para ensayistas, pero el idioma es siempre una parte sustancial del universo cultural de una colectividad. No puede abstraerse del resto de los elementos de la cultura.

-Entremos en el terreno práctico. Cómo es un paraguayo ?

-Es un hombre que cree que su vida está prefijada desde que nace hasta que muere. "La muerte co ya debé voínte" (la muerte la debemos desde el primer momento).

-Cree en el destino, fatalistamente, como los griegos ?

-Exactamente. Todo ya está previsto. "La irriko ra ya i riko pama; la mboriahura ya i mboriajhu pama". Y otro más: "Na ñamanoi ko la víspera pe"(nadie muere en la víspera).

-Pensás que somos muy supersticiosos ?

-Tenemos una visión mágica de la vida y de las cosas. Los líderes son como los antiguos chamanes, los antiguos brujos. Hasta se les pide que hagan imposición de manos.

-Tienen mucho poder, entonces.

-Claro, hasta tienen la virtud de convertir en oro lo que tocan. Magia pura.

-A la pucha, somos seres muy privilegiados.

-Nosotros no, los brujos. Nosotros somos paraguayos de segunda categoría. Pero tenemos la sabiduría y la visión del águila para saber quiénes son los que tienen el "payé".

-Quién decide la distribución de este encantamiento ?

-El destino . Los inescrutables designios de la providencia, como decían los teólogos.

-No te parece que nos ve como demasiado inocentes ?

-Al contrario. El paraguayo tiene a la astucia en el más alto de los conceptos. Son los astutos los que saben llegar; ya sea mediante hábiles maquinaciones o el diestro uso de la motosierra.

-La serruchada ?

-Claro. El serrucho es un instrumento arcaico. Lo empleaba Martínez de Irala, quien según Laconich, es el introductor del "pokaré" a nuestras prácticas sociales. Nos hemos modernizados. Por eso usamos ahora motosierra.

-También aludiste a ese deporte de moda, la aplicación de la ley del "ñembotavy".

-Está de moda desde el siglo XVI. Es un mecanismo de defensa mediante el cual el paraguayo evita comprometerse. Como diría Oscar Ferreiro, el "ñembotavy" es una táctica que permite ganar tiempo para comprender lo que ocurre antes de arriesgar una posición.

-Y el oparei alcanforcha ?

-O también "oparei o vacapiru ñorairõicha" (terminar de balde como pelea de vacas flacas). Es la forma en que se resuelven la mayoría de los conflictos. Como no se toman decisiones para resolverlos se dejan las cosas como están, metiéndoles en la congeladora. Así se resuelven solas, por agotamiento.

-Según Dios disponga o el jefe de turno ?

-Y un poco las dos cosas, pero esto se aplica a todos los campos de la vida social, desde el deporte hasta la empresa privada.

-No es muy negativa tu visión del paraguayo ?

-Al contrario. Es un elogio del paraguayo. Rechazo la tesis de que sea cretino como creyeron quienes lo conocieron mal. Es inteligente, hábil y astuto. Dosifica sus energías para usarlas sólo cuando es para su beneficio.

-Pero lo ves demasiado oportunista.

-Yo diría que es un maestro de la supervivencia. Acosado por todos los lados debe saber muy bien cómo moverse. Por eso la cultura popular está llena de aforismos y advertencias que exaltan la prudencia, el equilibrio y la astucia.

-Por ejemplo ?

-Con respecto al equilibrio: "Mbytetepe poncho yuruicha" (en el mismo centro como la boca de un poncho). O: "Anike re pyru yaguarete ruguaire" (no pises la cola del tigre). Y para todas las cosas está el omnipresente "chake", que es una especie de advertencia a peligros no individualizados, pero que están flotando permanentemente.

-De todo lo que dijiste hallo algunas contradicciones: el paraguayo sería cómodo y cínico al mismo tiempo. Equilibrio ? Ante la más leve riña se toma a cuchilladas con su adversario de turno

-No hay contradicción. Las riñas, en su casi totalidad, son provocadas por la caña. Y la caña, como lo explicó un químico, contiene una sustancia que obnubila completamente al individuo. Es decir, esto es la excepción, porque "kaú hape guare ndoikei" (no vale lo que ocurrió en estado de embriaguez). El paraguayo en estado de sobriedad no se liará a cuchilladas con nadie. Pero irá a esperarlo a su enemigo con un maúser detrás de un matorral para darle el definitivo "guasú api" (tiro al venado), o sea matar a distancia, sin riegos inútiles. Me parece eso muy inteligente.

-Violento, vengativo, al mismo tiempo resignado..No me cae bien esta imagen.

-Es la imagen de una colectividad que aprecia el equilibrio y que detesta las pasiones y los desbordes innecesarios. Por eso no suele haber una reacción inmediata al agravio. Se espera el momento oportuno. "Anga nte jajotopane tape po'í pe" (alguna vez nos encontraremos en el sendero angosto). Con esto se dice que el ajuste de cuentas vendrá en el momento más propicio para el agraviado, no para el agresor.

-Vos admirás estos rasgos de conducta que estás señalando ?

-Me parecen los propios de un pueblo que sabe lo que quiere.

-Pero si es conformista y no le gustan los cambios?

-Yo no creo que sea conformista. Creo que no es temerario. Y que no incurrirá en ningún acto irracional para adelantar cambios que supone vendrán por sí mismos. En su momento exacto. El paraguayo espera simplemente su momento.

-Su idea del tiempo es dependiente de las circunstancias?

-Lo que ocurrirá ya está prefijado. Las cosas que ocurrieron, volverán a ocurrir. En el fondo, hay una concepción cíclica del tiempo.

-Esto viene como herencia de los indígenas ?

-Probablemente. Ramiro Domínguez dice que se subestima el papel de lo indígena en la cultura paraguaya. Y explica que debería atenderse más a esa presencia, que sabe disimularse bastante bien, para poder supervivir.

-Y qué hay del dicho de que el paraguayo es el más valiente y temerario en una guerra ?

-Lo de las guerras es otra cosa. Yo me refiero solamente cómo se comporta dentro de su propia colectividad. O sea, entre los paraguayos.

-Pero de todos modos pensás que el paraguayo es muy valiente?

-En las guerras internacionales, la historia da constancia de actos estupendos de temeridad. Es decir, actos de arrojo que se realizan desafiando las más peligrosas situaciones.

-Calladitos y flor de vivos somos..

-Somos muy vivos. Y eso me alegra más que si hubiésemos sido un pueblo de opas. Claro que el "ñembotavy" y el "vytyuismo" (dejarse llevar por el viento que sopla) pueden inducir el craso error de creer tonto al paraguayo. Su suprema viveza es su capacidad de simulación.

-Existe el concepto generalizado de que el paraguayo es haragán.

-Tiene la sabiduría de trabajar en proporción a lo que se le paga. Pero si vas a otros países, verás que el paraguayo es preferido porque no se arredra ante ningún trabajo, por duro que sea. Lo que pasa que aquí se piensa que se debe trabajar como Tarzán por un par de chauchas.

-Somos ingüeroviables, increíbles como nos definió Kostia ?

-El que nos crea así como nos mostramos caerá en la trampa. Alguien dijo que el japonés tiene tres almas. El paraguayo tiene una docena, que emplea según le convenga.

-Y vos, paraguayito, cómo sos ?

-Yo soy un producto de una colectividad. Con la suficiente dosis de traidor para revelar estos rasgos que deberían permanecer en el secreto. Porque son nuestro mejor mecanismo para supervivir sin que nos molesten demasiado.

x) Entrevista publicado en el matutino HOY, el 23 de Octubre de 1988. El ensayo que se menciona forma parte del libro: EN BUSCA DEL HUESO PERDIDO (Tratado de la Paraguayología), que en el 2008 llegó a la XIII Edición, uno de los libros más vendidos en el país.

Fuente en Internet: <http://www.heliovera.com>

Enlace externo actualizado y ON LINE a Abril 2013

Ingresar al Perfil Completo en PortalGuarani.com ➤

